

Saber Cuidar

Leonardo Boff

Sumario

	Pág.
Introducción	
El <i>tamagochi</i> y el cuidado	3
Capítulo 1	
LA FALTA DE CUIDADO: UN ESTIGMA DE NUESTRO TIEMPO	7
Capítulo 2	
EL CUIDADO: EL <i>ETHOS</i> DEL HOMBRE	23
Capítulo 3	
LA FÁBULA-MITO DEL CUIDADO	34
Capítulo 4	
CAYO JULIO HIGINIO: UN ESCLAVO GENIAL	32
Capítulo 5	
EXPLICACIÓN DE LA FÁBULA-MITO DEL CUIDADO	39
Capítulo 6	
DIMENSIONES DEL CUIDADO	56
Capítulo 7	
NATURALEZA DEL CUIDADO	72
Capítulo 8	
RESONANCIAS DEL CUIDADO	90
Capítulo 9	
CONCRECIÓN DEL CUIDADO	114
Capítulo 10	
PATOLOGÍAS DEL CUIDADO	140
Capítulo 11	
FIGURAS EJEMPLARES DEL CUIDADO	145
Conclusión	
El cuidado y el futuro de los despojados y de la Tierra	170
Glosario	173

Introducción

El *tamagochi* y el cuidado

La sociedad contemporánea, llamada "sociedad del conocimiento y la comunicación", está creando, en forma contradictoria con su nombre, cada vez más incomunicación y soledad entre las personas. Internet puede conectarnos con millones de personas sin tener la necesidad de encontrarnos con nadie. Podemos comprar, pagar las cuentas, trabajar, pedir comida y ver una película sin hablar con nadie. Para viajar, conocer países y visitar pinacotecas no necesitamos salir de nuestra casa. Todo nos llega vía *on line*.

La relación con la realidad concreta, con sus olores, colores, fríos, calores, pesos, resistencias y contradicciones está mediatizada por la imagen virtual. Pero esta imagen es solamente una imagen. El pie ya no siente el contacto con el césped recién cortado. La mano ya no toca un puñado de tierra oscura. El mundo virtual creó un nuevo hábitat para el ser humano, caracterizado por el encapsulamiento en sí mismo y por la falta de roce, tacto y contacto entre las personas.

Esa "anti-realidad" afecta a la vida humana en aquello que la vida misma tiene de fundamental: el cuidado y la compasión. Los mitos antiguos y los pensadores contemporáneos más profundos nos enseñan que la esencia humana no se encuentra en la inteligencia, en la libertad ni en la creatividad, sino básicamente en la capacidad de cuidar. El cuidado es, en verdad, el soporte real de la creatividad, la libertad y la

inteligencia. En el cuidado se encuentra el *ethos** fundamental del hombre. Esto significa que en el cuidado identificamos los principios, los valores y las actitudes que hacen de la vida un buen vivir y de las acciones, un reto a aceptar.

La sociedad del conocimiento y de la comunicación que hemos desarrollado en las últimas décadas constituye una amenaza para la esencia humana. ¿No hemos descartado acaso a las personas concretas, con las facciones de sus rostros, con el gesto de sus manos, con todo lo que irradia su presencia, con sus biografías marcadas por las búsquedas, las luchas, las perplejidades, fracasos y conquistas? ¿No hemos puesto bajo sospecha, incluso hasta el punto de tildarlos de obstáculos, al conocimiento objetivo, al cuidado, a la sensibilidad y la compasión, todas realidades tan necesarias sin las cuales nadie puede vivir ni sobrevivir con sentido? ¿No hemos generado más pobres y excluidos —hoy alcanzan casi dos tercios de la humanidad—, condenados a morir antes de tiempo, en forma simultánea con el avance tecnológico de la producción y el servicio de bienes materiales?

Nuestra reflexión busca denunciar este desvío. Nos aventuramos a presentar caminos de cura y de rescate para la esencia humana, que pasan todos ellos por el cuidado.

Alimentamos la profunda convicción de que el cuidado, por el hecho de ser esencial para el hombre, no puede ser suprimido ni descartado de la realidad humana ya que, cuando eso ocurre, “cobra venganza” e irrumpe siempre en algunas instancias de la vida. Si así no fuera, repetiríamos, no sería esencial. ¿Y dónde se manifiesta el cuidado en

* Las palabras marcadas en el texto con un asterisco (*) se explican en el *Glosario* para facilitar la comprensión de las ideas que se exponen en el libro.

nuestra sociedad? En algo muy vulgar, casi ridículo, pero que cumple un rol por demás ejemplificador: el *tamagochi*.

¿Qué es un *tamagochi*? Es un invento japonés de comienzos de 1997. Un llaverito electrónico con tres botones debajo de una pantallita de cristal que alberga dentro de sí a un bichito de estimulación virtual. El bichito tiene hambre, come, duerme, crece, juega, llora, se enferma y hasta puede morir. Todo depende del cuidado que recibe de su dueña o dueño.

El *tamagochi* da mucho trabajo. Como un niño, debe recibir cuidados permanentes, de lo contrario, reclama con su *bip*; y si no es atendido, corre peligro de muerte. ¿Y quién tiene corazón para dejar morir a un bichito de estimulación virtual?

Este juego se transformó en una manía que alteró la rutina de muchos niños, jóvenes y adultos que se empeñan en cuidar su *tamagochi*, darle de comer, asegurarle el desahogo y hacerlo dormir. El cuidado realiza incluso el milagro de resucitarlo en caso de que haya muerto por falta de atención y... ¡cuidado!

Bien dice un perspicaz cronista carioca: "Soledad es sinónimo *tamagochi*". El cuidado del bichito de estimulación virtual denuncia la soledad en la que viven el hombre y la mujer de la flamante sociedad de la comunicación. Pero también anuncia que, a pesar de la deshumanización de gran parte de nuestra cultura, la esencia humana no se ha perdido. Sigue estando ahí, en forma de cuidado, aunque transferida ahora a un aparato electrónico que vino a reemplazar a personas concretas de nuestro entorno, como una abuela enferma, un compañero de escuela discapacitado, un chico de la calle, un anciano

vendedor ambulante, los pobres y los marginales de nuestras ciudades y hasta a un bichito vivo de estimulación, como un hamster, un papagayo, un gato o un perro.

El cuidado sirve como crítica a nuestra civilización agonizante y también como principio inspirador de un nuevo paradigma de convivencia. Esto es lo que vamos a proponer en este libro.

Soñamos con un mundo que aún está por venir, donde ya no vamos a necesitar aparatos electrónicos con seres virtuales para superar nuestra soledad y realizar nuestra esencia humana de cuidado y solidaridad. Soñamos con una sociedad mundializada en ésta, nuestra gran “Casa Común”, la Tierra, donde los valores estructurales se construyan en torno al cuidado de las personas —en especial, de los castigados por la naturaleza o por la historia, los excluidos, los niños, los ancianos, los moribundos, y aquellas que presenten diferencias culturales con nosotros— y al cuidado de las plantas, los animales, los paisajes y especialmente de nuestra Madre grande y generosa: la Tierra. Soñamos con el cuidado asumido como el *ethos** fundamental del hombre y como compasión imprescindible hacia todos los seres de la creación.

Capítulo 1

LA FALTA DE CUIDADO: UN ESTIGMA DE NUESTRO TIEMPO

Este libro ha sido escrito desde una perspectiva de urgencia. En todas partes, se perciben síntomas de grandes devastaciones que afectan tanto al planeta Tierra como a la humanidad. El proyecto de crecimiento material ilimitado, mundialmente integrado, sacrifica a dos tercios de la humanidad, agota los recursos de la Tierra y compromete el futuro de las generaciones futuras. Esto nos pone al borde de decisiones fundamentales. ¿Hasta dónde podrá soportar el super-organismo-Tierra? ¿Nos dirigimos hacia la civilización del caos?

La Tierra conoció, en el transcurso de su biografía, cataclismos inimaginables, pero siempre sobrevivió. Siempre logró salvaguardar el principio de la vida y de su diversidad.

Creemos que esta vez no será diferente. Existe la oportunidad de salvar a la humanidad y proteger a nuestro planeta. Pero, para lograrlo, debemos modificar nuestros hábitos cotidianos y políticos, privados y públicos, culturales y espirituales. La creciente degradación de nuestra "casa común", la Tierra, denuncia la crisis de adolescencia que sufre hoy la humanidad. Es importante que logremos entrar finalmente en la edad madura y que mostremos señales de sabiduría ya que, de otro modo, no podremos garantizarnos un futuro promisorio.

Porque, más que al fin del mundo, estamos asistiendo al fin de una determinada *clase* de mundo. Enfrentamos una crisis de civilización generalizada. Necesitamos desarrollar un nuevo paradigma de convivencia que sirva como pilar para construir una relación de mayor

cuidado para con la Tierra y que inaugure un nuevo pacto social entre los pueblos orientado hacia el respeto y la preservación de todo lo que existe y tiene vida. Sólo a partir de una transformación en tal sentido podremos pensar en alternativas que signifiquen una nueva esperanza para la Tierra y la humanidad.

1. Síntomas de la crisis de civilización

El síntoma más doloroso, constatado ya hace décadas por los más serios analistas y pensadores contemporáneos, es un malestar difuso que afecta a la civilización y se manifiesta en el fenómeno del descuido, la indiferencia y el abandono, es decir, la falta de cuidado.

- Existe, en primer lugar, descuido y desinterés por la vida inocente de los niños, que son usados como "combustible" para la producción en el mercado mundial. Los datos del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) resultan, en tal sentido, aterradores: en 1998, la población mundial de niños trabajadores ascendía a 250 millones. En América Latina, 3 de cada 5 niños trabajan. En África, 1 de cada 3. Y en Asia, 1 de cada 2. Son pequeños esclavos a quienes se les niega la infancia, la inocencia y la ilusión. Y prácticamente nadie se sorprende cuando las noticias cuentan que algunos de ellos han sido asesinados por escuadrones de la muerte en las grandes metrópolis de América Latina y Asia.
- Existe un descuido y una indiferencia manifiesta por el destino de los pobres y marginados de la humanidad, castigados por el hambre crónica y expuestos a miles de enfermedades que ya

habían logrado ser erradicadas pero ahora están regresando con mayor virulencia.

- Existe un descuido y un desinterés inmenso por la suerte de los desempleados y los jubilados, los millones y millones de excluidos del proceso de producción, que son calificados como “descartables” y como “ceros” económicos.

- Existe un descuido y un abandono de los ideales de generosidad, agravados por la hegemonía del neoliberalismo y el individualismo y la exaltación de la propiedad privada que dicho paradigma conlleva. Se menosprecia la tradición de solidaridad. Se empobrecen los ideales de libertad y dignidad para todos los seres humanos. Esta situación se profundizó con la caída del socialismo real y la implosión del bloque soviético cuya existencia, a pesar de las contradicciones propias de ese sistema, mantenía siempre activa la retórica social y encendida la conciencia de cooperación e internacionalismo.

- Existe un descuido y un abandono creciente de la sociabilidad en las ciudades, donde la mayoría de los habitantes se sienten culturalmente desarraigados y socialmente alienados, y predomina la sociedad del espectáculo, el simulacro y el entretenimiento.

- Existe un descuido y una indiferencia por la dimensión espiritual del ser humano, por el *esprit de finesse* (espíritu de gentileza) que cultiva la lógica de corazón y la compasión hacia todo lo que existe y vive. No existe cuidado de la inteligencia emocional, de lo imaginario ni de los ángeles y demonios que lo habitan. Todo tipo

de violencia y exceso es mostrado por los medios de comunicación sin ninguna clase de pudor ni escrúpulos.

- Existe un descuido y un desinterés por la cosa pública. Se organizan políticas pobres para los pobres; las inversiones sociales en seguridad, alimentación, salud, educación y en vivienda son, por lo general, insuficientes. Existe un descuido vergonzoso respecto de la moral en la vida pública, signada por la corrupción y el juego explícito entre los grupos de poder, anclados en un mar de intereses corporativos.
- Existe un abandono del respeto indispensable para cuidar la vida y su fragilidad. Según informa el prestigioso y reciente relato sobre el estado de la Tierra que publica *The State of Environment Atlas* de los Estados Unidos, de continuar con la tendencia vigente, a mediados del siglo XXI habrán desaparecido definitivamente más de la mitad de las especies animales y vegetales que existen en la actualidad, y con ellas, la "biblioteca viviente" de conocimientos acumulados por el universo en el curso de 15 de billones de años de difícil trabajo evolutivo.
- Existe descuido y desinterés por salvaguardar nuestra "casa común", el planeta Tierra. Los terrenos están envenenados; el aire está contaminado; las aguas están sucias; los bosques están siendo diezmados y las especies de seres vivos, exterminadas. Un manto de injusticia y violencia pesa sobre dos tercios de la humanidad. Un principio de autodestrucción, capaz de destruir el sutil equilibrio físico-químico y ecológico del planeta y devastar la biosfera, se encuentra en acción y pone en peligro la continuidad del experimento de la especie *homo sapiens y demens*.

- Existe un descuido y una indiferencia generalizada en la forma de organizar los planes de viviendas, que son planificadas para familias minúsculas y obligan a las familias reales a vivir en condiciones insalubres. Millones y millones de personas habitan en *favelas* (villas de emergencia), sin ningún tipo de calidad de vida, con la permanente amenaza de derrumbes que se cobran, cada uno de ellos, miles de víctimas. Las formas de vestir de importantes sectores de la juventud revelan la decadencia de los gustos y las costumbres. A menudo se recurre a la violencia para resolver conflictos interpersonales e institucionales, normalmente superables mediante el diálogo y la comprensión mutua.

Abarrotados de aparatos tecnológicos, vivimos tiempos de apatía e insensatez, regresando incluso, en determinados aspectos, a la barbarie más atroz.

2. Remedios insuficientes

Son muchos los que se rebelan ante este contexto de falta de cuidado, haciendo de sus hechos y sus palabras un llamado de atención permanente. Pero en la medida en que continúen luchando en soledad, terminarán por sentirse impotentes de mostrar una salida liberadora a los demás y perderán la esperanza.

Otros terminarán por perder la fe en la capacidad de regeneración del hombre y en la proyección hacia un futuro mejor. Percibirán con mayor claridad en el ser humano la dimensión de demencia que la de sabiduría, y se resignarán a la amargura, ya que nada se asemeja tanto a perder la vida como que la vida pierda su brillo.

Otros tiene fe y esperanza pero promueven remedios inadecuados para los síntomas de una enfermedad colectiva. No van a la causa real de las heridas sino que las tratan solamente en forma superficial.

Así, por ejemplo, muchos estiman que el malestar generalizado resulta del abandono de la religión y atribuyen el origen de todos los males al olvido de Dios. Es cierto que el hombre de la modernidad vivió un proceso acelerado de secularización y ya no necesita a Dios para legitimar y justificar los pactos sociales. Por eso es que la religión, a pesar de que subsiste, no es ya la fuente del sentido trascendente para el conjunto de la sociedad.

En su lugar, el hombre moderno desarrolló el "complejo de Dios" y comenzó a comportarse como si él mismo fuera Dios. El progreso de la técnica y la ciencia lo llevó a especular con que todo lo podía y que no habría límites para su pretensión de conocerlo todo, de dominarlo y proyectarlo todo, facultades hasta entonces reservadas exclusivamente para Dios. Esta pretensión significó, además, que el hombre se sometiera exigencias excesivas que condujeron a la humanidad a un nivel de desarrollo desmedido que muestra hoy su componente destructivo al amenazar el destino común de la Tierra y de sus habitantes. De este modo, el "complejo de Dios" irrumpe en el hombre y lo abrumba, poniendo en peligro su vida y la del planeta.

Al mismo tiempo, cabe preguntarse si la religión por sí sola puede corregir este desvío. ¿Basta, para ello, con volver a las personas más piadosas? La religión puede revitalizar una dimensión de existencia, un espacio institucional de lo sagrado, y reforzar su poder histórico-social. Pero no genera necesariamente en las personas un modo de ser más

solidarias y compasivas. Ni siquiera da origen a una espiritualidad capaz de volver a reunir y restablecer todo en su Fuente originaria.

Lo decisivo no son las religiones sino la espiritualidad que subyace a ellas. Porque es la espiritualidad la que une, reúne, articula e integra. Es ella y no la religión la que contribuye a crear alternativas de un nuevo paradigma de civilización.

Por eso, al "complejo de Dios" debemos oponerle la idea de "el nacimiento de Dios" dentro de cada persona y en la historia de la humanidad, un acto que equivalga a su manifestación (epifanía) en el universo.

Otros grupos opinan que, para resolver la crisis actual, debe fortalecerse la moral y el apego a las costumbres. En nombre de esta causa, se movilizan millones de personas en defensa de las vidas inocentes, contra el aborto, por la paz, contra la guerra y por una nueva tecnología más benévola para con el medio ambiente. La moral es importante. Pero si no surge de una nueva convicción del ser humano respecto de su misión en el universo, en el contexto de una nueva alianza de paz y de sinergia para con la Tierra y los pueblos que la habitan, puede devenir en una moralina fastidiosa y prosaica, y transformarse en una pesadilla de conciencias. Una nueva ética presupone una óptica nueva. En el transcurso de nuestras reflexiones, intentaremos profundizar en esta nueva óptica.

Por último, hay quienes piensan que necesitamos más educación, más formación y más información. Sin duda que es importante socializar los conocimientos, aumentar la masa crítica de la humanidad y democratizar los procesos de construcción de poder* por parte de los

ciudadanos. Ciertamente el conocimiento es imprescindible. Sin él no podemos tomar conciencia de los enemigos que acechan a la humanidad, como el hambre, las enfermedades y la falta de comunicación. El saber nos otorga poder. El saber y el poder nos llevaron a la Luna y más allá del sistema solar. Pero, ¿al servicio de qué proyecto de hombre, de sociedad y de mundo utilizaremos el poder de la ciencia y la técnica?

La respuesta a esta cuestión requiere más que de la ciencia y la técnica. Exige una filosofía del ser y una reflexión espiritual que nos hable del Sentido de todos los sentidos y que sepa organizar la convivencia humana con la inspiración de la ley fundamental del universo: la sinergia, la cooperación de todos con todos, y la solidaridad cósmica. Más importante que saber es no perder la capacidad de querer aprender siempre algo más. Por eso, más que poder necesitamos sabiduría, ya que sólo con ella lograremos limitar el poder a su carácter instrumental, empleándolo exclusivamente como medio para potenciar la vida y salvaguardar el planeta.

Todas las propuestas que acabamos de enumerar, por sugestivas que parezcan, no apuntan a la raíz de la cuestión esencial. Si descubrimos, por ejemplo, una grieta en la pared, sería irresponsable tomar cemento y cal, y simplemente tapparla. ¿No resultaría imperioso analizar los fundamentos que todo lo sustentan —por lo general invisibles— y detectar ahí la causa del agujero y arreglar el problema de raíz? ¿No sería esta actitud más racional y más sabia? Si un hijo comienza a mostrar problemas en los estudios, a entregarse a las drogas, a regresar a casa todos los días de madrugada, de poco vale culparlo y ponerlo en penitencia. Tal vez el problema no esté en él sino en la incapacidad de todos los miembros de la familia de trabajar

creativamente en las relaciones, en la continua tensión entre los padres o en la crisis financiera que destruye los sueños del hijo y compromete el futuro de todos.

3. Las insuficiencias del realismo materialista

Al analizar con mayor profundidad la sociedad contemporánea, descubrimos que bajo del “edificio de la modernidad científico-técnica” que la caracteriza subyace una determinada corriente filosófica: el *realismo materialista*.

A esta filosofía se la denomina “*realismo*” porque supone que las realidades existen como objetos independientemente del sujeto que los percibe. Sin embargo, sujeto y objeto no son independientes en verdad, ya que no existe objeto sin sujeto y sujeto sin objeto. Existe una unidad sagrada de realidad que, como en un juego, los incluye siempre a ambos como partícipes y jamás los reduce a meros espectadores. Pero además este realismo es poco realista en la medida en que reduce el ámbito de la realidad, no incluyendo el fenómeno de la subjetividad, de la conciencia de vida y de la espiritualidad.

Desde tiempos inmemoriales, todos los pueblos y culturas veneraron el aspecto de la realidad enfocada en lo Divino que impregna todo el universo; vivenciaron el significado sagrado de todas las cosas y cultivaron la espiritualidad como esa visión interior que unía todo con su Fuente divina. Recién en los últimos cuatro siglos se desarrolló un tipo de humanidad “ciega” a estas dimensiones —y, en consecuencia, profundamente empobrecida en su realización del mundo— que redujo la realidad a los cinco sentidos organizados por la razón analítica.

Esta filosofía se denomina "*materialista*" en sentido antiguo porque presupone que la materia (átomos, partículas elementales, etcétera) constituye la única realidad consistente y que los otros fenómenos son derivaciones secundarias de ella. En esta cosmovisión no se ha asimilado el hecho de que la materia no es simplemente "material" sino que es energía estabilizada, compuesta por interacciones complejas. La materia, como la etimología misma de la palabra lo sugiere, es la "madre" de todas las cosas, incluso de la vida que es la auto-organización* de la materia. Sin embargo, todavía no se ha creado la conciencia de que lo visible es parte de lo invisible.

Hoy las campanas doblan por el realismo materialista. La física cuántica ha demostrado la profunda interconexión del todo con el todo y el lazo indestructible entre la realidad y el observador. Esto significa que no existe una realidad independiente de la mente que la piensa, sino que ambas —mente pensante y realidad pensada— son dimensiones de una misma realidad compleja. El universo es consciente en sí mismo pero la cosmología* moderna ha demostrado que sería matemáticamente inconsciente sin no existiera un Espíritu Sagrado y una Mente infinitamente ordenadora.

La nueva filosofía se presenta, en consecuencia, como holística*, ecológica y espiritual. Y se constituye como una alternativa para el realismo materialista, con la capacidad de devolver al ser humano el sentimiento de pertenencia a la familia humana, a la Tierra, al universo y al plan divino.

De este modo pueden superarse los problemas más graves que se esconden detrás de la falta de cuidado: la pérdida de conexión con el Todo; el vacío de la conciencia, que ya no se percibe más como parte

del universo; la disolución del sentimiento de lo Sagrado, tanto respecto del cosmos como dentro de cada ser humano; la ausencia de la percepción de la unidad de todas las cosas, que tienen su fundamento en el misterio del Supremo creador y Proveedor de todo.

Sobre todas estas cuestiones debemos reflexionar con atención hasta desarrollar un nuevo estado de conciencia. Esta es la condición previa para generar una actitud de madurez y de sabiduría que nos ayude a buscar otros caminos, diferentes de los recorridos hasta el momento. Tras siglos de cultura material, hoy buscamos ansiosamente una espiritualidad simple y sólida, basada en la percepción del misterio del universo y del ser humano, en la ética de la responsabilidad, de la solidaridad y la compasión, en el cuidado, en el valor intrínseco de cada cosa, en el trabajo bien hecho, en la competencia, en la honestidad y en la transparencia de las intenciones.

4. Indicaciones para hallar el camino correcto

Hoy es importante buscar respuestas inspiradas en otras fuentes y otras visiones de futuro para el planeta y para la humanidad.

Sin embargo, esas respuestas no se encuentran disponibles en un lugar privilegiado de la Tierra ni en libros ancestrales. Tampoco se encuentran en las obras de maestros ni gurús con nuevas o antiguas técnicas de espiritualidad, ni en profecías secretas, ni en iniciaciones rituales o mágicas, ni en técnicas terapéuticas que emplean productos naturales. Debemos aprender de todas estas propuestas, pero es necesario escarbar más profundo, ir más lejos y evitar las soluciones idénticas, basadas en una única razón. Necesitamos incorporar otras dimensiones que enriquezcan nuestra visión.

Las respuestas que necesitamos están siendo formuladas por todas las personas que desarrollan prácticas significativas en diversos lugares del mundo actual. Esto significa que no existe hoy un sujeto histórico único. Los cambios son producto de muchos sujetos, se orientan por un nuevo sentido del vivir y del actuar, por una nueva percepción de la realidad y una nueva experiencia del Ser, y brotan de un camino colectivo que se hace caminando.

Como consecuencia de los cambios que promueven estas respuestas, está gestándose un nuevo paradigma*. Un paradigma de *re-uniión*, de *re-encantamiento* con la naturaleza y de *com-pasión* por los que sufren. Se inaugura de este modo una nueva era signada por ternura para con la vida y por un sentimiento auténtico de pertenencia amorosa hacia la Madre Tierra. Este giro queda demostrado por el auge de los grupos que cultivan la ecología, la meditación y la espiritualidad, y de los que evalúan con atención el impacto ambiental de los proyectos impulsados por las empresas privadas o el Estado. Son muchos los que hoy, en todas las cuestiones abordadas, incorporan la perspectiva de la Tierra como un todo vivo y orgánico. Más y más personas buscan alimentarse con productos naturales y mantienen un severo control de la contaminación de los productos. Al mismo tiempo, crece la conciencia de responsabilidad por el único planeta que tenemos, por su biodiversidad y por cada especie que amenaza con extinguirse. Aumenta el sentimiento de solidaridad para con las poblaciones devastadas por el hambre o por las catástrofes naturales. Se movilizan grupos y también la opinión pública en defensa de los derechos de los animales y los derechos humanos sociales y culturales. Se percibe un notable esfuerzo por superar el patriarcado y fortalecer el desarrollo del anima* en el hombre y la mujer. Crece el apoyo a las mujeres y a las minorías socialmente discriminadas que pueden representar a millones y millones

de personas, como los negros, los pueblos aborígenes, los portadores de alguna deficiencia o enfermedad, etcétera. La espiritualidad cósmica vuelve a animar a los espíritus sensibles a transmitir el mensaje que emana del universo y la naturaleza, mientras las tradiciones religiosas y espirituales se revitalizan en contacto con los desafíos de nuestro tiempo.

El surgimiento de este nuevo paradigma exige con urgencia un nuevo *ethos** de civilización que permita al hombre dar un salto cualitativo hacia formas más cooperativas de convivencia y hacia una renovada actitud de veneración ante el misterio que atraviesa y sustenta el proceso evolutivo.

En todas partes se formulan votos porque el hombre establezca una nueva alianza de paz perdurable con las otras especies y con la Tierra. Sin embargo, para que este nuevo "contrato social" funcione como tal, debe fundarse en la participación respetuosa del mayor número posible de personas, en la valorización de diferencias y en la convergencia de la diversidad de culturas, de las formas de producción, de las tradiciones y de los ideales de vida.

5. Una nueva óptica para una nueva ética

En momentos críticos como en el que vivimos, solemos revisar la sabiduría ancestral de los pueblos para adherir al pensamiento de unos u otros. En estos momentos, todos nos hacemos aprendices. Lo que importa es construir un nuevo *ethos** que promueva una nueva forma de convivencia entre los hombres y con los otros seres de la comunidad biótica, planetaria y cósmica, y que propicie un nuevo encantamiento

ante a la majestuosidad del universo y la complejidad de las relaciones que mantienen todos y cada uno de los seres.

El término *ethos**, de origen griego, en su sentido etimológico remite a la madriguera del animal o la casa del hombre, es decir, esa porción del mundo que reservamos para organizar, cuidar y hacer de ella nuestro hábitat. Tenemos que reconstruir nuestra “casa común” —la Tierra— para que todos podamos entrar en ella. Es imperioso *darle una forma* tal que resulte sustentable para alimentar un nuevo sueño de civilización. Hoy la casa humana ya no es un estado-nación, sino una “patria/madre” común a toda la humanidad. Hoy ella se encuentra en el exilio, dividida en estados-naciones, aislada en culturas regionales, limitada por los infinitos idiomas y lenguajes. Sin embargo, lentamente, está regresando de su prolongado exilio. Está reencontrándose a sí misma en un mismo lugar: el planeta Tierra unificado. En ese escenario, va a protagonizar una historia única: la historia de la especie *homo*, una única y colorida sociedad mundial, con conciencia de un origen común y de un mismo destino.

Este *ethos** (entendido como reformulación/remodelación de la casa humana) tomará cuerpo en forma de sistemas morales* concretos (valores, actitudes y comportamientos prácticos) correspondientes a diferentes tradiciones culturales y espirituales con propuestas diversas que contribuirán a alimentar un mismo propósito: salvaguardar el planeta y asegurar las condiciones de desarrollo y evolución conjunta del hombre hacia formas cada vez más colectivas, más internalizadas y espirituales de realización de su esencia.

¿De dónde va a surgir ese nuevo *ethos**? Debe brotar de la naturaleza más profunda del ser humano. De dimensiones que resulten esenciales y, al mismo tiempo, comprensibles para todos, ya que si no proviene del núcleo esencial del ser humano, no será suficiente para dar sustentabilidad a un desarrollo humano con creaciones ricas para la posteridad.

Todos debemos beber de la propia fuente, investigar en nuestra naturaleza esencial, consultar con nuestro corazón. Esta dimensión fundacional tendrá que suplantar a la desesperanza inerte y a la resignación amarga. Tendrá que perfeccionar los caminos insuficientes que referimos con anterioridad. Porque esa dimensión fundacional se convertirá en la base de un nuevo sentimiento religioso y de un nuevo sentido ético y moral. Propiciará una nueva razón, instrumental, emocional y espiritual, que transformará la ciencia, la tecnología y la crítica en “medicinas” para la Tierra y para la humanidad. Así, una nueva ética nacerá de una nueva óptica.

¿Cuál será esa óptica? ¿Cuál será esa dimensión seminal de la humanidad, capaz de dar sustento a una nueva aventura histórica? ¿Qué nuevo *ethos** necesitamos generar? ¿No será aquél que se opone a la falta de cuidado, al desinterés, a la indiferencia y al abandono?

Bibliografía en español

Bloom, Harold ***El canon occidental***, Barcelona, Anagrama, 2001.

Capra, Fritjof ***La trama de la vida***, Barcelona, Anagrama, 1998.

Freud, Sigmund ***El malestar en la cultura***, Buenos Aires, El Ateneo, 2003.

Lovelock, James ***Edades de Gaia***, Barcelona, Tusquets, 1993.

Sagan, Carl ***El mundo y sus demonios***, Buenos Aires, Planeta, 2005.

Sklair, Leslie ***Sociología del sistema global***, Barcelona, Gedisa, 2003.

Capítulo 2

EL CUIDADO: EL *ETHOS DEL HOMBRE**

Lo que se opone al descuido y la indiferencia es el cuidado. Cuidar es más que un *acto*, es una *actitud*. Por lo tanto, abarca más que un momento de atención, de celo y de desvelo. Representa una actitud de ocupación, de preocupación, de responsabilidad y de involucrarse afectivamente con el otro.

La actitud es una fuente: genera muchos actos que expresan una actitud profunda. Cuando decimos, por ejemplo, "nosotros cuidamos nuestra casa", sobreentendemos múltiples actos, como preocuparnos por las personas que en ella habitan dándoles atención, garantizándoles el alimento e interesándonos por su bienestar. Cuidamos del aura que debe inundar cada habitación, cada cuarto, la sala y la cocina. Velamos por las relaciones de amistad con los vecinos y por la calidez con los huéspedes. Nos desvelamos para que la casa sea un lugar querido, que dejemos con nostalgia cuando partimos y al que regresamos con alegría. Alimentamos una actitud general de diligencia por el estado físico de la casa, por el terreno y el jardín. Nos ocupamos del gato y el perro, de los peces y los pájaros que pueblan nuestros árboles. Todo esto involucra una actitud de cuidado material, personal, social, ecológico y espiritual de la casa.

1. El cuidado como *modo-de-ser* esencial

El cuidado es algo más que un acto y una actitud entre otros. El filósofo que mejor percibió la importancia esencial del cuidado, Martin

Heidegger (1889-1976), dice en su obra **Ser y Tiempo**: “Desde el punto de vista existencial, el cuidado se encuentra a priori, antes de toda actitud y situación del ser humano, lo que significa decir que el cuidado está presente en toda actitud y situación de hecho”. Así el cuidado se encuentra en la raíz originaria del ser humano, antes de que él haga cualquier cosa. Y, cuando el hombre hace algo, su hacer siempre viene acompañado e imbuido de cuidado. Esto implica reconocer el cuidado como un *modo-de-ser* esencial, siempre presente e irreductible a otra realidad anterior. Es una dimensión fundacional, originaria, ontológica*, imposible de ser totalmente desvirtuada.

Un “modo-de-ser” no es un nuevo ser. Es una forma en la que el propio ser se articula y se da a conocer. El cuidado forma parte de la naturaleza y la constitución del hombre. El *modo-de-ser* cuidado revela de manera concreta cómo es el ser humano.

Sin el cuidado, el hombre deja de ser humano. Si no recibe cuidado, desde el nacimiento hasta la muerte, el ser humano se desarticula, se debilita, pierde sentido y muere. Si, en el transcurso de la vida, todo lo que emprende no lo hace con cuidado, acabará por perjudicarse a sí mismo y por destruir todo lo que se halla a su alrededor. Por eso, el cuidado debe ser entendido en la línea de la esencia humana, de lo que responde a la pregunta qué es el ser humano. El cuidado debe estar presente en todo. En palabras de Martin Heidegger, “*el cuidado es un fenómeno ontológico*-existencial básico*”. Es decir, un fenómeno que constituye la condición e posibilidad de la existencia humana en tanto humana.

Podemos responder de muchas y diferentes maneras a la pregunta *¿Qué es un hombre?*. En cada respuesta, subyacen las estructuras sociales, las diferentes cosmovisiones, las diversas filosofías, ciencias y proyectos elaborados por el ingenio humano.

La respuesta latente e inconsciente, sin embargo, se torna patente y consciente cuando formulamos la siguiente pregunta: *¿Qué imagen del hombre subyace a una cultura como la nuestra, que privilegia por sobre todo la racionalidad científico-técnica?* La respuesta natural será: *El hombre es un animal racional.*

Si, en cambio, preguntáramos *¿Qué imagen del hombre se oculta en el modo de producción capitalista y en la economía exclusivamente de mercado?*, la respuesta obvia sería: *El ser humano es esencialmente un animal hambriento, un ser con necesidades que deben ser satisfechas y, en consecuencia, un consumidor.*

¿Qué imagen del hombre subyace al ideal democrático? La respuesta a esta pregunta será: *El hombre es un ser de participación*, un actor social, un sujeto histórico personal y colectivo que construye relaciones sociales lo más igualitarias, justas, libres y fraternales posibles dentro de determinadas condiciones histórico-sociales.

¿Qué idea del hombre se halla presupuesta en la lucha por los derechos humanos? La respuesta clara será: *El hombre viene dotado de sacralidad porque es sujeto de derechos y deberes inalienables y se muestra como un proyecto infinito.*

¿Qué concepto de hombre se encuentra sobreentendido en el proyecto científico-técnico de dominación de la naturaleza? La respuesta más probable será: El ser humano se entiende a sí mismo (ilusoriamente) como la cumbre del proceso de evolución, el centro de todos los seres (antropocentrismo), y considera que las demás cosas, en especial la naturaleza, sólo tienen sentido cuando él puede disponer de ellas a su voluntad.

Quando el místico San Juan de la Cruz dice que el hombre es llamado a ser Dios por participación, ¿qué imagen está presuponiendo del ser humano? La respuesta más arriesgada será: ***El hombre tiene la capacidad de dia-logar con el Misterio del mundo, preguntar por un Sentido último y entrar en comunión con Él y ser uno con Él.***

Finalmente, ¿qué concepto de hombre proyectamos cuando lo definimos como un ser-en-el-mundo-con-otros, siempre relacionándose, construyendo su hábitat, ocupándose con las cosas, preocupándose de las personas, dedicándose a aquello que tiene para él importancia y valor, y disponiéndose a sufrir y a alegrarse junto a quienes se siente unido y ama? La respuesta más adecuada será: *El hombre es un ser de cuidado. Y aún más: Su esencia se encuentra en el cuidado. Poner cuidado en todo lo que proyecta y hace es la característica singular del ser humano.*

Conviene siempre explicitar la imagen de hombre que subyace en nuestras visiones del mundo, en nuestros proyectos y en nuestras prácticas ya que, de esta manera, sabemos lo que queremos ser y podemos someter esa imagen a la crítica y a un perfeccionamiento continuo.

La humanidad trabajó mucho para descifrar la esencia del hombre. Se sirvió de las artes, de la pintura rupestre en las cavernas, de los diseños en vasos de barro. Se expresó a través de los grandes monumentos, de miniaturas de marfil y de una inmensa gama de músicas folclóricas. Utilizó la palabra a través de mitos, fábulas, poemas y narraciones. Usó el pensamiento a través de la filosofía y de las cosmovisiones. Las religiones, a través de los mitos de la creación, del fin del mundo y de la creación del ser humano, ofrecieron los desciframientos más osados de la naturaleza humana. Hoy en día se prefiere al cine, el universo virtual de la comunicación y, principalmente, las ciencias empíricas, hermenéuticas y holísticas. Todas encierran implícitamente una antropología, es decir, una determinada comprensión del ser humano, hombre y mujer.

2. Los mitos: un conocimiento ancestral de la esencia humana

Todos estos aportes son de inmenso valor. En la medida de lo posible, iremos incorporando a nuestro trabajo sus numerosas contribuciones. Sin embargo, vamos a privilegiar otro camino: el de los mitos. Estimamos que las mitologías, más que las ciencias y las filosofías, encierran —junto con las religiones— grandes revelaciones sobre la esencia humana. Generación tras generación, las culturas proyectaron grandes visiones, acumularon reflexiones, profundizaron, dejando sus mitologías como legado a la posteridad. Supieron usar un lenguaje plástico, con imágenes tomadas de lo profundo del inconsciente colectivo, accesibles a todas las edades y a todos los tiempos. Más allá de las visiones y los símbolos, suscitaron y continúan suscitando grandes emociones, ésas que permanecen y movilizan a las personas y a los pueblos en la Historia.

No es seguro que nosotros, los hombres modernos, con nuestra inteligencia instrumental, con toda nuestra tradición de investigación empírica, de crítica y de acumulación de saberes acerca de prácticamente todo, conozcamos más al ser humano que los antiguos contadores de mitos. Ellos se revelaron como observadores meticulosos y sabios eximios de cada situación y de cada pliegue de la existencia. Conviene releerlos, valorizar sus contribuciones y escuchar sus lecciones, siempre actuales.

Vamos, entonces, a seguir el camino de los mitos. Pero antes debemos entender bien qué son. No son elementos del pasado arcaico, productos aleatorios del pensamiento primitivo o de una fantasía incontrolada. Son actuales, porque nosotros, los hombres modernos, también creamos mitos.

Los mitos son lenguajes para traducir fenómenos profundos, indescriptibles por la razón analítica. ¿Cómo hablar del enamoramiento, del amor, del cuidado esencial, de la traición de la persona amada, de las crisis de la vida, de las enfermedades incurables, del nacimiento y de la muerte sino es con emoción, contando historias ejemplares? Los conceptos abstractos y fríos no consiguen traducir los colores de la realidad. No generan figuras en la imaginación. Por eso, de alguna manera, falsean nuestra experiencia de los fenómenos vividos.

Bien se dice que el lenguaje consagrado de la psicología científica vigente representa, en buena medida, un insulto al alma porque, en la elaboración de sus instrumentos de análisis, deja fuera las energías poderosas —verdaderos dioses y diosas que habitan en la profundidad humana—, las imágenes y los símbolos. Prefiere los conceptos abstractos, extraídos de un paradigma que privilegiaba la física y la

mecánica. Debemos, entonces, saber combinar inteligencia instrumental-analítica, de dónde proviene el rigor científico, con la inteligencia emocional-cordial, de dónde derivan las imágenes y los mitos.

Las diosas y los dioses mitológicos no deben considerarse existentes en sí mismos, seres sustanciales e independientes de nuestra existencia sino arquetipos* del inconsciente colectivo, centros de gran energía y significación, que sólo a través del lenguaje de los héroes y las heroínas, de los dioses y las diosas, pueden ser expresados en forma adecuada. Son figuras cargadas de emoción, convertidas en referencias paradigmáticas y en inspiraciones movilizadoras para los comportamientos humanos.

El politeísmo no representa un aprendizaje inferior en la evolución religiosa hacia el monoteísmo. Bien entendido, no busca afirmar la multiplicidad de divinidades, sino las mil caras de una misma y única Divinidad, del único Misterio de comunión, vinculado con la dinámica abierta del mundo y del espíritu. El monoteísmo, por su parte, avanza *pari passu* con el surgimiento de visiones imperiales unitarias que empobrecen la polivalencia de lo sagrado.

Entendidas como fuerzas espirituales poderosas, las múltiples divinidades representan los muchos centros energéticos y las diferentes fuentes de sentido que estructuran la interioridad humana. Esta interioridad está habitada por la Divinidad. Por eso, además de corporales y psíquicos, somos seres espirituales. Desde el punto de vista espiritual y psíquico no somos monoteístas, sino plurales. Tenemos muchos centros vitales, no apenas uno. Ni somos dominados por uno solo de ellos, ya sea la razón, el poder, el deseo o el corazón. Estamos

atravesados y rodeados por muchos; ellos hacen dinámica y también dramática a la vida humana. Todos se encuentran articulados en la existencia singular de cada persona. A través de cada una de esas energías, tenemos acceso a la Energía suprema que habita en el universo y en el corazón humano.

Vamos a analizar una fábula-mito que nos habla de la esencia humana de una manera que atiende a los reclamos más urgentes de nuestro tiempo. Es la fábula-mito del cuidado. Porque es en el cuidado donde encontraremos el *ethos** que sirva de fundamento a la sociabilidad humana y contribuya a identificar la esencia originaria del ser humano, hombre y mujer. Cuando hablamos de *ethos* nos referimos al conjunto de valores, principios e inspiraciones que dan origen a actos y actitudes (los distintos sistemas morales) que conformarán el hábitat común y la nueva sociedad naciente. Es urgente generar un nuevo *ethos** de cuidado, de sinergia*, de *re-unión*, de generosidad, de paz perpetua con la Tierra, con la vida, con la sociedad y con el destino de las personas, en especial de las grandes mayorías empobrecidas y castigadas del planeta.

Bibliografía en español

- Arendt, Hannah ***La condición humana***, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- Bolen, Jean Shinoda ***Las diosas de cada mujer***, Barcelona, Kairós, 2001.
- Campbell, Joseph ***Los mitos en el tiempo***, Buenos Aires, Emecé, 2000.
- Capra, Fritjof ***El tao de la física***, Málaga, Sirio, 1995.
- Cassirer, Ernst ***Antropología filosófica***, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Hawley, Jack ***Redespertar del espíritu en el trabajo***, Buenos, Aires, Errepar, 1994.

Heidegger, Martín ***Ser y tiempo***, Madrid, Trotta, 2003.

May, Rolo ***Amor y voluntad***, Barcelona, Gedisa, 1995.

Restrepo, Luis Carlos ***El derecho a la ternura***, Barcelona, Península, 2004.

Todorov, Tzevan ***Las morales de la historia***, Barcelona, Paidós, 1993.

Capítulo 3

LA FÁBULA-MITO DEL CUIDADO

La fábula-mito sobre el cuidado esencial es de origen latino aunque algunos de sus elementos provienen de Grecia. Ganó su expresión literaria definitiva poco antes de Cristo, en Roma. Vamos a reproducir la versión latina original y a continuación, su traducción.

“Cura cum fluvium transiret, videt cretosum lutum sustulitque cogitabunda atque coepit fingere.

Dum deliberat quid iam fecisset, Jovis intervenit. Rogat eum Cura ut det illi spiritum et facile impetrat.

Cui cum vellet Cura nomen ex sese ipsa imponere, Jovis prohibuit suumque nomen ei dandum esse dicitat.

Dum Cura et Jovis disceptant, Tellus surrexit simul suumque nomen esse volt cui corpus praebuerit suum.

Sumpserunt Saturnum iudicem, is sic aecus iudicat:

‘Tu Jovis quia spiritum dedisti, in morte spiritum,

Tuque Tellus, quia dedisti corpus, corpus recipito,

Cura enim quia prima finxit, teneat quandiu vixerit.

Sed quae nunc de nomine eius vobis controversia est,

*Homo vocetur, quia videtur esse factus ex humo””**.*

** El texto latino está disponible en **Ser y tiempo**, de Martín Heidegger, Vol. I de la edición de Vozes de Petrópolis, 1989, p. 263; nuestra versión sigue un camino propio, con pequeñas variaciones respecto de la que ofrece Heidegger.

A continuación, nuestra versión libre.

“Cierta día, al atravesar un río, Cuidado vio un montículo de barro. Tuvo entonces una idea iluminada. Tomó un poco del barro y comenzó a darle forma. Mientras contemplaba lo que había hecho, apareció Júpiter.

Cuidado le pidió que le infundiera espíritu a su obra, lo que Júpiter hizo de buen grado.

Sin embargo, cuando Cuidado quiso darle un nombre a la criatura que había modelado, Júpiter se lo prohibió. Exigió que le fuera impuesto su nombre.

Mientras Júpiter y Cuidado discutían, apareció, de improviso, la Tierra. Ella quiso también dar su nombre a la criatura pues había sido hecha de barro, el mismo material que da cuerpo a la Tierra. Se originó, entonces, una discusión generalizada.

De común acuerdo, pidieron a Saturno que actuase como árbitro. Él tomó la siguiente decisión, que pareció justa:

‘Tú, Júpiter, que le diste el espíritu, lo recibirás de vuelta cuando esa criatura muera.

Tú, Tierra, que le diste el cuerpo, lo recibirás de vuelta cuando esa criatura muera.

Pero tú, Cuidado, que fuiste el que la modeló, le prodigarás tus cuidados mientras viva.

Y con respecto a la acalorada discusión que mantuvieron entre ustedes acerca del nombre, decido: esta criatura será llamada Hombre, es decir, ser hecho de humus, que significa ‘tierra fértil’”.

A partir del texto de esta fábula-mito vamos a elaborar nuestras reflexiones sobre el cuidado, que será considerado en este libro como la esencia verdadera del hombre. Pero antes vamos a conocer al autor de esta inspirada creación literaria.

Capítulo 4

CAYO JULIO HIGINIO: UN ESCLAVO GENIAL

Los mitos no tienen autor. Pertenecen a la sabiduría común de la humanidad, conservada por el inconsciente colectivo bajo la forma de grandes símbolos, arquetipos y figuras ejemplares, y que en cada generación, emerge en la conciencia bajo mil rostros. A través de los mitos, se transmite siempre el mismo mensaje esencial. Iluminan caminos e inspiran prácticas. Sin embargo, hay momentos en los cuales el mito gana una formulación clásica. Hesíodo en Grecia (a mediados del siglo VIII aC), Ovidio en Roma (43 a C – 17 dC), los Hermanos Grimm en Alemania (1785-1863) y Luis da Câmara Cascudo en Brasil (1898-1986) fueron algunos de esos escribas inspirados.

Así ocurrió con la fábula-mito del cuidado esencial, también conocida como “la fábula de Higinio**”. Como dijimos, lo importante no es el autor de la narración del mito sino su significado. A pesar de esto, no deja de ser interesante descubrir quién fue Higinio y por qué él mismo se transformó en una figura-mito.

1. La saga de Higinio

Su nombre completo era Gaius Julius Hyginus**. Aproximémonos al contexto donde se produjo su nacimiento.

** Los datos más seguros sobre Gaius Julius Hyginus se encuentran en *Paulys Realencyclopaedia der classischen Altertumswissenschaft*, vol. 19, Stuttgart 1918 columnas 628-651.

Corría el año 44 antes de Cristo. Cayo Julio César (100-44 aC), famoso general, cónsul y fundador de la dinastía de los Césares en Roma, fue asesinado en pleno Senado por su hijo adoptivo Bruto. Para sucederlo, se creó un triunvirato constituido por tres cónsules: su nieto adoptivo Cayo Julio César Octavio (63 aC – 14 dC), Marco Antonio (83 – 30 aC) y Marco Emilio Lepido (fallecido en el año 12 aC).

Más tarde, los tres entraron en conflicto ya que cada uno le disputaba a los otros dos el poder absoluto. Octavio, más hábil y astuto, venció a sus dos contendientes. En el año 27 aC se hizo proclamar emperador, apropiándose del título de *Augustus*, hasta entonces reservado sólo a los dioses. A partir de entonces, se llamó César Augusto. Bajo su imperio nació Jesucristo, hecho que para nosotros, los cristianos, no carece de importancia.

En el año 47 de nuestra era, todavía en plena disputa por el poder, Octavio entró victorioso a Alejandría, una gran ciudad en el norte de Egipto, famosa por su cultura, sus escuelas filosóficas y sus bibliotecas. Allí conoció a Higinio, un joven de apenas 22 años que brillaba por su inteligencia y su vasta cultura. Fascinado, Octavio decidió llevarlo con él a Roma.

Era una práctica común en aquel tiempo que todo general vencedor esclavizara a las personas de su interés. Sus esclavos eran con frecuencia los preceptores de sus hijos en lengua y cultura griegas. Como señal pública de su posesión, les imponían su propio nombre. Así ocurrió con Higinio, quien pasó a ser llamado Cayo Julio Higinio, aunque en la historia sea conocido simplemente como Higinio.

En Roma, pasado algún tiempo, Augusto lo libertó pero lo mantuvo, a su servicio. Higinio se incorporó a la mejor escuela de la época, dirigida por Alejandro Polyhistor, antiguo esclavo de Alejandría, también liberto, quien era el director de la famosa Biblioteca Palatina que Augusto había fundado en el año 28 aC.

Las bibliotecas de la Antigüedad se ocupaban de muchas más cosas que las nuestras actuales. Equivalían a las fundaciones culturales o a las academias de hoy en día. En aquellas bibliotecas, no había sólo libros, sino cursos de todo tipo, desde Teología, Historia, Botánica hasta Astrología. Allí se desarrollaban frecuentes disputas filosóficas y se realizaban encuentros de intelectuales, poetas e historiadores.

En ese ambiente de efervescencia intelectual, Higinio desarrolló una brillante carrera. Entusiasmado con su antiguo esclavo, César Augusto, que todo acompañaba, lo designó a cargo de la Biblioteca del Templo de Apolo. Eso significaba que Higinio podría dictar sus propios cursos y organizar la actividad intelectual en contacto directo con los mejores espíritus de la época y con los numerosos libros de la Biblioteca. Tenía entonces apenas 30 años.

Tras la muerte de Alejandro Polyhistor, César Augusto nombró a Higinio director de la biblioteca central, que era la Palatina. A partir de ese momento, por más de cuarenta años, Higinio animó toda la vida cultural de Roma. Se cuenta que, aún a la edad de 70 años, continuaba trabajando. El gran poeta Ovidio (43 aC – 17 dC) era su amigo íntimo. El propio Virgilio (70 aC – 19 dC), considerado el mejor poeta latino, fue su alumno.

Según narran los historiadores, Higinio murió pobre en el año 10 de nuestra era pues no sabía administrar sus negocios. Ovidio, en solidaridad con su desdicha, le dedicó una oda con el título "*Tristia Hygin*" cuya traducción aproximada es "Las desventuras de Higinio".

2. La obra de Higinio

Higinio aprovechó los contactos y las fuentes de la biblioteca para producir una obra extensa. Escribió textos teológicos sobre las características de los dioses (***De proprietatibus deorum***) y —en particular— sobre los dioses familiares (***De dis penatibus***). Se especializó en biografías. Publicó seis tomos sobre la vida y la obra de las personas ilustres, del mundo y de Roma (***De vita rebusque illustrium virorum*** y ***De viribus illustribus urbis Romae***). Se dedicó también a la ecología, y elaboró minuciosas descripciones geográficas sobre las ciudades itálicas (***De situ urbium iItalicorum***) y sobre la agricultura. Escribió la primera monografía conocida sobre las abejas (***De apibus***). Disertó sobre Astronomía y Astrología (***De mundi et sphaerae; De signorum coelestium historiis; De astrologia***). Como puede observarse, fue un hombre inquieto y de múltiples intereses intelectuales.

La obra que nos interesa se llama ***Fábulas o Genealogías (Fabulae seu Genealogiae)***. Se trata de una recopilación de trescientas leyendas, historias y mitos provenientes de las tradiciones griega y latina. Una obra inmensa y, al mismo tiempo, heterogénea. Contiene materiales de las más diversas procedencias, con estilos diferentes y hasta contradictorios entre sí. Esto llevó pensar a algunos críticos que el libro de las fábulas no había sido obra exclusiva de

Higinio. Como se sabía que era culto y refinado, se creyó que no podría haber sido el autor de tantos errores y contradicciones manifiestas, los cuales se atribuyeron a otras manos que supuestamente habrían interferido en el texto.

Otros estudiosos, en cambio, se inclinaron por una interpretación diferente. Supusieron que Higinio había respetado los materiales tal como los había hallado y que él, simplemente, los ordenó. Sin embargo, algunos sí fueron reeditados por él con esmero y estética, ya que —en esa tarea— era un maestro refinado.

En apariencia, esto último es lo que ocurrió con la fábula-mito número 220 que transcribimos en el capítulo anterior. Aunque su origen sería griego, Higinio la habría reelaborado adaptándola a la cultura romana, tornándola concisa y dotándola de una gran belleza literaria.

A continuación, intentaremos analizar algunos aspectos antropológicos, filosóficos y éticos del relato.

Capítulo 5

EXPLICACIÓN DE LA FÁBULA-MITO DEL CUIDADO

Expliquemos ahora los personajes que componen de esta fábula-mito. Dicha tarea nos proporcionará los elementos básicos para iluminar la esencia humana y fundamentar el *ethos** para un nuevo tiempo.

1. ¿Qué es una fábula? ¿Qué es un mito?

Antes que nada dejemos en claro lo que entendemos por *fábula* y por *mito*.

La fábula es una narración imaginaria cuyos personajes son animales, plantas o bien personificaciones de cualidades, virtudes y vicios humanos, empleados con el objetivo de transmitir lecciones morales o transformar en concreta una verdad abstracta. Las fábulas más conocidas son de La Fontaine (1621-1695) como, por ejemplo, la de la zorra y las uvas.

En el caso de la fábula de Higinio*, el autor personifica el concepto de "cuidado" y cuenta: "Cuidado" pasea por la playa, encuentra un montículo de barro, se pone a pensar qué hacer con él y termina moldeando un muñeco de arcilla. Discute con Júpiter y con la Tierra, y finalmente acata el veredicto de Saturno.

Esta fábula está compuesta por figuras mitológicas grecolatinas de un gran contenido simbólico, como Júpiter, la Tierra y Saturno. Por este motivo, la llamamos "fábula-mito". Pero, ¿qué es un mito?

El mito es algo mucho más complejo que una fábula ya que encierra toda clase de ambigüedades y, empleando el lenguaje común de la comunicación de masas, puede transmitir en forma solapada una visión reduccionista y parcial de la realidad. En tal sentido, el mito funciona como una ideología. Alude a creencias colectivas o clichés acerca de temas relevantes (personas, situaciones, hechos) que atañen a la cultura. Así se habla del "mito del salvaje bueno", del "mito del sexo débil" o del "mito del negro haragán".

Con la primera de estas expresiones, se ha buscado transmitir la creencia de que el indígena es un ser salvaje en el buen sentido, es decir, el de un ser en estado natural, no contaminado por la cultura. Sin embargo este concepto encierra un cliché reduccionista, ya que el indígena también tiene cultura, interactúa con la naturaleza y, como todos los seres sociales, tiene una dimensión *sim-bólica* y *dia-bólica*.

El mito del sexo débil surge de la calificación de "frágil" que la cultura patriarcal otorgó a la mujer. Esto, en modo alguno, se condice con la verdad. La mujer tiene su forma de ser fuerte. En su caso, lo que cuenta no es tanto la fuerza muscular. En el trato con los hijos desde el comienzo de la gestación, durante el parto y en la compañía que da a los suyos en el transcurso de su vida, especialmente en la complejidad que comporta el manejo de una casa y en la capacidad de soportar dolores y vencer obstáculos, la mujer exhibe una fortaleza y una competencia que superan por mucho las del hombre. Esto demuestra que, en muchos aspectos, la mujer es el sexo fuerte y el hombre, el débil.

En cuanto a la acusación de que el negro es un haragán, ésta constituye, a todas luces, una calumnia. Toda persona que ha crecido en

países esclavistas como Brasil, Colombia, el Caribe y el Sur de los Estados Unidos ha visto con sus propios ojos el producto de la mano de obra negra de los esclavos. A pesar de haber sido tratados como “piezas” de engranaje o, directamente, como trozos de carbón para ser consumido en la máquina de producción, los negros mostraron siempre una gran dedicación al trabajo. Constituyeron, además, el grupo étnico que posiblemente más valores legó a cultura brasileña y norteamericana, con elementos que van desde las artes culinarias, la música y lenguaje, hasta la cordialidad en las relaciones y el misticismo: en tal sentido, los negros no sólo fueron esclavos sino también agentes civilizadores.

El mito equivale también, para algunos, a una mera fantasía o a una interpretación distorsionada de la realidad, y es definido, en consecuencia, como algo apuesto a la verdad. Así, por ejemplo, los difundidos efectos positivos de los edulcorantes artificiales sobre el organismo son, para los nutricionistas serios, un mito y no una realidad ya que, por un lado, dichas sustancias no poseen calorías pero, por el otro, aceleran el proceso de desgaste de las neuronas, abriendo el camino a la aceleración de la esclerosis. En este mismo sentido es que se denomina “mitómano” a quien tiene la manía de inventar “mitos” — entendidos como acontecimientos ficticios— o de imaginar interpretaciones extravagantes de la realidad.

En este libro, no tomamos en cuenta estas acepciones puesto que no nos ayudan a comprender el fenómeno que queremos analizar. De allí que las ciencias modernas las critiquen y otorguen al mito un significado altamente positivo, en especial la filosofía, la antropología, la psicología profunda y la teología contemporánea.

La escuela psicoanalítica jungiana afirma, por su parte, que una persona determinada se convierte en un mito cuando su biografía (relato existencial o saga) es narrada de modo tal que muchos descubren en esa historia la suya propia o bien, a través de ella, ven realizados sus propios ideales y sueños recurrentes. Así es como se habla del "mito futbolístico de Pelé", del "mito cinematográfico de Charles Chaplin", del "mito mediático de la princesa Diana", del "mito ético-político del Mahatma Gandhi y de los "mitos profético-religiosos de Dom Helder Camara y Martín Luther King". Todas esas personalidades se transformaron en símbolos poderosos, en mitos capaces de cristalizar energías colectivas, instalándose en lo profundo de las personas y movilizandando multitudes.

Más todavía: la antropología y la filosofía de las formas simbólicas nos convencieron de que el mito constituye una forma autónoma de pensamiento, distinta de la razón, pero tan legítima como cualquier otra. Una expresión de la inteligencia emocional, que no es lo mismo que la inteligencia funcional. ¿En que se diferencian ambas formas de inteligencia? La inteligencia funcional informa sobre objetos; es utilitaria, calculadora e instrumental; es el arma principal de la ciencia y la técnica, imprescindible para el funcionamiento de la vida cotidiana. La inteligencia emocional, por su parte, utiliza imágenes, símbolos, parábolas, cuentos y mitos para evocar sentimientos profundos y expresar lo que da sentido y valor al ser humano; establece contacto con el corazón y provoca las emociones. Los poetas y los maestros religiosos y espirituales —como Jesús, Isaías, Mahoma, Buda, el místico sufi Rumi, el Papa Juan XXIII y el Dalai Lama, entre otros— utilizaron la inteligencia emocional, así como la utilizan también los medios de comunicación actuales, especialmente en sus estrategias de marketing y propaganda.

Por lo general, el mito se comunica mediante narraciones que recurren a símbolos y representaciones poderosas —como, por ejemplo, los dioses o las diosas, y los enfrentamientos entre el Cielo y la Tierra— para expresar situaciones o historias verdaderas, cargadas de dramatismo y significación, que han sido vividas desde siempre por la humanidad. O bien tratan de explicar el surgimiento de realidades que, para ciertas comunidades, tienen un significado y un valor especial, como el nombre de un lugar, la importancia de determinado animal, de una montaña o de un comportamiento ejemplar, tanto en sentido positivo como negativo. El mito construye representaciones de la conciencia colectiva, enunciadas y reafirmadas por cada generación.

Bien decía Joseph Campbell, experto contemporáneo en el estudio y la exégesis de los mitos: “Los sueños son mitos privados; los mitos son sueños compartidos”. También tenía sus razones el fundador de la psicología profunda, Carl Gustav Jung (1875-1965), cuando definía los mitos como la concientización de arquetipos del inconsciente colectivo. Expresado en otras palabras: los mitos son la manifestación de imágenes de grandes experiencias, de sueños y temores (arquetipos) que la humanidad elaboró en el transcurso de su historia y en su prolongado proceso de individualización. Dichas imágenes emergen de la conciencia de las personas y las colectividades; encierran metamorfosis que revelan potencialidades escondidas, garantizando su actualidad histórica; permiten comprender la universalidad de determinadas experiencias; y remiten a muchas de las travesías que caracterizan a la aventura del hombre sobre la Tierra.

2. Ejemplos de mitos y fábulas ejemplares

Para ilustrar estas reflexiones teóricas, nada mejor que dos ejemplos concretos de mitos definidos en el mismo sentido en que lo hemos utilizado anteriormente. Uno de ellos procede de los griegos y el otro, de los pueblos de la selva brasileña.

El primero de ellos es el mito de Eros, el dios griego del amor. No caben dudas de que el amor es la fuerza más antigua del universo. Según el mito, el amor es anterior al Cielo y a la Tierra. La versión más arcaica cuenta que Eros nació del Caos de la noche, una realidad incluso más anterior y originaria. La noche puso un huevo fecundado del que nació Eros, el amor. De las dos mitades de la cáscara del huevo nacieron el Cielo (Urano) y la Tierra (Géia). Por la fuerza de Eros, el Cielo y la Tierra se aproximaron, se unieron y crearon juntos los diversos seres que existen en el mundo. Por haber surgido de la fuerza de Eros, dichos seres se atraen y se aman entre sí, y buscan unirse por el amor. Por lo tanto, Eros es responsable de la diversidad (del Cielo, la Tierra y todas las cosas que surgieron de ellos) y, al mismo tiempo, de la unidad de todas las cosas (atracción de todo, personas y cosas, y los sentimientos de unas por las otras).

De singular belleza es también el mito *tupi* de la mandioca, el alimento básico de varias culturas indígenas. Cuenta la historia que un cacique ganó una vez a una linda muchacha. El nombre de la niña era Mandi y su piel, tan blanca como la nube más blanca. Todos se sentían intrigados y también sobrecogidos cuando veían el color de la piel de Mandi. En la tribu, las miradas se cruzaban comparando el castaño dorado de las pieles de todos con la blancura de la muchachita. Pero, al mismo tiempo, creían que el hecho de que ella fuera blanca entrañaba

un triste presagio. Temerosos, le pidieron al cacique que hiciera desaparecer a la muchacha. Él, lleno de amor y compasión, postergó el acto cruel todo lo posible, hasta que una madrugada partió en silencio hacia el río llevando con él a la muchacha. La lavó cuidadosamente y, al día siguiente, reunió a la tribu y dijo a todos, con una voz potente que no daba lugar a objeciones que los espíritus habían aconsejado que Mandi se quedara con ellos y que fuera bien tratada. Los indígenas, todavía indecisos, obedecieron y terminaron por resignarse. Con el transcurso del tiempo, Mandi fue creciendo y tal era su simpatía que todos olvidaron el mal presagio. Se mostraban encantados con ella y el cacique estaba orgulloso y feliz. Pero un día, en forma inesperada, Mandi murió. La enterraron en la aldea, sabiendo cuánto la amaba el anciano cacique. Sin embargo, él estaba desconsolado y no hacía otra cosa que llorar. Lloraba día y noche sobre la tumba de su querida Mandi. Tantas y tantas fueron las lágrimas que derramó que de la tierra brotó una planta. Los pájaros venían a picotearla y quedaban extasiados. Cuenta el mito que un día la tierra se abrió para dejar ver las bellas raíces de la planta, nacida del llanto del anciano. Los indios las recogieron con respeto y, al hacerlo, descubrieron que eran tan blancas como la piel de Mandi. Y al comerlas, notaron que eran deliciosas. Así fue que aquellas raíces se convirtieron en el principal alimento de los indios tupi. Las llamaron "mandioca", que significa "el cuerpo de Mandi".

Como se desprende de estos dos ejemplos, el mito ansía expresar valores de gran importancia que no pueden ser expresados en forma adecuada por conceptos. Esto da lugar a la creación de historias que son narraciones llenas de emoción, de símbolos y representaciones que dan cuenta, entre otras cosas, del misterio de amor y de la importancia de la mandioca en la alimentación de los pueblos de la selva. Esta es la riqueza del mito. Por este motivo, cada individuo se "encuentra" a sí

mismo en los grandes mitos o encuentra las razones de la existencia de realidades tan fundamentales como el amor y la comida.

Algo parecido ocurre con el cuidado. El cuidado es tan importante para la vida humana y para la preservación de todo tipo de vida, que dio origen a una fábula-mito. Fue personalizado, se transformó en un ser concreto y, como tal, modela la arcilla. Conversa con el Cielo (Júpiter) y la Tierra (Tellus), y convoca a la autoridad suprema del dios del Cielo y la Tierra, artífice de la Edad de Oro y de la utopía absoluta del ser humano (Saturno). La fábula-mito del cuidado creada por Higino intenta explicar el sentido del cuidado para la vida humana, en cuyo surgimiento actuaron las fuerzas universales más que importantes: el Cielo (Júpiter), la Tierra (Tellus), la historia y la utopía (Saturno).

Esta fábula recoge asimismo una experiencia testimonial de muchas culturas de Occidente y Oriente: la creación del hombre a partir del barro, el hombre plasmado con el *humus*, que significa "tierra fértil". De la palabra "humus" deriva precisamente el nombre de nuestra especie: *hombre*, cuyo significado etimológico es "hijo o hija de la tierra fértil", tal como se explica en el relato. Algo similar se narra en los primeros capítulos del Génesis: Adán fue hecho de barro. La palabra hebrea para designar la tierra es *adamah*. El nombre Adán (*Adam*) proviene de esta palabra y significa también "hijo o hija de la tierra".

La fábula-mito del cuidado expresa también que el hombre no puede ser explicado exclusivamente a partir de la Tierra (Tellus) ya que posee además algo del Cielo (Júpiter), un componente que lo emparenta con lo Divino. De allí que el relato haga hincapié en que ese barro no permaneció inerte sino que recibió de la divinidad el principio de la vida —el Espíritu—, que lo convirtió en un ser humano completo. Es Júpiter,

la divinidad suprema, quien le infunde espiritualidad. Cabe entonces preguntar, o mejor dicho, intentar comprender: ¿quién es Júpiter y quién es Tellus?

3. Júpiter: La dimensión Cielo

Júpiter es la principal divinidad de la religión romana. Es el dios creador del Cielo y la Tierra, de los dioses y los seres humanos. Tal vez la etimología de la palabra "Júpiter" nos revele la experiencia que su nombre oculta. Detrás de esta palabra se esconde la partícula *Jou* que proviene del sánscrito *dew* que significa "luz", "brillo" y "claridad", mientras que el sufijo "piter" es la fórmula antigua de *pater*, que se traduce como "padre". "Júpiter" significa, por lo tanto, "el padre o señor de la luz". De la raíz sánscrita *dyew*, que subyace en la lengua griega, latina, germánica, céltica y lituana, provienen las palabras "dios" y "día". De allí que la palabra "dios" remita, en este contexto, a una experiencia de luz. La luz, con su brillo y su calor, constituye una de las experiencias fundamentales de la psiquis. Ella da cuerpo al sentido y la alegría de vivir, de discernir en la multitud el rostro de la persona amada, de percibir el resplandor de la naturaleza y de las estrellas, de descubrir un camino para librarse de la angustia, la oscuridad y la inseguridad. Por eso es que desearle "buen día" a alguien significa, en sentido etimológico, desearle un "buen dios" y mucha luz en su camino. Lamentablemente, casi nadie conserva hoy esa memoria sagrada presente en una expresión tan corriente como "buen día".

Júpiter se manifestaba en la vivencia religiosa de los romanos a través el resplandor del día y también mediante los rayos, los relámpagos y los truenos en las tempestades (Júpiter tormentoso). Fue

en este contexto que Júpiter se asimiló a Zeus, el dios mayor del panteón griego, que poseía los mismos atributos. El nombre "Zeus" deriva también del sánscrito *dyew pitar* o *dyaus pitar*, que significa el "padre del cielo luminoso y del día soleado".

La agricultura depende en buena medida de la luz y de los fenómenos climáticos como el frío y el calor, la lluvia y el viento. Por eso Júpiter era venerado como el protector y promotor de la agricultura, la actividad a través de la cual se obtenía el alimento para la vida. De este modo, Júpiter se vinculaba con la producción y reproducción del misterio de la vida y por eso es que era venerado como el dios supremo. Los emperadores romanos se colocaban bajo su protección y se identificaban hasta tal punto con su figura que pretendían representar su poder, su justicia y su derecho. Inclusive algunos de ellos —como Augusto (63 aC-14 dC) e, irónicamente, también Nerón (37-68)— se sentían la encarnación del padre de los dioses.

En la fábula-mito, Júpiter aparece como el creador y el dador de vida y espíritu. Él constituye la plenitud de la divinidad, es decir, la dimensión trascendente de la realidad.

4. Tellus: la dimensión Tierra

En la fábula-mito de Higino la diosa Tellus/Tierra adquiere una importancia singular. En todas las culturas, así como en la tradición grecorromana, la Tierra constituye uno de los mitos fundacionales y recibe muchos nombres: *Gaia/Tellus*, *Demeter/Ceres*, *Hestia/Vesta*, tal como explicaremos más adelante.

Lo importante es, ante todo, señalar que en los más antiguos testimonios del período paleolítico, hace más de cuarenta siglos, cuando imperaba el matriarcado*, el universo era representado como una gran Madre, la *Mater Mundi*, que por sí misma y sin intervención de nadie creaba todo: los cielos, los dioses, los seres humanos y todos los demás entes de la naturaleza. La cabeza de este organismo vivo era representada por el Cielo estrellado; el busto, por la Tierra, donde se desarrollaba la vida humana; en la parte inferior, se ubicaba el *Anus Mundi* (el ano del mundo), que representaba al infierno.

En un estadio de desarrollo humano posterior, hace alrededor de 10.000 años, ya en el neolítico y sobre el eje del patriarcado, se construyó una representación más sintética. La Tierra ya no era percibida como una realidad única sino como una parte de la realidad junto con el Cielo: representaba a la Gran Madre (*Magna Mater, Bona Mater*) aquí debajo, esposa del Gran Padre, que moraba en el Cielo. Como toda madre humana, ella generaba, alimentaba, defendía la vida y la infundía continuamente, en forma opuesta y complementaria a otra parte de todo, el Padre del Cielo (*Pater Caelorum*). Del matrimonio entre el Cielo y la Tierra se habían originado todas las cosas. El Cielo representaba el principio masculino —el semen, la simiente y el elemento organizador—; la Tierra, el principio femenino —el útero que recibe el semen, el elemento acogedor—; ambos, cada uno a su manera, eran principios activos.

Tres figuras mitológicas simbolizaban, en el imaginario grecorromano que subyace a nuestra cultura occidental, el misterio de la Tierra: en la versión griega, Gaia, Demeter y Hestia; en la versión romana, sus deidades equivalentes, Tellus, Ceres y Vesta. Estas divinidades se

relacionan con vivencias que nosotros también experimentamos en la actualidad.

- Gaia/Tellus (o también Geia, combinación de *ge*=terra, y *aia*=grande, de donde provienen las formas Gaia o Geia) es la Gran Madre y simboliza al planeta Tierra como un todo vivo productor de vida.
- Demeter/Ceres representa a la parte cultivada de la Tierra. Vale decir que, en esta figura, se introduce la colaboración humana con el trabajo y el arte del cultivo. Era la diosa de las simientes. De Ceres proviene viene la palabra "cereal".
- Hestia/Vesta simboliza la parte de la Tierra que los humanos reservamos para construir un hogar. En el centro de toda casa romana, ardía un fuego perpetuo: era la señal de Hestia y simbolizaba que en la casa había vida, abrigo y refugio.

Gaia/Tellus, Demeter/Ceres y Hestia/Vesta eran las referencias afectivas en función de las cuales los griegos y los romanos elaboraban su ecología, vale decir, su vínculo de cuidado hacia el medio ambiente. Todo era teñido de respeto y veneración, ya que los antiguos veían las cosas no como simples seres inertes sino como plenos de energía y significado. La Tierra, en las diversas expresiones de la Gran Madre, de tierra cultivada y de hogar, era considerada un organismo vivo que, en tanto tal, no debía ser violado ni devastado porque, en caso de que lo fuera, cobraría venganza provocando tempestades, sequías, incendios, terremotos y erupciones volcánicas.

En la antigüedad, el hombre mantenía una relación de veneración y de temor hacia la Madre Tierra, un sentimiento del cual nunca la humanidad se despojó por completo. Siempre hubo espíritus sensibles a la magia y al encantamiento de la naturaleza, aun en la época de la ciencia moderna que desacralizó el mundo y lo redujo a una batería de recursos a ser explorados por la tecnología.

En nuestros días, ese sentimiento resurge a partir de las denominadas “Ciencias de la Tierra”, que tienden a percibir la Tierra más como Gaia*, es decir, como un superorganismo vivo, altamente organizado y con un equilibrio sutil, siempre frágil y siempre en tren de restablecerse. En este esquema se encuadra la teoría de Gaia, propuesta por el científico de la NASA James Lovelock, que postula una nueva —en verdad, antigua— forma de considerar a la Tierra como un organismo vivo. A partir de datos científicos y empíricos, Lovelock y otros sabios procuran expresar lo mismo que los mitos originarios expresaban por la vía de la intuición y la comunión: la Tierra está viva y produce todas las formas de vida.

En la fábula-mito de Higino, la Tierra surge reivindicando su más profunda dimensión ancestral, ya que es ella quien le proporciona al Cuidado el material con el cual modela al ser humano: la arcilla. La diosa Terra/Tellus representa, en el relato, la dimensión Tierra, el aspecto inmanente de la realidad.

5. Saturno: la dimensión histórica y utópica

Por fin, en la fábula mito de Higino, para terminar con el conflicto entre el Cielo (Júpiter) y la Tierra (Tellus), es convocado Saturno.

¿Quién es este dios? ¿Por qué se lo convoca a él y no a otra deidad? ¿Acaso no es Júpiter el dios supremo? ¿Se supone que Saturno está por encima del propio Júpiter, ya que debe mediar en la disputa en la cual el padre de los dioses está involucrado? Efectivamente así es, como veremos luego.

El mito de Saturno es uno de los más complejos de la mitología griega. En él convergen y se superponen numerosas vertientes mitológicas: itálicas, etruscas, griegas, orfico-patagóricas y romanas. Esta complejidad revela su gran importancia para la comprensión de la vida humana. Aquí resaltamos únicamente aquellos aspectos que atañen a la fábula-mito de Higinio.

La primera interpretación de su significado original deriva del propio nombre "Saturno". El nombre proviene de *status* que significa "sembrado" y procede, a su vez, del verbo *serere*, que se traduce como "sembrar" y "plantar". Saturno es el dios del sembrado y la agricultura, un dios típicamente itálico y mediterráneo. Su importancia se condice con el hecho de que las mayores de todas las fiestas romanas eran las *Saturnalia*, semejantes a un verdadero carnaval: todo se detenía, el trabajo, la escuela, los tribunales y la aplicación de penas. Lo que normalmente estaba prohibido, en la semana saturnina estaba permitido. En estas fiestas se invertían los roles: los esclavos se vestían de señores y éstos servían a sus esclavos. Se comía, se bebía, se cantaba, se bailaba y se organizaban desfiles carnalescos bajo la batuta del *princeps saturnalicus*, un verdadero Rey Momo que era elegido cada año.

Se anticipaba, de este modo, la que iba a ser la gran utopía política de la humanidad: el encuentro, por el camino de fiesta y de inconsciente

colectivo, con el mito de la Edad de Oro y del paraíso perdido. De acuerdo con ese mito, originariamente no existían clases sociales, leyes, crímenes ni prisiones; todos los hombres vivían en absoluta libertad, justicia, paz, superabundancia y alegría, como hermanos en una misma casa. La memoria del “paraíso perdido” nunca fue borrada por completo de la conciencia colectiva del hombre, e incluso hasta hoy mismo es proyectada en el pasado para ser rescatada con la esperanza de ser reconstruida en el futuro. Esta utopía origina movimientos, crea ideologías y alimenta el imaginario de los seres humanos, quienes no se cansan de soñar con un futuro de reconciliación e integración para la sociedad en su conjunto. Las sociedades y los ciudadanos no pueden vivir sin la utopía. Cuando intentan hacerlo, se convierten en víctimas de portadores mezquinos de poder que los utilizan en beneficio propio en vez de generar posibilidades de bienestar para todos. El dios Saturno llevaba incorporado en sí estos valores, que eran celebrados en una fiesta que rememoraba la Edad de Oro. Los carnavales modernos, especialmente en Brasil, todavía conservan en sí esa antigua memoria colectiva de la humanidad.

En estas fiestas, debe buscarse la principal causa de la equiparación entre el dios Saturno de los romanos y el dios Cronos de los griegos. Cronos era el antiguo dios de la utopía originaria de la sociedad feliz. En honor a Cronos se celebraban también fiestas con el mismo sentido de rescate de la Edad de Oro, de la libertad, de la igualdad fraterna y de inversión de los roles: las *Cronia* griegas, equivalentes a las *Saturnalia* romanas. Cronos/Saturno era un dios antiguo, anterior a Júpiter/Zeus; había sido el primer rey de los dioses, señor del Cielo y la Tierra. Reinaba en la Islas Fortunadas, donde vivían los bienaventurados en un reino de paz, justicia, jovialidad y abundancia: la denominada “Edad de Oro”, cuando los ríos eran de néctar y leche, y la tierra producía todo sin

requerir trabajo y sudor por parte de los campesinos. Edad que fue descrita por el poeta romano Ovidio (43aC-17dC) como “la primavera eterna donde los vientos, con su hálito suave, acariciaban las flores nacidas sin necesidad de simiente”.

El mito de la Edad de Oro, presidido por Cronos/Saturno, representaba la utopía mayor, el ideal de la humanidad socialmente integrada. Como tal fue tomado por el filósofo Platón para elaborar su teoría acerca de la política y las leyes: solamente seres superiores y divinos como Cronos/Saturno —pensaba Platón— podrían evitar el despotismo inherente a los portadores humanos de poder y garantizar la felicidad a la especie humana. Cronos/Saturno era, en consecuencia, el arquetipo del gobernante sabio, del legislador justo y del rey magnánimo.

Finalizado el reinado de Cronos/Saturno, sobrevino la separación de los dioses y las diosas en el cielo, y de los seres humanos en la tierra. Surgió entonces el orden social jerarquizado, las clases, la lucha por el poder y la historia sacudida por períodos de paz y de guerra que caracterizaron a las edades de Hierro y de Bronce.

La ancestralidad de Cronos/Saturno ubicó a este dios fuera de concordancia con Júpiter/Zeus. Fue precisamente por su categoría de antigua deidad, por su carácter de dios sabio y justo, símbolo del tiempo y la utopía (que en la Edad de Oro supo reinar más allá de cualquier conflicto) que Saturno fue convocado para dirimir la discusión entre la Tierra/Tellus y el Cielo/Júpiter a propósito del nombre que le sería dado al ser humano.

Hay otro elemento que posiblemente contribuya a resolver la interpretación de la fábula-mito del cuidado esencial: la identificación de Cronos/Saturno con el tiempo. De hecho Chronos (con **h** intermedia) en griego significa "tiempo". La semejanza entre las palabras Cronos y Chronos hace que el dios Cronos personifique también al tiempo, al igual que Saturno, identificado con Cronos. El dios Cronos/Saturno asume, de este modo, el rol que juega tradicionalmente el tiempo posee: todo lo crea, todo lo destruye, todo lo devora; todo está sometido a él; es soberano sobre el destino de las personas. Esto significa que el hombre se encuentra atrapado en el tiempo, que está proyectado hacia la duración temporal, que es un ser histórico que tiene pasado, presente y futuro y que construye su identidad en el transcurso del tiempo, alentado por una utopía de integración: la Edad de Oro.

Por eso es que el ser humano es, al mismo tiempo, utópico e histórico temporal. Carga sobre sí la dimensión propia de Saturno, junto con el impulso que lo proyecta hacia el Cielo —hacia la trascendencia, hacia el vuelo del águila, otorgado por Júpiter— y con el peso de la Tierra, de la inmanencia, del picoteo de la gallina. Es a través del cuidado que el hombre mantiene estas polaridades unidas y hace de ellas el material de construcción de su existencia en el mundo y en la historia. De allí que el cuidado sea en el hombre cuidado esencial.

Bibliografía en español

Campbell, Joseph ***Los mitos en el tiempo***, Buenos Aires, Emecé, 2000.

Campbell, Joseph ***El héroe de las mil caras***, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Jaeger, Werner ***Paideia. Los ideales de la cultura griega***, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Capítulo 6

DIMENSIONES DEL CUIDADO

Después de relevar los datos más importantes en torno a los personajes de la fábula-mito sobre el cuidado y de descifrar lo que se oculta tras ellos, necesitamos profundizarlos en forma existencial. ¿Qué se esconde, en términos de experiencia de vida y de sentido, detrás de las figuras de Júpiter, la Tierra y Saturno?

Ya nos hemos referido a esto, pero ahora intentaremos identificar sus contenidos con mayor detalle: no se trata de seres autónomos, que existen por sí mismos, en forma independiente de nosotros. Existen apenas como metáforas destinadas a expresar dimensiones muy profundas de lo humano, difíciles de traducir en el lenguaje conceptual simple. Son denominados también “centros energético-espirituales” o “arquetipos seminales” que estructuran la vida en su realización histórico-social. Algunos prefieren decir que son concentraciones privilegiadas del Espíritu Universal, que colma el universo de razón y de propósito, y hace de nosotros, los hombres, órganos de su aparición y comunicación en el tiempo.

Sea como sea, formulémoslo con claridad desde el principio: esas energías espirituales, esas condensaciones de la esencia humana, esos arquetipos* ancestrales, por más metafóricos que sean, nunca pierden su conexión con cierto contenido histórico-social. No son sólo proyecciones de nuestra imaginación sin raíces en la realidad. Ni tampoco simples matrices mentales, como tienden a interpretarlos algunos representantes de la tradición psicoanalítica. En verdad, son ambas cosas. Tales realidades hunden sus raíces en las experiencias

ancestrales, comunitarias y socio-políticas de la humanidad, donde se formaron y estructuraron, y fueron depositadas en el inconsciente colectivo, donde viven. Pero además se actualizan continuamente en la medida en que confrontan con realidades históricas nuevas. Esto significa que realizan una síntesis entre la arqueología exterior (objetividad relacionada) y la arqueología interior (subjetividad religada). De allí deriva su alta significación interpretativa y crítica respecto de la actualidad.

En términos concretos y no figurativos, ¿qué es lo que queremos decir cuando hablamos de Júpiter, la Tierra y Saturno?

1. La Tierra: la dimensión material y concreta de la existencia

Vamos a concentrarnos, en primer lugar, en la Tierra. El hombre, en las distintas culturas y en el transcurso de las diversas fases históricas que atravesó en su desarrollo, tuvo una intuición segura: pertenecemos a la Tierra; somos hijos e hijas de la Tierra; somos la Tierra. De allí que la palabra "hombre" derive de *humus*. Venimos de la Tierra y a ella volveremos. Sin embargo, la Tierra no está frente a nosotros como algo distinto de nosotros mismos. La Tierra está adentro de nosotros. Somos la propia Tierra que, en su evolución, llegó al estadio de sentimiento, comprensión, voluntad, responsabilidad y veneración. En una palabra: somos la Tierra en su momento de auto-realización y autoconciencia.

En principio no existe, entonces, distancia entre nosotros y la Tierra. Formamos una misma realidad compleja, diversa y única. Esto fue lo que testimoniaron los primeros astronautas que contemplaron la Tierra desde afuera de ella. "Desde aquí —afirmaron enfáticamente—, desde la

Luna o a bordo de nuestras naves espaciales, no notamos diferencia entre Tierra y humanidad, entre negros y blancos, demócratas o socialistas, ricos y pobres". La humanidad y la Tierra conformamos una única realidad espléndida, refulgente, al mismo tiempo frágil y plena de vigor. Esta percepción no es ilusoria; es radicalmente verdadera.

Expresado en términos de la cosmología* moderna: estamos compuestos por las mismas energías, por los mismos elementos físico-químicos y vivimos dentro de la misma red de relaciones de todo con todo que actúan desde hace 15 billones de años, desde que el universo, desde una inconmensurable inestabilidad (*big-bang*=inflación o explosión), emergió bajo la forma que hoy conocemos. Conociendo un poco esta historia del universo y de la Tierra, nos estamos conociendo a nosotros mismos y también a nuestra ancestralidad.

a) *El teatro cósmico*

Cinco grandes actos estructuran el teatro universal del cual somos co-actores.

El primer acto es el *cósmico*: el universo irrumpió cuando se hallaba todavía en proceso de expansión; en la medida en que continúa expandiéndose, se crea a sí mismo y se diversifica. El ser humano se encontraba entre las probabilidades del inicio de ese proceso.

El segundo acto es el *químico*: en el seno de las grandes estrellas rojas, los primeros cuerpos se densificaron. Hace por lo menos 10 billones de años, se formaron todos los elementos pesados que hoy componen cada uno de los seres, como el oxígeno, el carbono, el silicio y el nitrógeno, entre otros. Con su explosión, tales elementos se diseminaron por todo el espacio y conformaron las galaxias, las

estrellas, la Tierra, los planetas y los satélites de la actual fase del universo. Y todos esos elementos químicos circulan por nuestro cuerpo, por nuestra sangre y nuestro cerebro.

El tercer acto es el *biológico*: de la materia que se complejiza y desarrolla sobre sí misma en un proceso llamado *autopoiesis** (*auto-creación* y *auto-organización**), irrumpió la vida en todas sus formas hace 3,8 billones de años; atravesó etapas de disgregación profunda, pero siempre subsistió y llegó hasta nosotros en su inconmensurable diversidad.

El cuarto acto es el *humano*, subcapítulo de la historia de la vida. El principio de la complejidad y de la auto-creación encuentra en los seres humanos inmensas posibilidades de expansión. La vida humana floreció, hace unos 10 millones de años, en África. Desde allí, se expandió hacia todos los continentes hasta conquistar los confines más remotos de la Tierra. Mostró gran flexibilidad, se adaptó a todos los ecosistemas*, desde los más gélidos en los polos a los más tórridos en los trópicos, en el suelo, en el subsuelo, en el aire y fuera de nuestro planeta, en las naves espaciales y en la Luna. Dominó a las otras especies —con excepción de la mayoría de los virus y las bacterias—, en lo que denominamos “el peligroso triunfo de la especie *homo sapiens* y *demens*”.

Por fin, el quinto acto es el *planetario*: la humanidad —que estaba dispersa— está regresando a su casa común, el planeta Tierra. Se identifica a sí misma como humanidad, con el mismo origen y el mismo destino de todos los demás seres de la Tierra. Se percibe como la mente consciente de la Tierra, un sujeto colectivo, más allá de las culturas singulares y de los estados-naciones. A través de los medios de

comunicación globales, de la interdependencia de todos con todos, está inaugurando la fase planetaria, una nueva etapa de su evolución. A partir de ahora, la historia será la historia de la especie *homo*, de la humanidad unificada e interconectada con todo y con todos.

Solo podemos entender al hombre-Tierra si nos conectamos con todo ese proceso universal en cuyo transcurso los elementos materiales y las energías sutiles conspiraron para que el hombre-Tierra fuera gestado lentamente y, por fin, pudiese nacer.

Ciertamente, no somos el único planeta vivo en nuestra galaxia. Se presume que en el universo existen algunos millones de planetas en condiciones de tener vida y seres vivos. Es más: tal vez seamos apenas un universo vecino a otros innumerables universos, lo que nos ubicaría no en un universo sino en un *pluriverso*. Y no estaríamos solos.

Al mismo tiempo, el hecho de que seamos seres inteligentes, implica la convergencia de ciertas condiciones particulares sin las cuales no estaríamos aquí hablando de todo esto. El surgimiento de la vida exige la colaboración de ciertos elementos relativamente pesados como el carbono, el oxígeno, el nitrógeno y el silicio. Sin embargo, esos elementos no existían como tales en el "caldo primordial" sino que estaban allí apenas de modo potencial. Sólo los materiales livianos, como el hidrógeno y el helio, fueron sintetizados en el universo originario. Los otros debieron esperar billones de años hasta el surgimiento de las grandes estrellas rojas, en el seno de las cuales se formaron. Pero no todos los planetas tenían los elementos pesados, necesarios al surgimiento de la vida. Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, por ejemplo, están compuestos fundamentalmente por hidrogeno y

helio, lo que los torna inapropiados para desarrollar el tipo de vida que conocemos.

La Tierra, en ese contexto, presenta singularidades sorprendentes. Posee una iluminación solar que no es demasiado débil, como la de Marte, ni demasiado fuerte, como las de Venus y Mercurio. Es el único planeta que posee una gran cantidad de agua es estado líquido y presenta regularidad de temperatura, ritmos de evolución y suficiente estabilidad como para conservar el agua en ese estado, propiciando condiciones excelentes para el surgimiento de seres complejos y vivos. Si la Tierra tuviera una órbita elíptica en exceso, que nos alejase y nos acercara periódicamente al Sol, o si perteneciese a una estrella doble, dichas características dificultarían o tal vez hasta imposibilitarían el desarrollo de la vida en la Tierra.

La existencia de Gaia* y nuestra propia vida se vinculan con el hecho de que pertenecemos a un sol de luminosidad media, a 150 millones de kilómetros de distancia de la Tierra, situado en la periferia de una galaxia espiral media. El tipo de biosfera* existente, así como la estructuración biológica observada en los ecosistemas*, sólo pueden desarrollarse sobre al base de determinadas exigencias. Esto significa concretamente que nosotros, ya sea como Tierra o como seres humanos, aun situados en una posición marginal de nuestro sistema galáctico y universal, tenemos que ver con el Todo, ya que el Todo "conspiró" para que existiéramos y hayamos llegado hasta aquí.

b) ¿Qué significa ser Tierra?

¿Qué significa concretamente, más allá de su sentido ancestral, nuestra dimensión Tellus/Terra?

En primer lugar, significa que tenemos elementos-Tierra en el cuerpo, en la sangre, en el corazón, en la mente y el espíritu. De esta constatación surge la conciencia de profunda unidad.

En segundo lugar, significa que podemos pensar la Tierra. En este caso, sí, nos distanciamos de ella para poder verla mejor pero ese distanciamiento no corta el cordón umbilical que nos une a ella. El olvido de nuestra unión esencial con la Tierra dio origen al antropocentrismo y a la ilusión de que el ser capaces de pensar la Tierra nos da derecho a colocarnos sobre ella para dominarla y disponer de ella a nuestro antojo.

Por sentirnos hijos e hijas de la Tierra, la vivenciamos como Madre generosa. Ella es un principio generativo. Representa lo femenino que concibe, gesta y da a luz. Emerge así el arquetipo de la Tierra como la Gran Madre, la Pacha Mama y la Nana. Sin embargo, de la misma forma en que todo genera y da vida, ella también todo lo acoge y recoge en su seno. Por eso, al morir, volvemos a la Madre Tierra, regresamos a su útero generoso y fecundo. El Feng-shui*, la filosofía ecológica china que analizaremos más adelante, atribuye a la muerte un sentido grandioso, ya que la interpreta como la unión con el Tao que se manifiesta en las energías de la naturaleza. De acuerdo con esta filosofía, si durante la vida logramos entrar en sintonía con el Tao y con los ritmos de la naturaleza, podemos escapar de la muerte definitiva, ya que la muerte es sólo un cambio de estado que nos permite volver a vivir en el misterio profundo de la naturaleza, de dónde todos los seres vivos provenimos y hacia dónde todos regresamos.

Sentir que somos Tierra nos mueve a tener los pies sobre el suelo. Nos permite desarrollar nuestra sensibilidad para con la Tierra, su frío y su calor, y su fuerza, a veces amenazadora, a veces encantadora. Sentir

la Tierra es sentir la lluvia sobre la piel, la brisa refrescante en el rostro, un olor avasallador en todo el cuerpo. Sentir la Tierra es sentir la respiración hasta las entrañas y los aromas que nos embriagan o nos molestan. Sentir la Tierra es sentir sus nichos ecológicos, captar el espíritu de cada lugar, implantarse en ese lugar que habitamos. Porque cuando habitamos un lugar nos hacemos, en cierto modo, prisioneros de ese lugar, de su geografía, de su clima, de su régimen de lluvias y sus vientos, de un modo de trabajar, de vivir y hacer historia. Ser Tierra es ser concreto, concretísimo. Establece nuestros límites y nos otorga también una base firme, nuestro punto de contemplación del todo, nuestra plataforma para poder levantar vuelo más allá de este paisaje y de este pedazo de Tierra.

Sentirse Tierra es, en definitiva, percibirse dentro de una compleja comunidad con otros hijos e hijas de la Tierra, ya que ella no sólo nos genera a nosotros, los seres humanos sino que una infinidad de microorganismos que componen el 90% de toda la red de la vida. Produce los insectos, que conforman la biomasa de mayor biodiversidad del planeta. Produce las aguas y la "alfombra" verde, con una infinita variedad de plantas, flores y frutos. Produce una diversidad inconmensurable de animales, nuestros compañeros en la unidad sagrada de la vida, ya que en todos están presentes los 20 aminoácidos que entran en la composición de la vida. Produce, para todas las especies animales y vegetales, las condiciones de subsistencia, de evolución y de alimentación, en el subsuelo, las aguas y el aire. Por eso, sentirse Tierra es bucear en la comunidad terrenal, en el mundo de los hermanos y las hermanas, todos hijos e hijas de nuestra gran y generosa Madre: la Tierra.

En el paleolítico, la percepción de que somos Tierra constituía la experiencia matriz de la humanidad y producía, como tal, una determinada forma de espiritualidad y de organización política.

En primer lugar, una forma de espiritualidad: en África, hace algunos miles de años —en especial, en el Sahara, cuando la región era todavía tierra rica y fértil, así como en el resto del Mediterráneo, la India y China— predominaban las divinidades femeninas, la Gran Madre Negra y la Madre Reina. La espiritualidad se basaba en una profunda unión cósmica y en una conexión orgánica con todos los elementos como expresiones del Todo.

Junto con esta espiritualidad surgió una forma de organización política basada en las instituciones matriarcales*, ya que por entonces eran las mujeres quienes establecían las alianzas en función de las cuales se desarrollaban la sociedad y la cultura. Surgieron, de ese modo, las sociedades sagradas, fundadas en el respeto, la ternura y la protección de la vida. Llevamos con nosotros hasta hoy esa experiencia de la Madre Tierra bajo la forma de arquetipos y de una insaciable nostalgia por la integración, grabada en nuestros genes. Esos arquetipos, presentes en todos nosotros, evocan un pasado histórico real que pugna por ser rescatado y por ganar vigencia en la vida actual.

El hombre necesita revivir esa experiencia espiritual de fusión orgánica con la Tierra a fin de recuperar sus raíces y experimentar su propia identidad radical. Necesita también reavivar la memoria política de lo femenino para que la dimensión de *anima** se incluya en el diseño de políticas que promuevan la equidad entre los sexos y una mayor capacidad de integración.

2. Cielo: la dimensión espiritual y celestial de la existencia

El Cielo está conformado por todo aquello que se encuentra por encima de nuestras cabezas: la Vía Láctea, las miríadas de estrellas, las galaxias, en una palabra: el espacio profundo e infinito. Hasta hace poco tiempo, se imaginaba que el Cielo era inmutable y eterno. Hoy el cúmulo de observaciones astronómicas y la utilización de tecnologías e instrumentos cada vez más sofisticados nos permiten saber que el Cielo tuvo un origen y que se halla en permanente expansión. Repasemos rápidamente la historia del Cielo, que es también nuestra historia, ya que la dimensión espiritual y trascendente de hombre se encuentra arraigada en la experiencia del Cielo.

En la actualidad, cobra fuerza en la comunidad científica la teoría según la cual todo, incluso el Cielo, se originó en una inmensa explosión —denominada *big-bang*— que ocurrió hace 15 billones de años. Inicialmente no había moléculas, átomos, protones ni se producían las cuatro interacciones fundamentales. Había sólo un caldo uniforme y concentradísimo cuya temperatura rondaba los 10 billones de grados. Sin razón alguna, ese punto densísimo de energía y de materia originaria se infló y estalló, produciendo luz y calor de intensidad inimaginable. Elementos primordiales fueron lanzados hacia todas direcciones. No había ningún espacio dentro del cual se produjera la expansión. El espacio y el tiempo surgieron con la gran explosión, dado que fue la expansión la que los creó.

Junto con el proceso de expansión, sobrevino también el de enfriamiento progresivo. En la medida en que se expandía, el universo creaba categorías de seres y relaciones cada vez más complejas e intrínsecas entre ellos.

Aún hoy puede percibirse el eco de aquella explosión primordial. Ondas de radio milimétricas nos llegan, de manera uniforme, desde todas partes del universo. Un fósil de una luminosidad pálida que nos recuerda el inicio de nuestro universo hace 15 billones de años. El enfriamiento del universo puede ser científicamente medido y, en la actualidad, alcanza los 3 grados absolutos, equivalentes a -270 grados Celsius.

De modo misterioso, las cuatro energías primordiales —la gravitacional*, la electromagnética*, y las nucleares débil* y fuerte*— permanecen inalterables. Ellas actúan siempre en forma sinérgica y articulada, lo que significa que, si hubiese habido pequeñísimas alteraciones, la materia inicial se habría dispersado y jamás hubieran existido las galaxias y las estrellas. Continuaría el caos inicial y nunca habrían surgido órdenes complejos, como los conocidos. De más está decir que tampoco nosotros existiríamos.

Todo indica que el universo es consciente y posee propósito. Si él quisiera engendrar armonía, vida en su diversidad y seres capaces de sensibilidad, inteligencia e interacción armónica con otros seres, como el hombre, entonces debería haberse seguido el curso que efectivamente se siguió.

¿Qué son estas cuatro interacciones inmutables, ordenadoras de todo el movimiento universal, del proceso de evolución y de nuestro propio equilibrio vital? No lo sabemos. Ante esta pregunta, la ciencia calla, en actitud reverente. Pero la razón simbólica sospecha y cree que se encuentra allí la presencia del Gran Espíritu, del Dios Creador en permanente actividad. Él expresa su Grandeza, revela su Sabiduría y demuestra su Amor en todo y en cada una de las partes a través de la

interacción sinérgica de estas cuatro energías fundamentales, verdaderas leyes de la naturaleza. Si conocemos las leyes, ¿por qué no reconocer un Legislador supremo?

Cuando nos referimos al Cielo, representamos toda esa inconmensurable y misteriosa realidad, que excede nuestras capacidades y trasciende nuestras posibilidades de alcanzarla. Y, sin embargo, siempre queremos llegar hasta allá. Nuestro deseo intenta atravesar los espacios infinitos y alcanzar los confines del Cielo. Seguramente es así porque guardamos la memoria ancestral de nuestros orígenes celestes y, aun cuando estamos aferrados al planeta Tierra, tenemos nuestra mente arraigada en el Cielo.

El Cielo habita en nosotros. Él representa la dimensión celestial de trascendencia del ser humano, nuestra capacidad de ir más allá de los confines de la Tierra, nuestro esfuerzo incansable por ascender siempre más y más alto. En tal sentido, el Cielo puede ser interpretado como la emergencia del principio masculino, ordenador, inaugurador de nuevos horizontes, errante e insaciable, que intenta hacer todo aquello que se encuentra al alcance de su mano.

Esta experiencia uránica (Cielo) gestó, a la semejanza de la experiencia telúrica (Tierra), una forma de espiritualidad y de organización política. Una espiritualidad de ruptura con las raíces, de apertura infinita, de búsqueda de visiones siempre nuevas. Esa espiritualidad, en su forma extrema, se estructura en las antinomias Cielo-Tierra, arriba-abajo, este mundo-el otro mundo, deseo-realización. Es propio de lo masculino hacer esta separación y vivir este dualismo. La dualidad existe y revela la complejidad de lo real, pero dualismo no es lo mismo que dualidad. El dualismo considera a las cosas en forma

separada, en tanto que la dualidad las percibe juntas, como dimensiones de una misma y única realidad. La razón instrumental-analítica supone esta separación dualista e inaugura una falsa división entre el sujeto y el objeto, entre el yo y el mundo, entre lo femenino y lo masculino. Y obra en consecuencia, intentando cambiar todo objeto de deseo a través de la conquista, la posesión y la apropiación. Sin embargo, nada existe en forma independiente de la experiencia telúrica sino que se comunica con ella a través de la conexión vital de todo con todo dentro del gran Todo.

Desde el período neolítico comenzaron a predominar los valores de lo masculino, fundando una nueva forma de organización política. Los varones asumieron la hegemonía de la sociedad, instauraron el patriarcado, con el consecuente sometimiento de la mujer y el dominio sobre la naturaleza. La pérdida de la re-ligación de todo con todo es fruto de la cultura patriarcal que no supo integrar las contribuciones anteriores del matriarcado. Esta visión subyace en nuestras principales instituciones políticas y religiosas actuales, y exhibe sus límites peligrosos en el descuido del planeta Tierra, en la falta de cuidado con la vida en todas sus formas y en el incremento de los conflictos en las relaciones sociales.

¿Cómo hallar la síntesis entre la dimensión Cielo (Júpiter) y la dimensión Tierra (Tellus)? ¿Cómo articular el arraigo en nuestra casa común (la Tierra) con nuestro deseo insaciable de infinitud (el Cielo)? Esa es la tensión axial del hombre, el desafío antropológico radical. La evocación de Saturno nos señalará el camino.

3. Historia y utopía: la condición humana fundamental

La figura mitológica de Saturno representa el arquetipo de síntesis, la Edad de Oro, la realización de la utopía de los redimidos y libertos en el hogar y en la patria de la plena identidad. En el reino de Saturno, los dioses y las diosas, los hombres y las mujeres, convivían en un estado de suprema integración, en la justicia, en el amor y en la paz inalterable. Es cierto que se trata de una utopía. Pero, ¿sólo de una utopía?

Hemos constatado que el hombre y la sociedad no pueden vivir sin una utopía. Esto quiere decir que no pueden dejar de proyectar sus mejores sueños ni desistir de buscarlos día tras día. Si no hubiera utopías, imperarían los intereses menores y todos nos ahogaríamos en el pantano de una historia sin esperanza, dominada siempre por los más fuertes. En cambio, la dimensión-Saturno —la utopía— destila siempre nuevas perspectivas y genera continuamente mil razones para luchar y hallar mejores formas de convivencia. La utopía es la presencia de la dimensión-Cielo dentro de la dimensión-Tierra en los límites estrechos de la existencia personal colectiva.

Sin embargo, la utopía no puede ser utópica en sí misma. Si lo fuera, se transformaría en pura fantasía y fuga irresponsable de la realidad. Debe poder realizarse en un proceso histórico capaz de dar cuerpo al sueño y construir, paso a paso, los miles de pasos que el camino exige. La historia exige tiempo, paciencia, espera, superación de obstáculos y trabajo de construcción: es la dimensión-Tierra presentando sus exigencias a la existencia humana.

El hombre vive "tironeado" entre la utopía y la historia, "a caballo" entre ambas, en el tiempo donde las dos se encuentran. No sin razón Cronos/Saturno expresaba también la vigencia del tiempo con su soberanía. El hombre construye su existencia en el tiempo. Necesita del tiempo para crecer, aprender, madurar, adquirir sabiduría y hasta para morir. En el tiempo vive la tensión entre la utopía, que lo anima a mirar siempre hacia arriba y adelante, y la historia real, que lo obliga a conciliar, a dar pasos concretos y mirar con atención el camino y su dirección, las bifurcaciones y los obstáculos, las emboscadas y las oportunidades.

En la historia, fundada en la fuerza de la utopía, se elabora la síntesis entre las exigencias de la Tierra y los imperativos del Cielo. En la historia se crea la oportunidad de una experiencia total de conexión con el Todo (principio femenino) y, al mismo tiempo, de continua apertura rumbo al Infinito (principio masculino), ya que en última instancia, somos un proyecto infinito. Y el Infinito desequilibra cualquier síntesis, en la medida en que nos obliga a comprender nuestra condición de sistema abierto, apto para nuevas incorporaciones y capaz de nuevas síntesis.

¿Cómo hacer posible esa síntesis entre el Cielo y la Tierra, y la utopía y la historia? ¿Cómo mantener esa síntesis viva, fecunda y siempre atrayente? Es en este punto que invocamos al cuidado. La fábula-mito de Higinio nos enseña por boca del dios Saturno que el cuidado acompaña al hombre en su peregrinar a través del tiempo. El cuidado es el camino histórico-utópico de la síntesis posible para nuestra finitud. Por eso es fundamental el *ethos**: la clave que descifra lo humano y sus virtudes.

Bibliografía en español

- Barrow, John D. ***Teorías del todo***, Barcelona, Crítica, 2004.
- Bohm, David y Peat, David ***Ciencia, orden y creatividad***, Barcelona, Kairós, 2003.
- Capra, Fritjof ***El punto crucial***, Buenos Aires, Troquel, 1992.
- Capra, Fritjof ***La trama de la vida***, Barcelona, Anagrama, 1998.
- Einstein, Albert ***Así lo veo yo***, Buenos Aires, Longseller, 2005.
- Hawking, Stephen ***Brevísima historia del tiempo***, Barcelona, Crítica, 2005.
- Lovelock, James ***Edades de Gaia***, Barcelona, Tusquets, 1993.
- Reeves, Hubert et alii ***La historia más bella del mundo***, Barcelona, Anagrama, 2005.
- Sagan, Carl ***Cosmos***, Buenos Aires, Planeta, 2005.

Capítulo 7

NATURALEZA DEL CUIDADO

Acabamos de explicar las experiencias humanas axiales escondidas en la fábula-mito de Higino y sus respectivos conceptos básicos. Dejamos atrás la figura del cuidado. Ahora es tiempo de profundizar en su naturaleza.

En Higino, el cuidado no es visto como una divinidad sino como una personificación de un *modo-de-ser* fundamental. "Personificación" equivale a una divinización en el sentido que les damos a las divinidades mitológicas, porque expresan dimensiones radicales de lo humano.

Esto implica hacer la fenomenología del cuidado. Por "fenomenología" entendemos la manera por la cual cualquier realidad — en nuestro caso, el cuidado— se convierte en un fenómeno para nuestra conciencia, se muestra ante nuestra experiencia y "modela" nuestra práctica. En este sentido, no se trata de pensar y hablar *sobre* el cuidado como un objeto independiente de nosotros, sino de pensar y hablar *a partir* del cuidado tal como es vivido y se estructura en cada uno de nosotros. Porque los seres humanos no *tenemos* cuidado; *somos* cuidado. Esto significa que el cuidado posee una dimensión ontológica* que forma parte de la constitución del hombre. Es un *modo-de-ser* singular del hombre y la mujer. Sin cuidado dejamos de ser humanos.

En ***Ser y tiempo***, Martin Heidegger (1889-1976), el filósofo del cuidado por excelencia, mostró que realidades tan fundamentales como el querer o el desear se encuentran arraigadas en el cuidado esencial. Sólo a partir de la dimensión del cuidado esas realidades emergen como

realizaciones humanas. El cuidado es, en consecuencia, “una constitución ontológica* siempre subyacente a todo lo que el ser humano emprende, proyecta y hace; el cuidado suministra, en forma preliminar, el ‘suelo’ en que se mueve toda interpretación del ser humano”. Por “constitución ontológica” Heidegger entiende aquello que entra en la definición esencial del hombre y estructura su práctica. Cuando habla del cuidado como “el suelo en que se mueve toda interpretación del ser humano” está señalando que el cuidado es el fundamento para cualquier interpretación del hombre. Si no nos basáramos en el cuidado, no lograríamos entender al hombre. Esto es lo que venimos afirmando a lo largo y a lo ancho de toda nuestra reflexión y que ahora ha llegado el momento de desarrollar.

1. La etimología de la palabra cuidado

Tal vez un primer abordaje del sentido central del cuidado se encuentre en su etimología. Como los filósofos nos advierten, las palabras están llenas de significados existenciales. En ellas los seres humanos acumularon incontables experiencias, positivas y negativas, experiencias de búsqueda, encuentros, certeza, perplejidad e incursiones en el Ser. Necesitamos desentrañar la riqueza oculta de las palabras. Por lo general, las palabras nacen dentro de un nicho de sentido originario, a partir del cual se desarrollan otras significaciones afines. Así parece ocurrir con el origen de la palabra “cuidado”.

Según los clásicos diccionarios etimológicos**, para algunos estudiosos la palabra "cuidado" deriva del término latino *cura*. Esta palabra es un sinónimo erudito de "cuidado", usada en las traducciones del alemán de **Ser y tiempo**. En su forma más arcaica, *cura* en latín se escribía *coera* y era usada en un contexto de relaciones de amor y amistad. Expresaba la actitud de cuidado, desvelo, preocupación e inquietud por la persona amada o por un objeto de estimación.

Otros eruditos sostienen que la palabra "cuidado" deriva de *cogitare-cogitatus* y de sus formas corruptas *coyetar*, *coidar* y *cuidar*. El sentido de *cogitare-cogitatus* es el mismo de *cura*: meditar, pensar, poner atención, mostrar interés, revelar una actitud de desvelo y de preocupación. El cuidado surge sólo cuando la existencia de alguien tiene importancia para mí. Entonces paso a dedicarme a él; me dispongo a participar de su destino, de sus búsquedas, de sus sufrimientos y éxitos, en suma: de su vida.

Por lo tanto, cuidado significa *desvelo*, *solicitud*, *diligencia*, *celo*, *atención*, *buen trato*. Como decíamos, estamos ante una actitud fundamental, ante un modo de ser mediante el cual la persona sale de sí y se concentra en el otro, con desvelo y atención. En las lenguas latinas, contamos con la expresión "cura de las almas" para designar al sacerdote o pastor cuya misión reside en cuidar del bien espiritual de las personas y en acompañarlas a través de su trayectoria religiosa. Tal

** Para la investigar la etimología de la palabra "cuidado" resulta útil consultar las siguientes fuentes: "Cura", en *Thesaurus Linguae Latinae*, vol. 4, Liepzig 1909, col. 1451-1476; *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, vol. 8, Stuttgart 1901, col. 1773; A.Ernout y A.Meillet, *Dictionnaire Ethymologique de la Langue Latine*, París 1939, 245-246; "cuidado", Caldas Aulete, *Dicionário Contemporâneo da lingua portuguesa*, Edições Delta, Río de Janeiro 1985; Antenor Nascentes, *Dicionário Etimológico resumido*, Instituto Nacional do Livro, Río de Janeiro 1966; Antônio Geraldo da Cunha, *Dicionário Etimológico Nova Fronteira da lingua portuguesa*, Nova Ferreira, Río de Janeiro 1991.

diligencia se hace con cuidado y *esprit de finesse*, como corresponde a los asuntos de índole espiritual.

La actitud del cuidado puede provocar preocupación, inquietud y sentido de responsabilidad. Así, por ejemplo, decimos: "Este niño es todo mi desvelo". El Padre Antonio Vieira, un clásico de la lengua portuguesa, escribe: "Estos son, amigos, todos mis cuidados", refiriéndose a sus inquietudes. Un antiguo adagio rezaba: "Quien tiene cuidados no duerme". Los latinos conocían la expresión "*dolor amoris*" (dolor de amor) para expresar la cura, la inquietud y el cuidado para con la persona amada. O incluso: "Entregué mi hijo a los cuidados del director de la escuela" (lo dejé bajo su responsabilidad).

Por su propia naturaleza, entonces, el cuidado incluye dos significados básicos, relacionados íntimamente entre sí. La primera, la actitud de desvelo, interés y atención para con el otro. La segunda, de preocupación e inquietud, porque la persona que tiene cuidado se siente envuelta y afectivamente unida al otro.

Con razón, el gran poeta latino Horacio (65-8 aC) solía observar: "El cuidado es el compañero permanente del ser humano". Con esta expresión, quería decir: "El cuidado siempre acompaña al ser humano porque él nunca dejará de amar ni desvelarse por alguien (*primer sentido*), ni dejará de preocuparse e inquietarse por la persona amada (*segundo sentido*)". Si no fuera así, no se sentiría involucrado con esa persona y mostraría negligencia o descuido frente su vida y su destino. Una actitud que revelaría, en última instancia, indiferencia, que es la muerte del amor y del cuidado.

2. El trabajo y el cuidado: dos modos de *ser-en-el-mundo*

Los dos significados básicos que surgen de la etimología de la palabra "cuidado" nos confirman la idea de que el cuidado es algo más que un acto singular o una virtud entre otras: es un *modo-de-ser*, esto es, la forma en que la persona humana se estructura y realiza en el mundo con los otros. O mejor todavía: es un modo de *ser-en-el-mundo* que funda las relaciones que se establecen con todas las cosas.

Cuando decimos *ser-en-el-mundo* no hablamos de una determinación geográfica como estar en la naturaleza, junto con las plantas, los animales y otros seres humanos. Esto puede estar incluido, pero la comprensión del *ser-en-el-mundo* es algo más profundo. Significa una forma de *ex-istir* y *co-existir*, de estar presente, de navegar por la realidad y de relacionarse con todas las cosas del mundo. En esta *co-existencia* y *con-vivencia*, en esa navegación y en ese juego de relaciones, el ser humano va construyendo su propio ser, su propia autoconciencia y su propia identidad.

La filosofía de Martin Heidegger nos habla de dos modos fundamentales de *ser-en-el-mundo*: el trabajo y el cuidado. De ambos emerge el proceso de construcción de la realidad humana.

a) *El modo-de-ser-trabajo*

El *modo-de-ser-en-el-mundo* por el trabajo se da en forma de interacción y de intervención. El ser humano no vive en una suerte de permanente "siesta" biológica con la naturaleza. Por el contrario, interactúa con ella, intenta conocer sus leyes y ritmos, e interviene en ella para que su vida sea más cómoda. Y es con el trabajo que hace todo eso: a través del trabajo, construye su hábitat, adapta el medio a

su deseo y adecua su deseo al medio. A través del trabajo, prolonga la evolución e introduce realidades que la evolución jamás produciría, como un edificio, una ciudad, un automóvil o una red de comunicaciones por radio y televisión. A través del trabajo, *co-manda* el proceso evolutivo, haciendo que la naturaleza y la sociedad —con sus organizaciones, sistemas y aparatos tecnológicos— entren en simbiosis y *co-evolucionen* juntas.

De alguna manera, el trabajo está presente en el dinamismo de la propia naturaleza. Una planta o un animal también trabajan en la medida en que interactúan con el medio, intercambian informaciones, se muestran flexibles y se adaptan con el propósito de sobrevivir. En el hombre, en cambio, el trabajo se transforma en *modo-de-ser* consciente y asume el carácter de proyecto y de estrategia para la recreación de la naturaleza y del hombre mismo.

En las sociedades primitivas, el trabajo era más interacción que intervención, ya que el hombre sentía veneración por la naturaleza y solamente tomaba de ella aquello que precisaba para sobrevivir y hacer más segura y placentera su existencia.

El proceso de intervención en la naturaleza se inició con el *homo habilis*, entre 2 y 1,6 millones de años atrás, cuando se inventaron las herramientas. Se convirtió en una constante a partir del *homo sapiens* —del que descendemos directamente—, hace cerca de 150.000 años. Y se instituyó como un proceso orgánico a partir del neolítico, hace unos 10.000 años, cuando el hombre comenzó a construir casas y aldeas, y a domesticar plantas y animales, proceso este último que culminó con la tecnociencia de nuestros días.

Fue a través del trabajo que los hombres conformaron las culturas como modelaciones de sí mismos y de la naturaleza. Se abrió así el camino a la voluntad de poder y de dominación sobre la naturaleza. Esta voluntad se reforzó cuando el hombre se sintió desafiado por los obstáculos que encontraba. Entonces, aumentó su agresividad y exacerbó su industria e ingenio. Comenzó a utilizar la razón instrumental-analítica, que es más eficaz para intervenir con profundidad en la naturaleza y exige "objetividad": impone un cierto distanciamiento de la realidad a fin de estudiarla como un objeto para acumular experiencias y apoderarse de ella.

No obstante, conviene enfatizar nuevamente que los "objetos" no son objetos en sí mismos sino que son convertidos en objetos por la razón, ya que es ésta la que los aísla de su medio, los separa de otros compañeros de existencia y los usa para sus intereses. La "objetividad" es, en consecuencia, una proyección de la razón. Los llamados "objetos" son, en verdad, sujetos que tienen historia, que acumulan e intercambian informaciones y que pertenecen a la comunidad cósmica terrenal.

En la medida en que fue avanzando en este afán objetivista y cosificador, el hombre creó los aparatos que lo eximieron del desgaste de las energías y aumentaron las potencialidades de sus sentidos. Hoy, de manera creciente, el trabajo es realizado por máquinas, computadoras y robots que substituyen, en gran parte, la fuerza del trabajo humano. Surge lo que se convino en llamar el *cibionte**: el superorganismo híbrido, compuesto por seres humanos, máquinas y redes de información. De esta manera se lleva a cabo la articulación de lo biológico, lo mecánico y lo electrónico, que constituye la base de nuestras sociedades actuales.

La lógica del *ser-en-el-mundo* en el modo de trabajo configura el situarse *sobre* las cosas para dominarlas y colocarlas al servicio de los intereses personales y colectivos. En el centro de todo se coloca el hombre, dando origen al antropocentrismo. Éste insta una actitud centrada en el hombre, y las cosas solamente tienen sentido en la medida en que se ordenan y satisfacen sus deseos. Niega la relativa autonomía que ellas poseen. Más aún: olvida la conexión que el propio hombre tiene —quíéralo o no— con la naturaleza y con todas las realidades, por ser parte del todo. Por último, ignora que el sujeto último de la creación, de la sensibilidad, de la inteligencia y de la armonización, no somos en primer lugar nosotros sino la Tierra, que manifiesta su capacidad de sentir, de pensar, de amar y de velar por nosotros y en nosotros. El antropocentrismo desconoce todas estas imbricaciones.

Esa actitud de trabajo-poder sobre el mundo corporiza la dimensión de lo masculino en el hombre y en la mujer. Es la dimensión que compartimenta la realidad para conocerla y dominarla mejor; usa el poder y hasta la agresión para alcanzar sus objetivos utilitaristas; se lanza fuera de sí en la aventura del conocimiento y la conquista de todos los espacios de la Tierra y, en nuestros días, también del espacio exterior y celeste. La dimensión de lo masculino comenzó a predominar en el neolítico y alcanzó en la actualidad su punto culminante en la ocupación y “hominización” de todo el planeta.

b) *El modo-de-ser-cuidado*

El otro *modo-de-ser-en-el-mundo* se realiza a través del cuidado. El cuidado no se opone al trabajo, pero le confiere un matiz diferente. A través del cuidado no vemos como objetos a la naturaleza y a todo lo

que en ella existe. La relación no es sujeto-objeto sino sujeto-sujeto. Experimentamos a los seres como sujetos, como valores, como símbolos que remiten a una dimensión fundacional. La naturaleza no es muda. Habla y evoca. Emite mensajes de grandeza, belleza, perplejidad y fuerza. El hombre puede escuchar e interpretar esas señales. Se coloca al pie de las cosas, *junto* a ellas, y a ellas se siente unido. No sólo existe sino que *co-existe* con todos los otros. La relación no es de dominio *sobre*, sino de *con-vivencia*. No se trata de mera intervención en la naturaleza sino *interacción* y *comuni3n* con los otros seres.

En tal sentido, cuidar de las cosas implica tener intimidad, sentir las adentro de nosotros mismos, acogerlas, respetarlas, darles sosiego y reposo. Cuidar es "entrar en sintonía con", auscultarles el ritmo y armonizar con las cosas. De este modo, la razón analítico-instrumental le abre camino a la razón cordial, al *esprit de finesse*, al espíritu de gentileza, al sentimiento profundo. El centro ya no está ocupado por el *logos** (raz3n) sino por el *pathos** (sentimiento).

Este *modo-de-ser-en-el-mundo* en la forma de cuidado, permite al hombre vivir la experiencia fundamental del valor, de aquello que tiene importancia y que verdaderamente cuenta. No del valor utilitario, que es estimado sólo para su uso sino del valor intrínseco de las cosas. De ese valor sustantivo emerge la dimensión de alteridad, de respeto, admiraci3n, reciprocidad y complementariedad.

Todos nos sentimos unidos y re-unidos unos con otros, formando un Todo orgánico único y diverso, en la medida en que comprende en sí a todos los seres. Ese Todo remite a una unidad última, que todo *re-úne*, sustenta y dinamiza, y se presenta como Valor supremo que en todo se vela y *re-vela*. Ese Valor supremo tiene el carácter de Misterio, en el

sentido de siempre anunciarse y —al mismo tiempo— ocultarse. Pero se trata de un Misterio que no produce miedo sino que, por el contrario, fascina y atrae como un sol. Se deja experimentar como un gran útero acogedor que nos realiza en forma suprema. Ese Misterio también es llamado Dios.

En el *modo-de-ser-cuidado* ocurren resistencias y emergen perplejidades pero éstas son superadas, sin embargo, por la paciencia perseverante. En lugar de agresividad, hay una convivencia amorosa. En vez de dominación, hay una compañía afectuosa respecto del otro.

El *modo-de-ser-cuidado* revela la dimensión de lo femenino en el hombre y en la mujer. Lo femenino estuvo siempre presente en la historia. Sin embargo, en el paleolítico ganó visibilidad histórica cuando las culturas eran matrifocales* y el hombre vivía en unión íntima con la naturaleza. Las personas se sentían incorporadas al Todo. Eran sociedades marcadas por el profundo sentido de lo sagrado del universo, y por la reverencia ante lo misterioso de la vida y la Tierra. Las mujeres detentaban la hegemonía histórica-social y conferían a lo femenino una expresión muy profunda que quedó grabada en la memoria permanente de la humanidad a través de grandes símbolos, sueños y arquetipos presentes en la cultura y en el inconsciente colectivo.

3. La dictadura del *modo-de-ser-trabajo*

El gran desafío del hombre consiste en combinar el trabajo con el cuidado, ya que éstos no se oponen sino que se componen. Se limitan mutuamente y, al mismo tiempo, se complementan. Juntos integran la experiencia humana, que se halla ligada, por un lado, al materialismo y

por el otro, a la espiritualidad. El error consiste en oponer una dimensión a la otra sin verlas como *modos-de-ser* de un único y mismo hombre.

Desde la más remota antigüedad, asistimos a un drama de perversas consecuencias: la ruptura entre el trabajo y el cuidado. Desde el período neolítico, hace aproximadamente 10.000 años, el trabajo comenzó a ganar terreno como búsqueda frenética de eficacia, como afán ansioso de producción y ansia desenfrenada por dominar de la Tierra. Siguiendo esta tendencia, los últimos siglos —en especial a partir del proceso industrialista iniciado en el siglo XVIII— se caracterizaron por la dictadura del *modo-de-ser-trabajo*, entendido como intervención, producción y dominación. De ese modo, el trabajo dejó de relacionarse con la naturaleza (modelación) y comenzó a asociarse con el capital (enfrentamiento capital-trabajo, analizado por Marx y Engels). El trabajo se convirtió entonces en trabajo asalariado y las personas viven desde entonces esclavizadas por las estructuras del trabajo productivo, racionalizado, objetivado y despersonalizado, sometidas a la lógica de la máquina.

Un agudo analista colombiano, Luis Carlos Restrepo, dice —con razón— que todos nos hicimos herederos de Alejandro Magno (336-323 aC), el arquetipo del guerrero y del conquistador, ya que la ideología latente en el *modo-de-ser-trabajo-dominación* es la conquista del otro y de la naturaleza bajo la forma del sometimiento puro y simple. Ese modo de ser deja de lado la ternura, mata al cuidado y hiere, de ese modo, la esencia humana.

La dictadura del *modo-de-ser-trabajo-dominación* masculinizó las relaciones, dio lugar al antropocentrismo, al androcentrismo*, al patriarcado y al machismo, expresiones patológicas que remiten todas ellas a lo masculino desconectado de lo femenino: el *animus** que somete al *anima**.

En este contexto, el cuidado fue difamado como la feminización de las prácticas humanas, como un impedimento para la comprensión y como obstáculo para la eficacia.

En la actualidad, la dictadura del *modo-de-ser-trabajo-dominación* está conduciendo a la humanidad a una encrucijada decisiva: o asociamos el trabajo con el cuidado con miras a poner límites a la voracidad productiva, o vamos hacia el encuentro de lo peor ya que, debido a la exacerbación del trabajo productivo, se han agotado los recursos no renovables de la naturaleza y se ha quebrado el equilibrio físico-químico de la Tierra. También se ha roto la sociabilidad entre los humanos como producto de la dominación de unos pueblos sobre otros y de la reñida lucha de clases. No se valora en el hombre más que su fuerza de trabajo para ser vendida y explotada, o su capacidad de producción y consumo. De este modo, más y más personas —en rigor, 2/3 de la humanidad— son condenadas a una vida sin ninguna clase de sustentabilidad. Se ha perdido la visión del hombre como *ser-de-relaciones* ilimitadas, ser de creatividad, de ternura, de cuidado y de espiritualidad, portador de un proyecto sagrado e infinito.

El *modo-de-ser-en-el-mundo* exclusivamente como trabajo puede destruir el planeta. De allí, la urgencia actual de rescatar el *modo-de-ser-cuidado* como su correctivo indispensable, ya que sólo así podrá

surgir el cibionte*: el ser humano que vive en simbiosis con la máquina pero no para someterse a ella sino para mejorar su vida y su ambiente.

4. Al rescate del *modo-de-ser-cuidado*

El rescate del cuidado no se hace a costa del trabajo sino mediante una forma diferente de entender y realizar el trabajo. Para eso, el ser humano necesita volverse sobre sí mismo y descubrir su *modo-de-ser-cuidado*.

Retomamos en este punto la reflexión sobre la naturaleza del cuidado esencial. La puerta de entrada a dicha reflexión no puede ser la razón calculadora, analítica y objetivadora: ella nos conduciría a los conceptos de *trabajo-intervención-producción*, donde quedaríamos atrapados. Las máquinas y las computadoras son más eficaces que nosotros en la utilización de este tipo de razón-trabajo.

Hay algo en los hombres que no se encuentra en las máquinas, que surgió hace millones de años en el proceso evolutivo cuando emergieron los mamíferos, en cuyo género nos inscribimos: el sentimiento, la capacidad de emocionarnos, de involucrarnos, de afectar a los demás y sentirnos afectados.

Una computadora o un robot no poseen las condiciones necesarias para cuidar el medio ambiente, llorar por las desgracias ajenas ni congratularse con la alegría de un amigo. Una computadora no tiene corazón. Sólo nosotros, los hombres, podemos sentarnos a la mesa con un amigo que está triste, poner nuestra mano en su hombro, compartir con él una cerveza y darle consuelo y esperanza.

Los seres humanos construimos el mundo a partir de lazos afectivos. Esos lazos tornan a las personas y a las situaciones “preciosas”, es decir, portadoras de valor. Nos preocupamos con ellas. Nos tomamos tiempo para dedicarnos a ellas. Sentimos responsabilidad por el lazo que se ha formado entre cada uno de nosotros y los otros. La categoría del cuidado recoge todo ese modo de ser: revela cómo funcionamos en tanto seres humanos.

De este modo se pone en evidencia que lo esencial en el hombre como es no es el *logos**, la razón y las estructuras de comprensión, sino el *pathos**, el sentimiento, la capacidad de simpatía y empatía, la dedicación, el cuidado y la comunión con lo diferente. Todo comienza con el sentimiento. Es el sentimiento lo que nos hace sensibles a lo que está a nuestro alrededor, que nos hace disfrutar o disgustar. Es el sentimiento lo que nos une a las cosas y nos lleva a involucrarnos y comprometernos con las personas. Es el sentimiento lo que nos define como personas. Es el sentimiento lo que produce encantamiento ante la inmensidad del Cielo, suscita veneración hacia la complejidad de la Madre Tierra y alimenta la ternura ante la fragilidad de un recién nacido.

Recordemos la frase de ***El Principito*** de Antoine de Saint Exupéry, que acertó en la conciencia colectiva de millones de lectores: “*No se ve bien sino con el corazón (sentimiento); lo esencial es invisible a los ojos*”. Es el sentimiento lo que hace a las personas, las cosas y las situaciones importantes para nosotros. Ese sentimiento profundo, repetimos, es el cuidado. Solamente aquello que pasó por una emoción, que evocó un sentimiento profundo y provocó cuidado en nosotros, deja marcas indelebles y permanece en forma definitiva en cada ser humano.

El pensamiento contemporáneo rescató la importancia fundamental del sentimiento, de la ternura, la compasión y el cuidado, a partir — especialmente— de la psicología profunda de Freud, Jung, Adler, Rogers y Hillman, y más cerca de nuestros días, a partir de la biología genética y de las derivaciones antropológicas de la física cuántica de Niels Bohr (1885-1962) y Werner Heisenberg (1901-1976).

Más que el cartesiano *cogito ergo sum* ("Pienso, luego existo"), vale el *sentio ergo sum*, "Siento, luego existo". El libro de Daniel Goleman, ***La inteligencia emocional***, se transformó en un *best seller* mundial porque, sobre la base de investigaciones empíricas acerca del cerebro y la neurología, mostró aquello que ya Platón (427-347 aC), San Agustín (354-430), la escuela franciscana medieval con San Buenaventura y Duns Scoto en el siglo XIII, Pascal (1623-1662), Schleiermacher (1768-1834) y Heidegger (1889-1976) enseñaron hace tiempo: la dinámica básica del hombre es el *pathos**, es el sentimiento, es el cuidado, es la lógica del corazón. "La mente racional" —concluye Goleman— "necesita uno o dos momentos más que la mente emocional para reaccionar; el primer impulso es del corazón, no de la cabeza".

Ahora estamos en mejores condiciones de comprender en profundidad la fábula-mito de Higinio* acerca del cuidado. El cuidado es tan esencial en el hombre que es anterior a que la Tierra le otorgara un cuerpo y que Júpiter le infundiera el espíritu. De allí que la concepción del hombre como un ser compuesto de espíritu y cuerpo no sea la esencial. La fábula dice: "El cuidado fue quien modeló primero al ser humano". El cuidado se encuentra antes, es un *a priori* ontológico*, está en el origen de la existencia del hombre. Y ese origen no es sólo un comienzo temporal. El origen tiene un sentido filosófico de condición de posibilidad o principio ontológico desde el cual brota el ser en forma

permanente. Esto significa que el cuidado constituyó, en la existencia humana, una energía que fluye ininterrumpidamente en cada momento y circunstancia. Es la fuerza en forma continua que hace surgir al ser humano. Sin ella, el hombre continuaría siendo apenas una porción de arcilla, como cualquier otra al margen de un río, o un espíritu angelical desencarnado y fuera del tiempo histórico.

Pero además el cuidado modeló al hombre con cuidado. Puso en él dedicación, ternura, devoción, sentimiento y corazón. Y con eso creó responsabilidades e hizo surgir la preocupación con el ser que él plasmó. Esas dimensiones, verdaderos principios constitutivos, entraron en la composición del ser humano. Se convirtieron en carne y sangre. Sin tales dimensiones, el hombre jamás habría sido humano. Por eso, la fábula-mito de Higino termina enfatizando que el cuidado acompañará al hombre en el transcurso de toda su vida, a lo largo de todo su derrotero temporal en el mundo.

Un psicoanalista atento al drama de civilización moderna, como el norteamericano Rollo May, podría comentar al respecto: "Nuestra situación es la siguiente: en la actual confusión de episodios racionalistas y técnicos perdemos de vista y nos despreocupamos del ser humano; ahora necesitamos volver humildemente al cuidado...; es el mito del cuidado —y creo, muchas veces, sólo él— lo que nos permite resistir al cinismo y a la apatía, que son las enfermedades psicológicas de nuestro tiempo".

Lo que nuestra civilización precisa es superar la dictadura del *modo-de-ser-trabajo-producción-dominación*, que nos mantiene como rehenes de una lógica que hoy se muestra destructora de la Tierra y sus recursos, de las relaciones entre los pueblos, de las interacciones entre

capital y trabajo, de la espiritualidad y de nuestro sentido de pertenencia a un destino común. Si nos liberáramos de los trabajos engañosos y deshumanizados —muchos de los cuales ahora son realizados por máquinas automáticas—, recuperaríamos el trabajo en su sentido antropológico originario: como modelación de la naturaleza y como actividad creativa, capaz de realizar al ser humano y de construir sentidos cada vez más integradores con la dinámica de la naturaleza y del universo.

Es necesario poner cuidado en todo. Para eso, urge desplegar la dimensión *anima** que está en nosotros. Esto significa conceder derecho de ciudadanía a nuestra capacidad de sentir lo otro, de tener compasión con todos los seres que sufren, humanos y no humanos, de obedecer más a la lógica del corazón, de la cordialidad y de la gentileza que a la lógica de la conquista y del uso utilitario de las cosas.

Otorgar preponderancia al cuidado no significa, sin embargo, dejar de trabajar ni de intervenir en el mundo sino renunciar a la voluntad de poder que reduce todo a objetos desconectados de la subjetividad humana. Significa renunciar a todo despotismo y a toda dominación. Significa imponer límites a la obsesión por la eficacia a cualquier costo. Significa derrumbar la dictadura de la racionalidad fría y abstracta para dar lugar al cuidado. Significa organizar el trabajo en sintonía con la naturaleza, sus ritmos y sus indicaciones. Significa respetar la comunión de todas las cosas entre sí y con nosotros. Significa colocar el interés colectivo de la sociedad, en tanto comunidad biótica y terrenal, por encima de los intereses exclusivamente humanos. Significa colocarse *junto y al pie* de cada cosa que queremos transformar para que no sufra, no sea desarraigada de su hábitat y pueda mantener las condiciones para desenvolverse y *co-evolucionar** junto con sus

ecosistemas* y con la propia Tierra. Significa captar la presencia del Espíritu más allá de nuestros límites humanos: en el universo, en las plantas, en los organismos vivos, en los grandes simios, gorilas, chimpancés y orangutanes, portadores también de sentimientos, de lenguaje y de hábitos culturales semejantes a los nuestros.

Estos son los antídotos para el sentimiento de abandono que experimentan los pobres y los enfermos. Estas son las medicinas contra el descuido que los excluidos, los desempleados, los subempleados, jóvenes y ancianos, denuncian en la mayoría de las instituciones públicas, que se preocupan cada vez menos por el ser humano y cada vez más por la economía, los intereses, el crecimiento ilimitado de bienes y servicios materiales, apropiadas y dominadas como se encuentran por las clases privilegiadas a costa de la *com-pasión* necesaria respecto de las carencias de las grandes mayorías. El cuidado es el remedio que puede impedir la devastación de la biosfera* y el compromiso del frágil equilibrio de Gaia*, ya que se trata del *modo-de-ser* que rescata nuestra humanidad más esencial.

Bibliografía en español

Capra, Fritjof ***El tao de la física***, Málaga, Sirio, 1995.

Goleman, David ***La inteligencia emocional***, Buenos Aires, Vergara, 1999.

Heidegger, Martín ***Ser y tiempo***, Madrid, Trotta, 2003.

Restrepo, Luis Carlos ***El derecho a la ternura***, Barcelona, Península, 2004.

Touraine, Alain ***Crítica de la modernidad***, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Vattimo, Gianni ***El fin de la modernidad***, Barcelona, Gedisa, 2004.

Capítulo 8

RESONANCIAS DEL CUIDADO

El cuidado como *modo-de-ser* atraviesa toda la existencia humana y adquiere resonancias en diversas actitudes importantes. A través del cuidado, las dimensiones del Cielo (trascendencia) y las dimensiones de la Tierra (inmanencia) buscan su equilibrio y *co-existencia*. Esto también ocurre en el reino de los seres vivos, porque toda la vida necesita de cuidado; de lo contrario, se enferma y muere. Basta citar el ejemplo del *tucunaré*, uno de los peces más preciados del Brasil: el padre y la madre tienen un inmenso cuidado con sus crías, los alevines; construyen un nido cavando un agujero en el fondo del río y se mantienen siempre a su alrededor para protegerlos; cuando intentan salir del nido, los acompañan con cuidado y los alertan contra la dispersión; ante el mínimo riesgo, los hijos regresan al nido todo juntos guiados por los padres; y los que se retrasan son recogidos cuidadosamente dentro de la boca del padre y devueltos al grupo.

Vamos a elaborar un inventario de las muchas "resonancias" del cuidado: conceptos afines que se desprenden del cuidado y lo traducen en distintas concreciones. Privilegiamos estas siete resonancias: el amor como fenómeno biológico, la justa medida, la ternura, la caricia, la cordialidad, la convivencia y la compasión. Podrían agregarse la sinergia, la hospitalidad, la cortesía y la gentileza, pero se encuentran implícitas en las que abordaremos.

1. El amor como fenómeno biológico

“Amor” es una de las palabras más gastadas de nuestro lenguaje. Y uno de los fenómenos interpersonales más desmoralizados en nuestra sociedad. Abordaremos el tema del amor desde la óptica fecunda de uno de los mayores biólogos contemporáneos, el chileno Humberto Maturana, en cuyas reflexiones el amor es contemplado como un fenómeno biológico: un fenómeno que se halla inmerso en el dinamismo de la vida, desde sus realizaciones más primarias, de billones y billones de años atrás, hasta las más complejas en el ámbito de lo humano. Veamos cómo se introduce el amor en el universo.

En la naturaleza se verifican dos tipos de acoplamientos entre los seres y su medio, uno necesario y otro espontáneo. El primero, el necesario, hace que todos los seres estén interconectados unos con otros y acoplados a los respectivos ecosistemas* como garantía de su supervivencia. Pero existe también otra forma de acoplamiento que se realiza de manera espontánea. Los seres interactúan aun sin estar movidos por la supervivencia, por puro placer, en el fluir de su vivir. Se trata de ensambles dinámicos y recíprocos entre los seres vivos y los sistemas orgánicos. No hay justificativos para esos ensambles. Suceden porque suceden. Se trata de eventos originales de la vida en su pura gratuidad.

Cuando uno acoge lo diverso y así se realiza la *co-existencia*, surge el amor como fenómeno biológico. Éste tiende a expandirse y a adoptar formas más complejas. Una de estas formas es la humana, que no es espontánea, como en los demás seres vivos, sino que es producto de la libertad, que acoge lo diverso en forma consciente y crea las condiciones para que el amor se instaure como el valor más alto de la vida.

De este movimiento surge el amor extendido, que es la socialización. El amor es, en consecuencia, el fundamento del fenómeno social y no su consecuencia. En otras palabras: es el amor lo que da origen a la sociedad; la sociedad existe porque existe el amor y no al revés, como convencionalmente se cree. Si falta el amor (el fundamento) se destruye lo social. Pero si, a pesar de la ausencia de amor, lo social persiste, adopta la forma de agregación forzada, de dominación y de violencia de unos contra otros. Por eso, cuando se destruye el encaje y la congruencia entre los seres, se destruye el amor y, con eso, la sociabilidad. El amor es siempre una apertura al otro y una *con-vivencia* y *co-muni3n* con el otro.

No fue la lucha por la supervivencia del m1s fuerte lo que aval3 la subsistencia de la vida y los individuos hasta el presente, sino la *co-operaci3n* y la *co-existencia* entre ellos. Los hom3nidos*, millones de a1os atr1s, se convert3an en seres humanos en la medida en que, de manera creciente, compart3an unos con otros los resultados de la caza y la recolecci3n, y compart3an sus afectos. El lenguaje que caracteriza al hombre surgi3 en el interior de este dinamismo de amor y de compartir.

La competencia, enfatiza Maturana, es anti-social, ahora y siempre, porque implica la negaci3n del otro, el rechazo del compartir y del amor. La sociedad moderna neoliberal —en especial, la teor3a del mercado— se basa en la competencia. Por eso es excluyente, inhumana y produce tantas v3ctimas. Esta l3gica impide que sea portadora de felicidad y de un futuro para la humanidad y para la Tierra.

¿Cómo se caracteriza el amor humano? “Lo que es especialmente humano en el amor no es el amor, sino lo que hacemos en el amor en cuanto humanos [...]; es nuestra manera particular de vivir juntos como seres sociales en el lenguaje [...]; sin amor, no somos seres sociales”, responde Marturana.

El amor es un fenómeno cósmico y biológico. Al llegar al nivel humano, se revela como la gran fuerza de *con-gregación*, de simpatía, de solidaridad. Las personas se unen y recrean, por medio del lenguaje amoroso, el sentimiento de cariño y de pertenencia a un mismo destino y a un mismo derrotero histórico.

Sin el cuidado esencial, el ensamble del amor, no ocurre, no se conserva, no se expande ni permite la asociación entre los seres. Sin el cuidado, no existe atmósfera que propicie el florecimiento de aquello que verdaderamente humaniza: el sentimiento profundo, la voluntad de compartir y la búsqueda del amor.

2. La regla de oro: la justa medida

En el capítulo anterior, reflexionamos acerca de la justa medida entre el *modo-de-ser-trabajo* y el *modo-de-ser-cuidado*. Comprobamos el profundo desequilibrio que la dictadura del *modo-de-ser-trabajo* genera en la cultura mundializada. La pregunta es cuánto cuidado debemos incorporar para recuperar el equilibrio perdido. Se trata de una cuestión fundamental tanto en la teoría como en la práctica.

Hagamos una primera constatación. El sentido de la medida se encuentra en muchos campos, que van desde la geometría a la religión. Pero es especialmente en el campo de la ética donde la justa medida adquiere una importancia axial. Se trata de encontrar el *óptimo relativo*, el equilibrio entre el más y el menos.

Por una parte, la medida es experimentada en forma negativa como el límite a nuestras pretensiones; de allí nace la voluntad y hasta el placer de traspasar el límite y violar lo prohibido. Al mismo tiempo, la medida es experimentada en forma positiva como la capacidad de usar, con moderación, potencialidades naturales, sociales y personales a fin de que puedan durar más y reproducirse. Esto es posible solo cuando se establece un cierto equilibrio y una justa medida. La justa medida se alcanza a través del reconocimiento realista, de la aceptación humilde y de la óptima utilización de los límites, que otorga sustentabilidad a todos los fenómenos y procesos, a la Tierra, a las sociedades y a las personas.

Esta búsqueda resultó especialmente significativa en las culturas mediterráneas, en particular, entre los egipcios, los grecolatinos y los hebreos. Se dice, incluso, que ése era el espacio de la cultura de la medida y también de la desmedida, porque allí fueron elaboradas las ideologías más excesivas y las guerras sin límites. Esa búsqueda es una preocupación central en el budismo y la filosofía ecológica del *Feng-shui** chino. Para todas, el símbolo era la balanza y las respectivas divinidades femeninas, tutoras del equilibrio.

La búsqueda de la medida se encuentra limitada por cuestiones espinosas que no deben ser escamoteadas, como las siguientes.

- *¿Cuál es la medida justa?*
- *¿Quién establece la medida justa?*
- *¿A partir de qué fuentes de conocimiento se establece la medida justa?*
- *¿La medida no suele depender de las culturas, de las diferentes situaciones históricas, de la subjetividad humana personal y colectiva?*
- *¿Quién es el responsable por la observancia de la medida justa establecida?*

No pretendemos responder a cada una de estas preguntas. Eso nos llevaría mucho tiempo. Pero intentaremos una reflexión que, al menos, las englobe.

Muchos fueron los caminos iniciados con el propósito de fundar una justa medida. Dado que, por lo general, se apoyaban en un único pilar, la medida justa derivaba exclusivamente de una fuente, ya sea la naturaleza, la razón universal, las ciencias empíricas, la sabiduría de los pueblos, las religiones, o la revelación divina, contenida en los textos sagrados de la tradición judeocristiana, de las Upanishad* o del taoísmo*.

Sin embargo, hoy estamos cada vez más convencidos de que nada puede ser reducido a una causa única (monocausalidad) o un solo factor. Nada es lineal y simple; todo es complejo y responde a una urdiembre de *inter-retro-relaciones* y redes de inclusiones. Por eso, necesitamos articular los diversos pilares que sostienen el puente capaz de conducirnos a soluciones más integradoras, ya que todas las causas y factores traen alguna luz y comunican alguna verdad. La sabiduría consiste en ver cada porción del todo como una bella figura de mosaico

compuesta por millares de teselas o como un deslumbrante bordado hecho con miles de hilos coloridos.

a) La justa medida y la naturaleza

Por naturaleza entendemos el conjunto de los seres orgánicos e inorgánicos, las energías y los campos energéticos y morfogenéticos que existen organizados en sistemas dentro de otros sistemas mayores, afectados o no por la intervención humana, constituyendo un todo orgánico, dinámico y en búsqueda de un equilibrio. El hombre es parte y porción de la naturaleza, y comparte con ella una sofisticada red de relaciones, adoptando el rol de *co-piloto* en el proceso de evolución junto con las fuerzas directivas de la Tierra.

La naturaleza es una realidad tan compleja y vasta que no puede ser contenida por ninguna definición. Qué es la naturaleza en sí permanece como un misterio, como misterio es el ser y la nada. Lo que tenemos son discursos culturales acerca de la naturaleza elaborados por los antiguos, por el hinduismo* en la India, por el taoísmo* en China, por el budismo zen* en Japón, por la moderna ciencia copernicana, por la mecánica cuántica, por la teoría de los sistemas abiertos, por la biología genética y molecular, por la nueva cosmología basada en las ciencias de la Tierra. Nuestra comprensión debe mucho a estas tradiciones, especialmente a la última vertiente. En función de cada comprensión se decide qué tipo de naturaleza debe ser preservada.

Cuando contemplamos la naturaleza, por encima de las expresiones caóticas y de su intrínseca complejidad, salta a la vista una medida inmanente que no resulta de las partes consideradas en forma aislada sino del todo orgánico y vivo. Hay armonía y equilibrio. La naturaleza no

se encuentra biocentrada —centrada simplemente en la vida— sino en el equilibrio dinámico entre vida y muerte.

Para los pensadores contemporáneos, la naturaleza resulta de un enorme proceso de evolución que va más allá del modelo de Charles Darwin (1809-1882), quien restringió la evolución fundamentalmente a la biosfera. La comprensión actual —llamada “teoría de la evolución sintética”— entiende la evolución como una teoría universal: a partir del *big bang* todo el universo se halla en evolución. Ese proceso no es lineal sino que presenta saltos, conoce fluctuaciones* y bifurcaciones. No sólo se expande sino que crea posibilidades nuevas, lo que implica que las leyes naturales no poseen carácter determinístico sino probabilístico.

Los conocimientos de la termodinámica* nos señalan que la vida y cualquier novedad en el universo surgen a partir de cierta distancia y cierta ruptura del equilibrio. Esa ausencia de medida, por ahora momentánea, provoca la auto-organización (*autopiesis**) que crea una nueva estabilidad y un nuevo equilibrio dinámico. Es dinámico porque continuamente se recrea, no por medio de la reproducción del equilibrio anterior sino por la creación de uno nuevo, mediante el diálogo con el medio y una nueva adaptación. La lógica de la naturaleza en proceso evolutivo es la siguiente: organización (quiebre del equilibrio), desorganización (nueva relación), nuevo equilibrio (nueva organización). Y así sucesivamente.

Esto no significa, sin embargo, que la naturaleza no posea una medida (leyes de la naturaleza). La naturaleza posee una medida que no es estática y mecánica, sino dinámica y fluctuante, caracterizada por constancias y variaciones. Ingresa en fases de ruptura para gestar de inmediato una nueva regularidad. El clima de la Tierra, por ejemplo, que

ya tiene 3,8 billones de años, pasó por turbulencias y terribles devastaciones. La Tierra supo ser casi dos veces más caliente que hoy. Pero, a pesar de eso, mostró en el transcurso de billones de años un increíble equilibrio dinámico que ha favorecido a todas las formas de vida.

La naturaleza, considerada como un todo, no impone prescripciones. Apunta hacia tendencias y regularidades que pueden ir en varias direcciones. Corresponde al hombre desarrollar una sensibilidad tal que le permita captar esas tendencias y tomar sus decisiones. La naturaleza no lo dispensa de decidir y ejercer su libertad, porque sólo de esta manera se muestra como un ser ético.

Ese espacio de intervención y creación del hombre consciente y responsable es un dato de la naturaleza. Así como ella continuamente busca, hace, deshace dinámicamente una medida, el hombre debe buscar la medida justa. No de una vez y para siempre, sino atendiendo siempre a lo que está ocurriendo en la naturaleza, en la historia y en él mismo. La medida justa cambia. Lo que no cambia es la permanente búsqueda de la medida justa.

Debe considerarse aún que el proceso global exhibe una línea de tiempo cuya flecha siempre apunta hacia adelante y arriba, ya que se trata de un proceso que, cuanto más avanza, menos se copia a sí mismo, menos clones produce y más diversidades presenta: un proceso en el cual las medidas varían pero cada medida hallada sirve al propósito superior de llevar más adelante la línea de la evolución.

b) *La medida justa y el pathos*

¿Cómo capta el ser humano esa medida multidimensional de la naturaleza? No basta para ello el saber racional ni la voluntad obediente de identificar regularidades, que dejan de lado la creatividad humana y el ejercicio de la libertad, propios del hombre. Debe desarrollarse una actitud atenta de escucha, un sentimiento profundo de identificación con la naturaleza, con sus cambios y estabilidades. El hombre necesita sentirse naturaleza. Cuanto más bucea en ella, más siente cuándo debe cambiar y cuándo conservar, tanto en su vida como en sus relaciones.

Los pueblos indígenas constituyen el mejor ejemplo de cómo “escuchar” a la naturaleza. Por una afinidad profunda con ella, los suelos, las lluvias, las nubes, los vientos, las aguas, las plantas y los animales saben lo que va a ocurrir y qué actitud tomar. Están tan unidos a la Tierra como sus hijos e hijas, quienes —como si fueran la propia Tierra parlante y pensante— perciben de inmediato lo que va a ocurrir con la naturaleza. O mejor aún: la naturaleza “habla” con ellos y a través de ellos.

Investigaciones realizadas en grandes centros metropolitanos europeos y norteamericanos probaron que un incremento en el conocimiento sobre la crisis ecológica y las heridas de la Tierra no conduce necesariamente a una transformación en las actitudes que impliquen un mayor respeto y veneración hacia ella. “Lo que resulta imprescindible no es el saber sino el sentir”, afirman. Cuanto más sufre una persona con la degradación del medio ambiente, cuanto más se indigna por el sufrimiento de los animales y se rebela contra la destrucción de la mancha verde de la Tierra, más actitudes nuevas de compasión, ternura, protección de la naturaleza y espiritualidad cósmica desarrolla.

Aquí encontramos nuevamente el *pathos**, el sentimiento profundo, en la raíz del nuevo paradigma de convivencia con la Tierra. De este descubrimiento de la Tierra y de la *com-pasión* por ella, nace el cuidado esencial. Sin esa escucha cuidadosa no escucharemos la Gran Voz de la Tierra que nos convoca a la *sinergia**, a la *com-pasión*, a la *co-existencia* pacífica con todos los seres.

Esa actitud es requerida, por ejemplo, en el ámbito de la biotecnología, uno de los más avanzados de la ciencia. ¿Cuál es la medida justa de intervención en el código genético humano? No se encuentra escrita en ningún lugar. El hombre necesita establecerla a partir de una profunda sensibilidad y comunión con la propia vida. Si el hombre entra en el laboratorio de experimentación genética como quien entra en un templo y lleva a cabo los procedimientos como quien celebra una liturgia —pues la vida es misteriosa y sagrada, y demanda tales actitudes de reverencia—, entonces “sentirá” qué puede y no hacer. El *pathos** es el sentir cargado de cuidado, de responsabilidad y compasión. Desde ese *pathos**, el querer subordinar el nuevo conocimiento genético a la obtención de lucro, como si la vida fuera una simple mercancía expuesta en una vidriera de compra y venta, se vuelve un absurdo.

La actitud de sentir con cuidado debe transformarse en cultura. Esto demanda un proceso pedagógico que excede la educación formal, que atraviesa las instituciones y que hace surgir un nuevo estado de conciencia y de conexión con la Tierra y con todo lo que en ella existe y vive.

Como bien reza el Salmo (119,19), nos sentimos "huéspedes en esta Tierra", huéspedes respetuosos de la Tierra anfitriona, que nos alberga. Y dejamos nuestra "casa común" siempre en orden para los huéspedes que vendrán después de nosotros.

3. La ternura vital

La ternura vital es sinónimo de cuidado esencial. La ternura es el afecto que profesamos hacia las personas y el cuidado que aplicamos a las situaciones existenciales. Es un conocimiento que va más allá de la razón, ya que se muestra como inteligencia que intuye, ve profundamente y entra en comunión.

La ternura es el cuidado sin obsesión: incluye también el trabajo, no como mera producción utilitaria sino como obra que expresa la creatividad y la auto-realización de la persona. La ternura no constituye, sin embargo, una feminización ni una renuncia del rigor en el conocimiento. Es un afecto que, a su manera, también conoce. En verdad, sólo conocemos bien cuando sentimos afecto y nos sentimos involucrados con aquello que queremos conocer. La ternura puede y debe convivir con el compromiso absoluto por una causa, como fue demostrado de modo ejemplar por el revolucionario Ernesto Che Guevara (1928-1968), de quien conservamos una máxima inspiradora: *"Hay que endurecerse, pero sin perder jamás la ternura"*.

La ternura surge del propio acto de existir en el mundo con los otros. No existimos, *co-existimos*, *con-vivimos* y *co-mulgamos* con las realidades más inmediatas. Sentimos nuestra ligazón fundamental como la totalidad en el mundo. Ese sentimiento es más que una moción

psicológica, es un modo de ser existencial que atraviesa todo el ser. La concentración en el sentimiento genera sentimentalismo. El sentimentalismo es un producto de la subjetividad mal integrada. Es el sujeto que se vuelve sobre sí mismo y celebra sus sensaciones. Por el contrario, la ternura irrumpe cuando el sujeto se descentra de sí mismo, sale en dirección a lo otro, siente lo otro como otro, participa de la existencia de otro, se deja conmover por su historia de vida. Lo otro marca el sujeto y éste se demora en lo otro no por las sensaciones que le producen sino por amor, por aprecio a su diferencia y por valorización de su vida y su lucha.

La relación de ternura no implica angustia porque está libre de la búsqueda de ventajas o dominación. La ternura es la fuerza propia del corazón, es el deseo profundo de compartir caminos. La angustia del otro es mi angustia, su éxito es mi éxito y su salvación o perdición son también mi salvación o perdición, y no sólo la mía sino la de todos los seres humanos.

Blaise Pascal (1623-1662), filósofo y matemático francés del siglo XVII, introdujo una distinción importante para ayudarnos a entender el cuidado y la ternura: el *esprit de finesse* y el *esprit de géométrie*.

El esprit de finesse es el espíritu de fineza, de sensibilidad, de cuidado y de ternura. El espíritu no sólo piensa y razona. Va más allá y amplía la sensibilidad, la intuición y la capacidad de unión del raciocinio y el pensamiento. Del espíritu de fineza nace el mundo de las excelencias, de las grandes significaciones, de los valores y los compromisos a los que vale la pena dedicar tiempo y energía.

El *esprit de géométrie* es, en cambio, el espíritu calculador y laborioso, interesado en la eficacia y el poder. Es el *modo-de-ser* que imperó en la modernidad y que dejó de lado, todo lo que tiene que ver con el afecto, la ternura y el cuidado esencial. De allí deriva también el vacío aterrador de nuestra cultura "geométrica" con su plétora de sensaciones pero sin experiencias profundas, con un cúmulo fantástico de saber pero con escasa sabiduría, con demasiada vigorización de la musculación, de la sexualidad, de los artefactos de destrucción exhibidos por los *serial killer* (asesinos seriales) sin ternura ni cuidado para con la Tierra, para con sus hijos e hijas y para con el futuro común de toda la humanidad.

4. La caricia esencial

La caricia constituye una de las expresiones máximas del cuidado. ¿Por qué decimos "caricia esencial"? Porque queremos distinguirla de la caricia como pura excitación psicológica en el marco de una aventura fugaz y sin historia. La caricia-excitación no involucra el todo de la persona. La caricia es esencial cuando se transforma en una actitud, en un modo de ser que cualifica a la persona en su totalidad, en la psique, en el pensamiento, en la voluntad, en la interioridad y en las relaciones que establece.

El órgano de la caricia es, fundamentalmente, la mano: la mano que toca, la mano que palpa, la mano que establece relación, la mano que calienta, que trae quietud. Pero la mano no es simplemente mano. Es la persona humana que, a través de la mano y en la mano, revela un *modo-de-ser* cariñoso. La caricia toca lo profundo del ser humano, allí donde se sitúa su centro personal. Para que la caricia sea

verdaderamente esencial precisamos “palpar” el yo profundo y no apenas el ego superficial de la conciencia.

La caricia esencial confiere reposo, integración y confianza. Ese es el sentido de tocar. Cuando una madre acaricia a su hijo, le comunica la experiencia más orientadora que existe: la confianza fundamental en la bondad de la realidad y del universo; la confianza en que, en el fondo, todo tiene sentido; la confianza en que la paz y no el conflicto es la palabra última, la confianza en la acogida y no en la exclusión del Gran Útero.

Como la ternura, la caricia exige total altruismo, respeto por el otro y renuncia a cualquier otra intención que no sea la experiencia de querer bien y de amar. No es un rozar de pieles sino un investir de cariño y amor a través de la mano y la piel.

El afecto no existe sin la caricia, la ternura y el cuidado. Así como la estrella precisa del aura para brillar, el afecto necesita de la caricia para sobrevivir. Es la caricia de la piel, del cabello, de las manos, del rostro, de los hombros, de la intimidad sexual, la que confiere concreción al afecto y al amor. Es la calidad de la caricia que impide la tendencia a ser mentiroso, falso o dudoso. La caricia esencial es leve como un entreabrir suave de una puerta. Jamás hay caricia en la violencia de pegar portazos, es decir, en la invasión de la intimidad de otra persona.

Dice con precisión el psiquiatra colombiano Luis Carlos Restrepo: *“La mano, el órgano humano por excelencia, sirve tanto para acariciar como para agarrar. Mano que agarra y mano que acaricia son dos facetas extremas de las posibilidades de encuentro inter-humano”*. En el contexto de nuestra reflexión, la “mano que agarra” corporiza el modo-

de-ser-trabajo. "Agarrar" es expresión de poder sobre, de manipulación, de acomodación del otro o de las cosas a mi modo de ser. La "mano que acaricia" representa, en cambio, el *modo-de-ser-cuidado*, ya que "la caricia es una mano revestida de paciencia que toca sin herir y suelta para permitir la movilidad del ser con quien entramos en contacto".

5. La cordialidad fundamental

La medida justa, la ternura vital, la caricia esencial y la cordialidad fundamental son cualidades existenciales, es decir, formas de estructuración del hombre en aquello que lo hace humano. El cuidado, con sus muchas resonancias, es el artesano de nuestra humanidad. Esto vale también para la cordialidad, tan mal interpretada en la cultura brasileña desde que fue introducida como categoría de análisis sociológico hacia el final de los años '30.

La cordialidad es tomada, normalmente, como expresión de la emotividad en el sentido psicológico, en contraposición a la racionalidad. Se dice que el brasileño es cordial. Y de hecho lo es, ya que pone en las cosas más corazón que lógica. ¡Pero, atención! El corazón-emotividad puede producir tanto el buen trato, el sentido de la hospitalidad, la exuberancia contenida del placer, como los accesos de violencia y los odios profundos característicos de ciertas familias del nordeste de nuestro país. Esas contradicciones son más evidentes en las elites nacionales que en los sectores populares, ya que ellas históricamente desangraron y volvieron a desangrar el pueblo brasileño" (Capistrano de Abreu).

Cuando hablamos de cordialidad como una resonancia del cuidado, estamos pensando en otra dirección. Consideramos al corazón como una dimensión del espíritu de fineza, como capacidad de captar la dimensión de valor presente en las personas y en las cosas. Lo decisivo no son los hechos sino lo que los hechos producen en nosotros, enriqueciéndonos y transformándonos. Aquí surge la dimensión de valor, la de aquello que cuenta, pesa y definitivamente nos interesa. El valor transforma los hechos en símbolos y sacramentos: los hechos de ser simples sucesos ocurridos o pasados para tornarse portadores de evocación, de significación y de memoria.

Es propio del corazón captar la dimensión axiológica, valorativa, del Ser en su totalidad y en sus manifestaciones en los entes concretos. "Cordialidad" significa, entonces, aquel modo de ser que descubre un corazón palpitando en cada cosa, en cada piedra, en cada estrella y en cada persona. Es aquella actitud tan bien retratada en ***El Principito***, de Antonie de Saint-Exupery: "*Sólo se ve bien con el corazón*". El corazón logra ver más allá de los hechos; ve su encadenamiento con la totalidad; discierne significaciones y descubre valores. La cordialidad supone la capacidad de sentir el corazón del otro y el corazón secreto de todas las cosas. La persona cordial ausculta, ofrece su oído a la realidad, presta atención y pone cuidado en todas las cosas.

En América Latina, fue la cultura náhuatl de los aztecas de México la que confirió especial significación al corazón. Entre ellos, la definición del hombre no es, como entre nosotros, la de un animal racional sino la de un ser "dueño de un rostro y un corazón". El rostro identifica y distingue a un hombre de otros hombres. Por el rostro, el hombre se relaciona éticamente con el otro. En el rostro se refleja si lo acogemos, si desconfiamos de él, si lo excluimos. El corazón, a su vez, define el

modo-de-ser y el carácter de la persona: el principio vital de donde provienen todas sus acciones.

La educación refinada de los aztecas, conservada en bellísimos textos, apuntaba a formar en los jóvenes un rostro claro, bondadoso y sin sombras, aliado a un corazón firme y cálido, determinado y hospitalario, solidario y respetuoso de las cosas sagradas. Según este pueblo, del corazón nacía la religión que empleaba “la flor y el canto” para venerar a sus divinidades. Los aztecas ponían su corazón en todo lo que hacían. Esa cordialidad pasaba a las obras de arte que creaban.

En 1520, el gran pintor renacentista alemán Alberto Durero, después de contemplar objetos de arte aztecas obsequiados al emperador Carlos V por Hernán Cortés, consignó en su diario este testimonio: “En toda mi vida no vi nada que haya alegrado tanto mi corazón como estas cosas. En ellas encontré objetos maravillosamente artísticos y me admiré de la genialidad sutil de los hombres de esas tierras extrañas”. Era la resonancia del cuidado y de la compasión expresándose en los objetos de arte azteca.

6. La convivencialidad necesaria

De la cordialidad surge la convivencialidad. El concepto de “convivencialidad” fue desarrollado por Iván Illich (1926-2002) uno de los grandes profetas de América Latina. Nacido en Viena, Illich trabajó en la región y con las comunidades latinas de los Estados Unidos. A través del concepto de “convivencialidad”, intentó responder a dos crisis de actualidad, íntimamente interrelacionadas: la crisis del proceso industrialista y la crisis ecológica.

Veamos en primer lugar la crisis del proceso industrialista. El dominio del hombre sobre el instrumento se transformó en instrumento sobre el hombre. Creado para sustituir al esclavo, el instrumento tecnológico terminó por esclavizar al hombre, que orientó su economía hacia la producción en masa e hizo surgir una sociedad de aparatos sin alma. La producción industrial vigente no armoniza con la fantasía y la creatividad de los trabajadores, ya que emplea de ellos sólo la fuerza de trabajo, muscular o intelectual. Cuando incentiva la creatividad, lo hace en vista de la calidad total del producto que beneficia más a la empresa que al trabajador.

En tal sentido, constituye una buena señal el hecho de que muchos empresarios hayan tomado conciencia de esta distorsión y pongan de manifiesto la deshumanización de la sociedad industrial. Algunos comienzan a incluir en la agenda de la empresa la discusión sobre el nuevo paradigma de la re-uniión, la subjetividad, la espiritualidad y las relaciones de cooperación y de sinergia entre todos, empresarios y trabajadores.

¿Qué es, entonces, la "convivencialidad"? Es la capacidad de hacer convivir las dimensiones de producción y de cuidado, de efectividad y de compasión; la modelación cuidadosa de todo lo que producimos, empleando la creatividad, la libertad y la fantasía; la aptitud para mantener el equilibrio multidimensional entre la sociedad y la naturaleza, reforzando el sentido de mutua pertenencia.

La convivencialidad apunta, en consecuencia, a combinar el valor técnico de la producción material con el valor ético de la producción social y espiritual. Después de haber elaborado la economía de los bienes materiales, debemos desarrollar —con urgencia— la economía de

las cualidades humanas. ¿El gran capital, infinito e inagotable, no es acaso el hombre?

Los valores humanos de la sensibilidad, del cuidado, de la convivencialidad y de la veneración pueden imponer límites a la voracidad del poder-dominación y a la producción-explotación.

En segundo lugar, la convivencialidad se interpreta como la respuesta última a la crisis ecológica, producida por el proceso industrialista de los últimos cuatro siglos. El proceso irresponsable de depredación del ambiente puede provocar una devastación dramática del sistema Tierra y de todas las organizaciones que lo gerencian.

Ese escenario de ninguna manera es improbable. Ha ocurrido antes, con la caída de la bolsa de Wall Street en 1929. En aquella ocasión fue apenas una crisis parcial del sistema capitalista. Ahora se trata de una crisis del sistema global. En un contexto de ruptura generalizada, la primera reacción del sistema imperante será, muy probablemente, aumentar el control planetario y utilizar la violencia masiva para garantizar la manutención del proceso productivo y del sistema financiero. Tal diligencia, en vez de aliviar la crisis, la radicalizará a causa del aumento del desempleo tecnológico y de la ineficacia de las políticas de integración de las víctimas dentro de una única sociedad mundial.

Según Illich, la crisis puede transformarse en una catástrofe de dimensiones apocalípticas. Pero puede ser también una oportunidad única para definir un uso "convivencial" de los instrumentos tecnológicos al servicio de la preservación del planeta, del *bien-estar* de la humanidad y de la cooperación entre los pueblos.

Para llegar a ese nuevo nivel, probablemente la humanidad deba pasar por un nuevo Viernes Santo siniestro que precipitará hacia el abismo la dictadura del *modo-de-ser-trabajo-producción-material*. Sólo entonces podrá haber un Domingo de Resurrección, una reconstrucción de la sociedad mundial sobre la base del cuidado.

El primer párrafo del nuevo pacto social entre los pueblos sobrevivientes definirá el establecimiento sagrado de la auto-limitación y de la obligación a vivir con la justa medida, con cuidado para con la herencia que recibimos del universo, con ternura esencial para con los hombres y con respeto hacia los demás seres de la creación. La producción será entonces “convivencial” pues garantizará los recursos suficientes para atender las necesidades humanas y los adecuados para realizar proyectos solidarios. El hombre habrá aprendido a usar los instrumentos tecnológicos como medios y no como fines; habrá aprendido a *con-vivir* con todas las cosas como sus hermanos y hermanas, tratándolos con reverencia y respeto.

Cuando ese suceso bienaventurado ocurra, se habrá inaugurado el nuevo milenio con la vigencia de un nuevo paradigma de civilización que promoverá la vida, la justicia y la fraternidad.

7. La compasión radical

Esta última resonancia del cuidado —la compasión radical— representa la contribución mayor que el budismo ofreció a la humanidad. La compasión radical es considerada la virtud personal de

Buda, cuyo nombre real era Siddharta Gautama y que vivió entre los siglos VI y V antes de nuestra era.

La compasión se inserta en la experiencia básica del budismo articulando dos movimientos diferentes pero complementarios: el desapego total del mundo mediante la ascesis y el cuidado con el mundo mediante la compasión. A través del desapego, el hombre se libera de la esclavitud del deseo de posesión y de acumulación. A través del cuidado, se *re-une* al mundo afectivamente, responsabilizándose por él.

La *com-pasión* no es un sentimiento menor de “piedad” hacia quienes sufren. No es pasiva sino altamente activa. “*Com-pasión*”, como la etimología latina lo sugiere, es la capacidad de compartir la pasión del otro y con el otro. Se trata de salir de su propio círculo y entrar en la galaxia del otro en tanto otro para sufrir con él, alegrarse con él, caminar junto a él y construir la vida en sinergia con él.

En primer lugar, esa actitud implica renunciar a dominar —y, llevada la dominación al límite, a matar— a cualquier ser vivo, rechazando toda violencia contra la naturaleza. En segundo lugar, intenta construir una comunión a partir de los que sufren más y son castigados en mayor medida. Sólo comenzando por los últimos se abre la puerta a una sociedad realmente integradora e incluyente. La filosofía china del *Feng-shui**, como veremos, propone una forma cuidadosa de tratar la naturaleza y de organizar ecológicamente los jardines y la casa humana.

En el hinduismo* tenemos la *ahimsa*, que corresponde a la *com-pasión* budista. Es la actitud de no violencia a través de la cual se intenta evitar cualquier sufrimiento u opresión a otros seres. Muchos textos sagrados hindúes enseñan a tratar a todos los seres con el mismo

cuidado y la misma reverencia con que tratamos a los niños. Gandhi fue el genio moderno de la *ahimsa*.

La tradición del Tao presenta un concepto semejante: el *wu wei*. Se trata de una virtud activa: armonizar con la medida de cada cosa, dejar ser y no interferir. Al renunciar a las cosas, luchando contra nuestra voluntad de poseer, ejercemos el *wu wei*, es decir, entramos en comunión con las cosas, captamos su danza y juntos danzamos.

El judeo-cristianismo conoce el *rahamim*: la misericordia. En hebreo, *rahamim* significa "tener entrañas" y, con ellas, sentir la realidad del otro, en especial, de quien sufre. Significa, por lo tanto, "con-sentir" más que entender, y mostrar la capacidad de identificación y *com-pasión* con el otro. La misericordia es considerada la característica básica de la experiencia espiritual de Jesús de Nazaret. Él experimentó y anunció un Dios Padre cuya misericordia no tiene límites: "da el sol y la lluvia a justos e injustos" y no deja de "amar a los ingratos y a los malos". Él es el Dios misericordioso con el hijo pródigo, con la oveja descarriada, con la pecadora pública. Es un Padre con características de Madre: muestra misericordia con aquellos que lo llevaron a la cruz.

El Salmo (103) expresa muy bien la esencia divina de la misericordia: "El Señor es rico en misericordia, no está siempre acusando ni guarda rencor para siempre; como padre siente compasión por los hijos y las hijas porque Él conoce nuestra naturaleza y recuerda que somos polvo; la misericordia del Señor es desde siempre para siempre" (versículos 8-17).

En el momento supremo, cuando todo se decida, seremos juzgados con la mínima *com-pasión* y misericordia que hayamos tenido con los

hambrientos, los sedientos, los desnudos y los encarcelados (Mateo 25, 36-41). Ese criterio de *com-pasión* es idéntico entre cristianos, egipcios y tibetanos. Está ampliamente retratado en sus respectivos libros sagrados.

En conclusión: estas son, entre otras, las resonancias que constituyen el eco del cuidado esencial. Se trata de voces diferentes que cantan la misma melodía. Es el amor, la justa medida, la ternura, la caricia, la cordialidad, la convivencialidad y la compasión, que garantizan la humanidad de los seres humanos. A través de esos *modos-de-ser*, los humanos realizan continuamente su *autopoiesis**, vale decir, su autoconstrucción histórica, al tiempo que construyen la Tierra y preservan las tribus con sus culturas, sus valores, sus sueños y sus tradiciones espirituales.

Bibliografía en español

- Alberoni, Francesco ***Enamoramiento y amor***, Barcelona, Gedisa, 1996.
- Doczi, Gyorgy ***El poder de los límites***, Buenos Aires, Troquel, 1996.
- May, Rolo ***Amor y voluntad***, Barcelona, Gedisa, 1995.
- Restrepo, Luis Carlos ***El derecho a la ternura***, Barcelona, Península, 2004.
- Touraine, Alain ***Crítica de la modernidad***, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

CONCRECIÓN DEL CUIDADO

Después de haber delineado el perfil del *modo-de-ser-cuidado*, explicaremos cómo se concreta en diferentes instancias, comenzando por sus formas más frecuentes hasta llegar a las más específicas.

1. Cuidado hacia nuestro único planeta

Nuestro planeta Tierra merece un cuidado muy especial pues es el único que tenemos para vivir y habitar. La Tierra es un sistema de sistemas y un superorganismo de equilibrio complejo, forjado a través de millones y millones de años. A causa del asalto predador del proceso de industrialización que se llevó a cabo durante los últimos siglos, ese equilibrio está a punto de sufrir un rompimiento en cadena. Desde el comienzo de la industrialización, en el siglo XVIII, la población mundial creció ocho veces, consumiendo más y más recursos naturales; sólo la producción, basada en la exploración de la naturaleza, creció más de cien veces. El agravamiento de este cuadro, generado por la mundialización del acelerado proceso productivo, incrementa la amenaza y, consecuentemente, la necesidad de desarrollar un cuidado especial hacia el futuro de la Tierra.

La conciencia colectiva que pesa sobre nuestro bello planeta es escasa y los que podrían concientizar a la humanidad disfrutan del viaje en su Titanic de ilusiones, ignorando que podríamos estar yendo al encuentro de un iceberg ecológico que nos haría hundir rápidamente.

Resulta trágica la falta de instancias dedicadas al gerenciamiento global de los problemas de la Tierra. La Organización de las Naciones Unidas (ONU) tiene en sus manos cerca de 40 proyectos que tratan de problemas globales tales como, por ejemplo, los climas, la deforestación, la contaminación del aire, el suelo y las aguas, el hambre, las epidemias y los problemas de los jóvenes, los ancianos y las migraciones, entre otros. Esa organización se encuentra regida por el viejo paradigma de las naciones imperialistas, que consideran a los estados-naciones y a los bloques de poder, pero no perciben todavía a la Tierra como objeto de cuidado y de una política colectiva de salvación terrenal.

Para cuidar del planeta, todos necesitamos pasar por una "alfabetización" ecológica y revisar nuestros hábitos de consumo. En tal sentido, se torna imperioso desarrollar una ética del cuidado.

El Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF) y la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) elaboraron en forma conjunta una estrategia minuciosa para el futuro de la vida bajo el título ***Cuidando del planeta Tierra (Caring for the Earth, 1991)***. Allí se establecen nueve principios de sustentabilidad* de la Tierra que proyectan una estrategia global fundada en el cuidado:

1. Construir una sociedad sustentable.
2. Respetar y cuidar la comunidad de los seres vivos.
3. Mejorar la calidad de la vida humana.
4. Conservar la vitalidad y la diversidad del planeta Tierra.
5. Mantenerse dentro de los límites de la capacidad de carga del planeta Tierra.

6. Modificar actitudes y prácticas personales.
7. Permitir que las comunidades cuiden de su propio medio ambiente.
8. Generar una estructura nacional para integrar el desarrollo y la conservación.
9. Constituir una alianza global.

Estos principios fundamentan el cuidado esencial hacia la Tierra, que equivale a la ética de un planeta sustentable. Con acierto, el documento ***Cuidando del planeta Tierra*** enfatizaba: “La ética de cuidados se aplica tanto a escala internacional como nacional e individual; ninguna nación es autosuficiente; todos lucrarán con la sustentabilidad mundial y todos estarán amenazados si no conseguimos alcanzarla”. Sólo la ética del cuidado esencial podrá salvarnos de lo peor, porque sólo ella delinearé un horizonte de futuro y esperanza.

2. Cuidado hacia el nicho ecológico propio

El cuidado hacia la Tierra representa lo global, mientras que el cuidado con el propio nicho ecológico representa lo local. El hombre tiene los pies en el suelo (local) y la cabeza abierta al infinito (global). El corazón une suelo e infinito, abismo y estrellas, dimensión local y global. La lógica del corazón es la capacidad de encontrar la medida justa y de construir el equilibrio dinámico.

Para eso, cada persona necesita descubrirse como parte del ecosistema local y de la comunidad biótica, ya sea en su aspecto de naturaleza o en su dimensión de cultura. Precisa conocer a los hermanos y las hermanas que comparten la misma atmósfera, el mismo paisaje, el

mismo suelo, los mismos manantiales, las mismas fuentes de nutrientes. Cada hombre necesita conocer el tipo de plantas, animales y microorganismos que conviven en ese nicho ecológico común. Debe conocer la historia de aquellos paisajes, visitar sus ríos y montañas, frecuentar las cascadas y cavernas. Precisa conocer la historia de las poblaciones que allí vivieron su saga y construyeron su hábitat, cómo trabajaron la naturaleza, cómo la conservaron o la depredaron, quiénes son sus poetas y sabios, héroes y heroínas, santos y santas, los padres/madres fundadores de la civilización local.

Todo eso significa cuidar del propio nicho ecológico, vivenciarlo con el corazón, como su propio cuerpo extendido y prolongado, descubrir las razones para conservarlo y desarrollarlo, obedeciendo a la dinámica del ecosistema nativo.

Lo que vale para el individuo vale también para la comunidad local. Ésta debe recorrer el mismo camino de inserción en el ecosistema local y cuidar del medio ambiente, utilizar sus recursos con moderación, minimizar los desgastes, reciclar los materiales, conservar la biodiversidad. Debe conocer su historia, sus personalidades, su folclore. Debe cuidar su ciudad, sus plazas y lugares públicos, sus casas y escuelas, sus hospitales e iglesias, sus teatros, cines y estadios deportivos, sus monumentos y la memoria colectiva del pueblo. Así, por ejemplo, debe escoger las especies vegetales del ecosistema local para plantarlas en los parques y en las vías públicas, y valorizar la cocina local y regional en los restaurantes.

Ese cuidado hacia el nicho ecológico sólo será efectivo si existe un proceso colectivo de educación en el que la mayoría participe, tenga acceso a información y realice "intercambio de saberes". El proceso debe

tener en cuenta el saber popular contenido en las tradiciones de los ancianos, en las leyendas y en las historias de los indios, caboclos, negros, mestizos, inmigrantes, de los que vivieron primero allí, a fin de confrontarlo y complementarlo con el saber crítico científico. Esos saberes revelan dimensiones de la realidad local y son portadores de la verdad y de un sentido profundo, que deben ser descifrados e incorporados por todos. Lo que resulta de esto es una profunda armonía dinámica del ecosistema*, en la que los seres vivos e inertes, las instituciones culturales y sociales —en suma, todos— encuentran su lugar, interactúan, se acogen, complementan y se sienten en casa.

3. Cuidado hacia la sociedad sustentable*

En la actualidad, casi todas las sociedades están enfermas, ya que producen una mala calidad de vida para todos los seres —humanos y no humanos— de la naturaleza. Y no podría ser de otra manera, ya que se asientan sobre el *modo-de-ser-trabajo*, entendido como dominación y explotación de la naturaleza y de la fuerza del trabajador. Con excepción de las sociedades originarias —como aquellas de los indígenas y de otras minorías en el sudeste de Asia, Oceanía y el Ártico—, todas son rehenes de un tipo de desarrollo que apenas atiende las necesidades de una parte de la humanidad (los países industrializados), dejando a los demás en la privación, cuando no directamente en el hambre y en la miseria. Somos una especie que se mostró capaz de oprimir y masacrar a sus propios hermanos y hermanas de la forma más cruel e impiadosa —sólo en este siglo cerca de 200 millones de personas murieron en guerras, masacres y campos de concentración— y que aún degenera y destruye su base de recursos naturales no renovables.

No se trata únicamente de imponer "**límites al crecimiento**" (como reza el título de la primera solución presentada en 1972 por el Club de Roma) sino de cambiar el tipo de desarrollo. Se dice que el nuevo desarrollo debe ser sustentable* pero no existe el desarrollo en sí sino una sociedad que opta por el desarrollo que desea y que necesita. Debería hablarse de sociedad sustentable* o de un planeta sustentable* como pre-condiciones indispensables para un desarrollo verdaderamente integral.

Sustentable es la sociedad o el planeta que produce suficiente para sí y para los seres de los ecosistemas* donde ella o él se sitúan; que toma de la naturaleza sólo lo que puede reponer; que muestra un sentido de solidaridad generacional al preservar para las sociedades futuras los recursos naturales que éstas necesitarán. En la práctica, la sociedad debe mostrarse capaz de asumir nuevos hábitos y de proyectar un tipo de desarrollo que cultive el cuidado de los equilibrios ecológicos y funcione dentro de los límites impuestos por la naturaleza. Esto no significa volver al pasado sino ofrecer un nuevo enfoque para el futuro común. Tampoco se trata simplemente de no consumir sino de hacerlo de una manera responsable.

El móvil de este tipo de desarrollo no está en la mercancía, ni en el mercado, ni en el estado, ni en el sector privado, ni en la producción de riqueza. Está en la persona humana, en la comunidad y en los otros seres vivos que comparten con ellas la aventura terrenal.

El desarrollo es concebido aquí en el marco de otro paradigma, ya asimilado por ciertos sectores de la ONU. En una conocida declaración sobre el Derecho de los Pueblos al Desarrollo, del 18 de octubre de 1993, la Comisión de los Derechos Humanos de la ONU declaró: "El

desarrollo es un proceso económico, social, cultural y político dominante, que apunta al mejoramiento constante del bienestar de toda la población y de cada persona, sobre la base de su participación activa, libre y significativa, y de la justa distribución de los beneficios resultantes". Nosotros agregaríamos también la dimensión psicológica y espiritual, a fin de incluir al hombre en sentido integral.

Expresado en términos simples: el desarrollo social se orienta a mejorar la calidad de la vida humana en tanto humana. Eso implica promover valores universales: vida saludable y prolongada, educación, participación política, democracia social y participativa (no apenas representativa), garantía de respeto a los derechos humanos y de protección contra la violencia y condiciones para una adecuada expresión simbólica y espiritual, entre otros.

Tales valores sólo se alcanzan si existe un cuidado en la construcción colectiva de lo social, si hay convivencia entre las diferencias, cordialidad en las relaciones sociales, compasión hacia todos aquellos que sufren o se sienten marginados, creando estrategias de compensación e integración. Cuidado especial merecen los enfermos, los ancianos, los portadores de algún estigma social, los marginados y excluidos. En ellos se mide cuánto de sustentabilidad* y de cuidado esencial puso y pone en juego una sociedad.

Además, es importante cultivar la comprensión, la paciencia histórica, la capacidad de diálogo y el sentido de integración creativa respecto del lado *dia-bólico* y *demente* de la historia humana. Tales valores se incluyen en el cuidado esencial.

4. El cuidado hacia el otro: *animus y anima*

No existe solamente una red de relaciones sociales sino también de personas concretas, hombres y mujeres. Como humanos, las personas son seres que hablan y que, mediante su habla, construyen el mundo con sus relaciones. Por eso, el hombre es, en esencia, un ser de relaciones ilimitadas. Tal como señalan los psicólogos modernos —y antes, los filósofos personalistas—, el “yo” se constituye exclusivamente a través del diálogo con el “tú”. En consecuencia, el “tú” posee una anterioridad respecto del “yo”, ya que es quien lo da a luz.

Pero el “tú” no es cualquier cosa indefinida: es, concretamente, un rostro con mirada y fisonomía. Vale decir que el rostro del otro torna imposible la indiferencia. El rostro del otro me obliga a tomar posición porque habla, *pro-voca*, *e-voca* y *con-voca*, en especial, cuando se trata del rostro del pobre, el marginado y el excluido.

El rostro posee una mirada y una irradiación de la que nadie puede substraerse. El rostro y la mirada lanzan siempre una *pro-puesta* en busca de una *res-puesta*. Nace así la *res-ponso-bilidad*, entendida como la obligación de dar *res-puestas*. Aquí encontramos el lugar de nacimiento de la ética que reside en esta relación de *res-ponso-bilidad* ante el rostro del otro, particularmente del “más otro”, que es el oprimido. Es en la acogida o en el rechazo, en la alianza o en la hostilidad para con el rostro del otro, que se establecen las relaciones más primarias del ser humano y se deciden las tendencias de dominación o cooperación.

Cuidar del otro es cuidar que este diálogo, que esta acción de diálogo yo-tú resulte liberadora, sinérgica y constructora de una alianza

perenne de paz y armonización. El otro se da siempre bajo la forma de hombre y de mujer. Son diferentes, pero se encuentran en el mismo terreno común de la humanidad. Ambos realizan, en su modo singular, la esencia humana, profunda y misteriosa. La diferencia entre ellos no es algo cerrado y definido sino abierto y plasmable, pues se encuentra en permanente *inter-acción* y reciprocidad.

En el lenguaje acuñado por C.G. Jung, cada uno posee dentro de sí el *animus* (la dimensión de lo masculino) y el *anima* (la dimensión de lo femenino). El hombre despierta en la mujer su dimensión masculina expresada culturalmente por el *modo-de-ser-trabajo*; la mujer evoca en el hombre su dimensión femenina, concretizada históricamente por el *modo-de-ser-cuidado*.

Cuidar del otro *animus-anima** implica un esfuerzo enorme por superar la dominación de los sexos, desmontar el patriarcado y el machismo, por un lado, y el matriarcado* y el feminismo excluyente, por otro. Exige construir relaciones que propicien la manifestación de las diferencias, no entendidas erróneamente como desigualdades sino como riqueza de la única y compleja sustancia humana. Esa convergencia en la diversidad crea el espacio para una experiencia más global e integrada de nuestra propia humanidad: una manera más "cuidada" de ser.

5. Cuidado hacia los pobres, los oprimidos y los excluidos

Uno de los mayores desafíos que se le plantean a la política orientada por la ética y el *modo-de-ser-cuidado* son, sin duda alguna, los millones y millones de pobres, oprimidos y excluidos de nuestras sociedades. Este antifenómeno resulta de formas altamente injustas de

una forma de organización social hoy mundialmente integrada. En efecto, gracias a los avances tecnológicos, en las últimas décadas se verificó un crecimiento fantástico en la producción de servicios y bienes materiales. Sin embargo, están tan mal distribuidos que dos tercios de la humanidad vive en la mayor pobreza. Nada agrede más al *modo-de-ser-cuidado* que la crueldad para con los propios semejantes.

¿Qué actitud asumir frente a los condenados y vilipendiados de la Tierra? La respuesta a esta pregunta marca una línea que divide, de arriba hacia abajo, las políticas públicas, las tradiciones humanísticas, las religiones y las iglesias cristianas. Día a día, crece la convicción de que las estrategias meramente asistencialistas y paternalistas no resuelven ni resolverán los problemas de los pobres y los excluidos. Antes bien, los perpetúan, ya que los mantienen en condición de dependientes y mendigos, humillándolos por no reconocer su capacidad de transformación de la sociedad.

La liberación de los oprimidos deberá provenir de ellos mismos, en la medida en que se tornen conscientes de la injusticia de su situación, se organicen entre sí y desarrollen prácticas orientadas a transformar estructuralmente las relaciones sociales injustas. La opción por los pobres contra su pobreza y a favor de su vida y libertad constituyó y constituye aún la marca registrada de los grupos sociales y las iglesias que prestaron oídos al grito de los necesitados, sean ellos trabajadores explotados, indígenas, negros discriminados, mujeres oprimidas, minorías marginales, portadores del VIH o de cualquier otra insuficiencia. No son pocos aquellos que, sin padecer estos problemas, se aliaron con los oprimidos para, junto con ellos y desde su misma perspectiva, empeñarse en transformaciones sociales profundas. El compromiso de los oprimidos y sus aliados con un nuevo tipo de

sociedad, superadora de la explotación del ser humano y de la depredación de la Tierra, revela la fuerza política de la dimensión-cuidado.

¿Cuál es el móvil último que subyace a los movimientos de los sin tierra, los sin techo, los privados de derechos sociales, los niños y las niñas de la calle, los ancianos y los campesinos, entre otros, sino el cuidado hacia la vida humana? Es el cuidado y la ternura hacia la inalienable dignidad de la vida lo que lleva a las personas y a los movimientos a protestar, resistir y movilizarse para cambiar la historia. Los profetas antiguos y modernos nos muestran la coexistencia de estas dos actitudes presentes en el cuidado político: la dureza en la denuncia de los opresores y el enternecimiento en el consuelo de las víctimas.

No tiene cuidado con los pobres y los excluidos quien no los ama de manera concreta ni se arriesga por su causa. La consolidación de una sociedad mundial globalizada y el surgimiento de un nuevo paradigma de civilización pasa por el cuidado hacia los pobres, marginados y excluidos, ya que si sus problemas no son atendidos, continuaremos aún en la prehistoria. Podremos haber inaugurado el nuevo milenio, pero no así la nueva civilización ni la era de paz eterna con todos los humanos, los seres de la creación y nuestro espléndido planeta.

6. Cuidado hacia nuestro cuerpo en la salud y en la enfermedad

Cuando hablamos del cuerpo, no debemos pensar en el sentido usual de la palabra, que contrapone cuerpo y alma, materia y espíritu, haciendo del cuerpo una parte del ser humano y no su totalidad. En las ciencias contemporáneas, se prefiere hablar de corporeidad* para

expresar al hombre como un todo vivo y orgánico. Se habla de hombre-cuerpo, hombre-alma para designar dimensiones totales de lo humano.

Esta comprensión deja atrás el dualismo cuerpo-alma e inaugura una visión más global. Entre la materia y el espíritu se encuentra la vida, que es la interacción de la materia que se hace más compleja, se interioriza y se autorganiza. El cuerpo es siempre animado. "Cuidar del cuerpo de alguien", decía un maestro espiritual, "es prestar atención al soplo que lo anima".

En suma, podemos decir que el cuerpo es aquella porción del universo que nosotros animamos, informamos, concientizamos y personalizamos. El cuerpo está formado por el polvo cósmico, que circula en el espacio interestelar desde hace billones de años, antes de la formación de las galaxias, las estrellas y los planetas, un polvo que probablemente sea más antiguo que el sistema solar y la propia Tierra. El hierro que corre por las venas del cuerpo, así como el fósforo y el calcio que fortalecen los huesos y los nervios, y el 18% de carbono y el 65% de oxígeno, demuestran que somos verdaderamente cósmicos.

El cuerpo es un ecosistema* vivo que se articula con otros sistemas más comprensivos. Pertenece a la especie *homo*, que pertenece su vez al sistema Tierra, perteneciente al sistema galáctico y al sistema cósmico. En el cuerpo funciona un sistema interno de regulación de frío y de calor, de sueño y de vigilia, de los fenómenos de la digestión, la respiración y los latidos cardíacos, entre otros.

Más aún: el cuerpo vivo es subjetividad. Bien se dijo que "el cuerpo es nuestra memoria más arcaica" pues en su todo y en cada una de sus partes guarda informaciones del largo proceso evolutivo. Junto con la

vida del cuerpo, se realizan los diversos niveles de la conciencia (la originaria, la oral, la anal, la social, la autónoma y la trascendental) en los que estas memorias se expresan y enriquecen interactuando con el medio.

A través del cuerpo, se muestra la fragilidad humana porque la vida corporal es mortal: va perdiendo su capital energético, sus equilibrios, se enferma y, finalmente, muere. Pero la muerte no llega al final de la vida sino que comienza con el nacimiento. Desde un primer momento, vamos muriendo, lentamente, hasta que terminamos de hacerlo. La aceptación de la mortalidad de la vida nos permite comprender de una manera diferente la salud y la enfermedad.

Quien es sano puede estar enfermo. La enfermedad implica un daño a la totalidad de la existencia. No es una rodilla la que duele: soy yo, en mi totalidad existencial, quien sufre. Por lo tanto, no es una parte que está enferma sino la vida que se enferma en sus varias dimensiones: con relación a sí mismo (experimenta los límites de la vida mortal), con relación a la sociedad (se aísla, deja de trabajar y debe tratarse en un centro de salud), con relación con el sentido global de la vida (crisis en la confianza fundamental de la vida: se pregunta "¿Por qué justo yo estoy enfermo?").

La enfermedad remite a la salud. Toda cura debe restituir las dimensiones de la vida sana, en el nivel personal, social y en aquel fundamental en que expresa respeto por el sentido supremo de la existencia y del universo. Por eso, el primer paso consiste en reforzar la dimensión-salud para que ella cure la dimensión-enfermedad.

Para reforzar la dimensión-salud debemos enriquecer nuestra comprensión de la salud. No podemos entenderla como la ideología dominante con sus técnicas sofisticadas y sus innumerables cócteles de vitaminas. La salud es concebida como "salud total", como si fuera un fin en sí misma, sin responder a la cuestión básica: *¿Qué hago en la vida con mi salud?* Nos distanciamos de la conocida definición de salud elaborada por la Organización Mundial de la Salud (OMS) de la Naciones Unidas que reza: "Salud es un estado de bienestar total, corporal, espiritual y social, y no apenas la inexistencia de enfermedad y debilidad".

Esa comprensión no resulta realista pues parte de una suposición falsa según la cual es posible una existencia sin dolor y sin muerte. Es también inhumana en la medida en que no recoge la concreción de la vida que es mortal. No descubre dentro de sí la muerte y sus acólitos: los malestares, las debilidades, las enfermedades, la agonía y la despedida final. Agrega incluso que la salud no es un estado sino un proceso permanente de búsqueda del equilibrio dinámico de todos los factores que componen la vida humana. Todos esos factores están al servicio de la persona para que tenga la fuerza necesaria para ser una persona, es decir, un ser autónomo, libre, abierto y creativo ante las distintas circunstancias que deberá enfrentar.

La fuerza de ser persona implica la capacidad de acoger la vida tal como es, con sus potencialidades y en su entusiasmo intrínseco, pero también en su finitud y en su mortalidad. La fuerza de ser persona traduce la capacidad de convivir, de crecer y humanizarse con estas dimensiones de la vida, de la enfermedad y de la muerte.

Los conceptos de "salud" y "cura" designan el proceso de adaptación y de integración de las más diversas situaciones, en las que se da la salud, la enfermedad, el sufrimiento, la recuperación, el envejecimiento y el transitar con calma hacia el gran pasaje de la muerte. La salud, por lo tanto, no es un estado ni un acto existencial sino una actitud hacia diferentes situaciones, que pueden ser enfermas o sanas. Ser persona no es simplemente tener salud; es saber enfrentar en forma saludable la enfermedad y la salud. Ser saludable significa dotar a la propia vida de un sentido que englobe la salud, la enfermedad y la muerte. Alguien puede estar mortalmente enfermo y ser saludable porque con esa situación de muerte crece, se humaniza y sabe dar sentido a aquello que padece.

Como dice un conocido médico alemán: "Salud no es la ausencia de daños. Salud es la fuerza de vivir con esos daños". Salud es acoger y amar la vida así como se presenta, alegre y trabajosa, saludable y enferma, limitada y abierta a lo ilimitado que vendrá más allá de la muerte.

¿Qué significa cuidar de nuestro cuerpo, entendido de esta manera? Una inmensa tarea. Implica cuidar de la vida que lo anima, cuidar del conjunto de las relaciones con la realidad circundante, relaciones que pasan por la higiene, por la alimentación, por el aire que respiramos, por la forma en que nos vestimos, por la manera en que organizamos nuestra casa y nos situamos dentro de un determinado espacio ecológico. Ese cuidado refuerza nuestra identidad como *seres-de-relaciones* infinitas. Cuidar del cuerpo significa buscar la asimilación creativa de todo lo que nos pueda ocurrir en la vida, compromisos y trabajos, encuentros significativos y crisis existenciales, éxitos y

fracasos, salud y sufrimiento. Sólo así nos transformamos, cada día más, en personas maduras, autónomas, sabias y plenamente libres.

7. Cuidado hacia la cura integral del hombre

La cura integral del hombre es tan importante que demanda una prolongación de nuestra reflexión anterior. En las grandes tradiciones terapéuticas de la humanidad, siempre existió la percepción de que la cura es un proceso global, que involucra a la totalidad del ser humano y no apenas a la parte enferma. Remontémonos a nuestra tradición occidental ligada a la figura de Asclepio (entre los griegos) o de Esculapio (entre los latinos). De esa tradición proviene el padre de la medicina clásica y moderna, Hipócrates (440-377 aC).

Asclepio fue, históricamente, un héroe curador que tenía su centro en el templo de Epidauro, en el corazón de la Grecia antigua. Por más de mil años, concurren al templo enfermos de todas partes del mundo conocido. La eficacia de sus métodos era tal que, después de su muerte, Asclepio fue divinizado. Como hombre y como dios, señaló que la cura era completa si resultaba de la intervención humana y divina, si era corporal y espiritual.

En el pórtico de su templo, los enfermos podían leer el lema básico de su medicina: *Puro debe ser aquel que entra en el templo perfumado. Pureza es tener pensamientos saludables.*

Su medicina recibía el nombre de *nooterapia*, terapia de la mente (*noos*, en griego, significa "mente") e implicaba un proceso de redefinición de actitudes y valores. Hasta hoy, los cristianos llaman a

eso “conversión” (*metanoia*). Los pecados (*harmatai*) —es decir, las actitudes desarmónicas para consigo mismo y con los otros, con el Cosmos y con la Fuente originaria de todo— desencadenan procesos que afectan el equilibrio físico-psíquico-espiritual del ser humano. En otras palabras, producen enfermedades.

La cura ocurre cuando se crea un nuevo equilibrio humano. Entonces, el pecado-enfermedad da lugar a la gracia-cura. En el templo de Epidauro, las curas eran procesadas de manera holística, a través de métodos diferenciados: por la danza, la música, la gimnasia, la poesía, los ritos y el sueño sagrado. Allí estaba el *Abaton*, santuario donde los enfermos dormían con el fin de tener sueños de comunión con la divinidad que los tocaba y los curaba. Había un *Odeon*, local donde se podía escuchar música tranquilizadora y se leían poemas sagrados. Había un *Gimnasio*, donde se hacían ejercicios físicos integradores de la mente y el cuerpo. Había un *Estadio* para deportes de competición controlada que permitían mejorar el tono corporal. Había un *Teatro*, para la dramatización de las situaciones complejas de la vida, desdramatizarlas y facilitar la cura. Había una *Biblioteca*, donde se podían consultar libros, admirar obras de arte y participar en discusiones sobre los más diversos asuntos. Todo esto, ya en aquellos tiempos, era visto como forma de terapia holística. La moderna medicina alternativa no hace otra cosa sino rescatar esta memoria terapéutica de nuestra propia tradición que fue reemplazada por el paradigma cientificista dominante, que intenta la cura enfatizando el tratamiento de las partes enfermas con la química de los remedios sin la consideración de todo lo humano.

Fue en este contexto integrador del cuidado total del ser humano que el poeta Décimo Junio Juvenal (60-130 dC) escribió el famoso verso criticando los excesos culinarios de los romanos:

“Debe buscarse una mente sana en un cuerpo sano”. “*Orandum est ut sit mens sana in corpore sano*” (Satiras X, 356).

Muchas academias de gimnasia actuales incorporan ese lema —*mens sana in corpore sano*— casi siempre olvidando la dimensión espiritual de la mente (*mens sana*) y enfatizando apenas la exuberancia muscular del cuerpo (*corpore sano*). El arte terapéutico es más que médico; es integral y, por lo tanto, fundamentalmente espiritual.

En conclusión, cuidar nuestra salud significa mantener nuestra visión integral, buscando un equilibrio siempre por construir entre el cuerpo, la mente y el espíritu, y convocar al médico (cuerpo), al terapeuta (mente) y al sacerdote (espíritu) para que trabajen juntos y orientados hacia la totalidad del ser humano.

8. Cuidado hacia nuestra alma: los ángeles y los demonios interiores

El alma, a semejanza con el cuerpo, representa la totalidad del ser humano en la medida en que él es un ser vivo con interioridad y subjetividad (“*anima*”, en latín, significa “ser vivo”, de donde deriva “animal”). Desde el primer momento posterior al *big-bang*, cuando se formaron los primeros campos energéticos y se forjaron las primeras unidades relacionales, el alma comenzó a surgir y a hacerse más compleja hasta que, en el nivel humano, después del surgimiento del

cerebro y de la base neuronal, se tornó refleja y autoconciente. Posiblemente este hecho ocurrió a partir del *homo ardiritecus ramidos* (hace 4,5 millones de años), pasando por el *homo habilis* (hace cerca de 2 millones de años), por el *homo erectus* (hace 1,6 millones de años), por el *homo sapiens arcaicus* (hace 250.000 años), hasta culminar en el *homo sapiens sapiens*, hace 150.000 años. De este último, con la conciencia plenamente reflexiva, somos descendientes directos.

Hoy conocemos los niveles de este tipo de conciencia y su capacidad de archivar informaciones del proceso evolutivo. Esto significa que la conciencia humana guarda marcas de la gran explosión primordial, del fragor de las explosiones de las grandes estrellas rojas que esparcieron sus materiales pesados por todo el universo; conserva la memoria de las circunvoluciones de nuestro sistema galáctico, solar y planetario, de los "dolores de parto" de la formación de nuestra "casa común", la Tierra; conserva el estremecer de la primera célula viva hace 3,8 millones de años; guarda en sí las señales de la violencia devastadora de los dinosaurios, de la capacidad unificadora del primer cerebro en los reptiles, de la ternura de los primeros mamíferos, de las alegrías de la sociabilidad de nuestros ancestros antropoides; recuerda la luz del primer acto de intelección, de la creatividad del habla ordenadora del mundo; en fin, de los grandes sueños de simpatía y convivencia, así como de los miedos ante las amenazas del medio y la lucha por la supervivencia. Las experiencias buenas y traumatizantes en la relación con los padres, con el hombre y la mujer, con el nacimiento, el dolor y la muerte, con el Sol, la Luna y las estrellas, con la grandeza del cielo estrellado, dejaron matrices en el alma humana cuya fuerza de actuación se hace presente hasta hoy. Es nuestra memoria ancestral y actual.

En cierto modo, todo está guardado dentro de la conciencia humana bajo la forma de la memoria (subatómica, atómica, mineral, vegetal, animal, humana), en los arquetipos, sueños, visiones, símbolos, pasiones y emociones que habitan nuestra interioridad. Somos portadores de ángeles y demonios, de fuerzas *sim-bólicas* que nos animan a la unidad y la cooperación, y de fuerzas *dia-bólicas* que disgregan y destruyen nuestra esencia.

Sin embargo, el hombre es portador de libertad y responsabilidad. La libertad le es dada como capacidad de modelar esa materia ancestral y el mundo a su alrededor. La libertad le es dada como posibilidad para decidir si cultiva los ángeles buenos o los demonios interiores. A él le cabe crear una medida justa de equilibrio, sacando partido de la energía de los ángeles y de los demonios, y colocándola al servicio de un proyecto que se afina con la sinergia y la cooperación del universo. Es su chance de felicidad o de tragedia.

He aquí un gran desafío: el de cuidar nuestra alma entera. Cuidar de los sentimientos, de los sueños, de los deseos, de las pasiones contradictorias, de lo imaginario, de las visiones y de las utopías que guardamos escondidas en el corazón. ¿Cómo domesticar esas fuerzas para que sean constructivas y no destructivas? ¿De acuerdo con qué sentido de la vida ordenamos todas estas dimensiones? El cuidado es el camino y ofrece una dirección cierta.

9. Cuidado hacia nuestro espíritu, los grandes sueños y Dios

El ser humano-cuerpo-alma tiene una singularidad: puede sentirse parte del universo y conectado con él; puede entenderse como hijo o hija de la Tierra, un ser de interrogaciones últimas, de responsabilidad por sus actos y por el futuro común con la Tierra. Él no puede abstraerse de preguntas que le brotan en forma ineludible: *¿Quién soy? ¿Cuál es mi lugar dentro de esta mirada de seres? ¿Por qué he sido lanzado en este minúsculo planeta Tierra? ¿De dónde proviene el universo entero? ¿Quién se esconde detrás del curso de las estrellas? ¿Qué podemos esperar más allá de la vida y la muerte? ¿Por qué lloramos la muerte de nuestros parientes y amigos y la sentimos como un drama sin retorno?*

Formular semejantes preguntas es propio de un ser portador de espíritu. Espíritu es aquella instancia del ser humano cuerpo-alma donde él escucha estos interrogantes e intenta darles una respuesta, ya sea a través de historias mitológicas, de pinturas en las paredes de cavernas —como en Cromagnon, Francia, y en las grutas de San Raimundo Nonato en Piauí, Brasil— o de sofisticadas filosofías, ritos religiosos y conocimientos proporcionados por las ciencias empíricas. El hombre, como ser hablante e interrogante, es un ser espiritual.

Otro dato suscita la dimensión de espíritu: la capacidad humana de crear sentidos e inventar símbolos de manera continua. El hombre no se contenta con hechos. En ellos discierne valores y significaciones. Percibe las cosas que son siempre más que cosas, porque se transforman en indicaciones de mensajes que deben ser decodificados. Daremos algunos ejemplos.

Ante el río Amazonas permanecemos completamente fascinados, llevamos a cabo la experiencia de la majestad. Al penetrar la floresta, contemplamos su inigualable biodiversidad y quedamos denodados ante la inmensidad de los árboles, de las aguas, de los animales y de las voces de todos los timbres: experimentamos la grandeza. Ante esa grandeza, nos sentimos seres frágiles e insignificantes, entonces irrumpe en nosotros el temor y el respeto silencioso, y experimentamos la limitación y la amenaza.

Cuando vivenciamos la fascinación del amor, experimentamos un valor absoluto, capaz de transfigurar todo. Hacemos de la persona amada una divinidad, transformamos el brillo del sol en una cascada de oro y convertimos la dureza del trabajo en una ocupación placentera.

Al ver la mano suplicante de un niño hambriento, somos asaltados por la compasión y mostramos generosidad. Todas esas experiencias son expresiones del espíritu que cada uno de nosotros somos.

Pero hay una experiencia atestiguada desde los comienzos de la hominización: la experiencia de lo Divino en el universo, en la vida y en la interioridad humana. ¿Cómo no reconocer, por detrás de las leyes de la naturaleza, a un supremo Legislador? ¿Cómo no admitir en la armonía de los cielos la acción inteligente de una infinita Sabiduría, y en la existencia del universo, la exigencia de un Creador?

El hombre llama a esa suprema Realidad con miles de nombres o simplemente le da el nombre de Dios. Siente que Él arde en su interior bajo la forma de una presencia que lo acompaña y lo ayuda a discernir entre el bien y el mal. El soplo vital le permite crecer, trabajar enfrentar obstáculos, alcanzar sus propósitos y vivir con esperanza. Ese soplo

reside en el hombre, pero lo trasciende. No está en su poder manipularlo, crearlo o destruirlo. El hombre se encuentra a merced de él. ¿No constituye esto, acaso, un indicio de la presencia de Dios en su interior?

El hombre puede cultivar el espacio de lo Divino, abrirse al diálogo con Dios, confiar a Él el destino de la vida y encontrar en Él el sentido de la muerte. Surge entonces la espiritualidad que da origen a las religiones. Ellas expresan el encuentro con Dios en los códigos de las diferentes culturas.

Los sabios de todos los pueblos pregonaron desde siempre que sin el cultivo de este espacio espiritual, el hombre se sentirá infeliz y enfermo, como un vagabundo sediento en busca de una fuente que no encuentra en ningún lugar. Pero si acoge el espíritu de Aquél que lo habita, se colmará de luz, de serenidad y de felicidad eterna.

Cuidar del espíritu significa cuidar de los valores que imprimen un rumbo a nuestra vida y de las significaciones que generan esperanza más allá de nuestra muerte. Cuidar del espíritu implica colocar los compromisos éticos por encima de los intereses personales o colectivos. Cuidar del espíritu demanda alimentar la brasa interior de la contemplación y la oración para que nunca se apague. Significa, en especial, cuidar de la espiritualidad experimentando a Dios en todo y permitiendo su permanente nacer y renacer en el corazón. Entonces, podremos prepararnos con serenidad y jovialidad para la última travesía y el Gran Encuentro.

10. Cuidado hacia la Gran Travesía: la muerte

La entropía* se manifiesta en todas partes y también en la trama de nuestra vida, hasta consumir todo nuestro capital energético. Entonces, morimos y sobreviene el fin del hombre-cuerpo. Pero, ¿qué sucede con el hombre-alma-espíritu? ¿Cuál es su destino? El hombre-alma-espíritu transita otro derrotero, porque al emerger en este mundo comienza a nacer, y va naciendo cada día más, hasta terminar de nacer.

Una analítica existencial atenta revela la presencia de dos curvas en la existencia humana: la curva del hombre-cuerpo y la curva del hombre-alma-espíritu.

La curva del hombre-cuerpo obedece a aquel primer derrotero: nace, crece, madura, envejece y muere. La muerte no viene desde fuera sino que se procesa dentro de la vida como pérdida progresiva de la fuerza vital.

La otra curva, la del hombre-alma-espíritu, sigue una trayectoria inversa. Nace, comienza como una pequeña señal que va creciendo y realizando diversas potencialidades, como hablar, relacionarse, amar... Va naciendo más y más hasta terminar de nacer.

Pero, ¿cuándo termina de nacer el hombre? Cuando las dos curvas existenciales se cruzan. En ese cruce ocurre la muerte real.

¿Qué significa la muerte? Para el hombre-cuerpo, la muerte representa el final de una caminata por este mundo espacio-temporal. Para el hombre-alma-espíritu, la muerte significa la posibilidad de una plena realización de sus dinamismos latentes, que no conseguían

irrumper debido a los condicionamientos del tiempo y del espacio. La muerte del hombre-cuerpo cumple la función de derribar todas las barreras; así, el hombre-alma-espíritu se libera de todas las amarras y su impulso interior puede realizarse según la lógica infinita. La inteligencia, que veía en el claroscuro, ahora ve a plena luz; la voluntad, que se sentía condicionada, ahora irrumpe para la comunión inmediata con su objeto de deseo; el cuidado esencial, que se ejercía en forma ambigua, ahora encuentra su plena autenticidad; el cuerpo, que nos permitía la comunión y el alejamiento de los otros, es percibido ahora como una expresión plena de nuestra unión con la totalidad del cosmos.

En la muerte se da, entonces, el verdadero nacimiento del hombre, que implota y explota hacia dentro de su plena identidad. El cristianismo llama "resurrección" a ese momento de absoluta realización. La resurrección es mucho más que reanimar un cadáver y regresar al hombre a su vida anterior: es la plena concretización de las virtualidades presentes en el ser humano. Los apóstoles dieron testimonio de que ese hecho bienaventurado se realizó en la persona de Jesús de Nazaret en el momento de su muerte en la cruz. Por eso se presenta a Jesús como el "Adán novísimo" (1Cor 15,45), la nueva criatura que tocó el final de los tiempos, símbolo real de que el hombre puede nacer definitivamente.

Desde esta perspectiva, no vivimos para morir sino que morimos para resucitar, para vivir más y mejor. La muerte implica la metamorfosis hacia ese nuevo modo de ser en plenitud. Al morir, el hombre deja tras sí un cadáver, como un capullo que contenía la crisálida. Al caer el capullo, irrumpe la mariposa; la vida en su completa identidad es la resurrección en la muerte.

El sentido que damos a la vida depende del sentido que damos a la muerte. Si la muerte es el fin último, entonces de poco valen tantas luchas, empeño y sacrificio. Pero si la muerte es el fin-meta-alcanzada, entonces vivir es un peregrinar hacia la fuente. La muerte pertenece a la vida, representa el modo sabio que la propia vida encontró para llegar a una plenitud negada en este universo, demasiado pequeño para su impulso y demasiado estrecho para su ansia de infinitud. Porque sólo el Infinito puede saciar una sed infinita.

Cuidar nuestra Gran Travesía es internalizar un concepto esperanzador de la muerte. Es cultivar nuestro deseo de infinitud, impidiendo que éste se identifique con objetos finitos; es meditar, contemplar y amar el Infinito como nuestro verdadero objeto del deseo. Significa creer que, al morir, caeremos en sus brazos para el abrazo sin fin y para la comunión infinita y eterna. En suma, cuidar nuestra Gran Travesía es realizar la gran experiencia de los místicos: la vida amada en el Amado transformada.

Bibliografía en español

Campbell, Joseph ***El héroe de las mil caras***, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Capra, Fritjof ***El punto crucial***, Buenos Aires, Troquel, 1992.

Einstein, Albert ***Así lo veo yo***, Buenos Aires, Longseller, 2005.

Lovelock, James ***Edades de Gaia***, Barcelona, Tusquets, 1993.

PATOLOGÍAS DEL CUIDADO

Todo reto que aceptamos se nos puede volver en contra. Por ser simultáneamente *sapiens* (inteligente) y *demens* (demente), el hombre vive una ambigüedad estructural: su bondad nunca es enteramente buena ni su maldad, completamente mala. En él se mezclan el bien y el mal, lo *dia-bólico* y lo *sim-bólico*, la insensatez y la sabiduría, el cuidado esencial y el descuido fatal. Dado que esa situación no puede superarse por completo, debemos asumirla de manera realista, sin llorar ni reírnos de ella, sino tratando de aprender las lecciones que nos revela.

Sin duda que la primera lección es la siguiente: *debemos ejercer la compasión para con nosotros mismos*. Por más que nos corriamos, siempre habrá remanentes distorsionados que debemos aceptar con cierto humor y jovialidad.

Existen quienes están obsesionados por la virtud perfecta y se torturan a sí mismos, aterrorizan a los demás y viven de mal humor por confrontarse, a cada momento, con sus propios límites y fracasos.

Sabio fue el filósofo Immanuel Kant quien, en 1784, en su obra ***Idea de una historia universal desde el punto de vista cosmopolita***, nos dejó la siguiente sentencia: “El ser humano es una madera con tantos nudos que no pueden tallarse con ella vigas rectas”. ¡Tal es la *condition humaine!*

Por lo tanto, cabe acoger los propios límites con humildad, sin lamentarse, porque algunos son simplemente insalvables. Somos seres de la incompletitud, no somos Dios.

Sin embargo, anclados en esta constatación, existen también quienes se resignan y dejan de buscar mejoras para la condición humana. Se entregan a la gravedad que empuja hacia abajo y a la comodidad de quien desciende por una ladera. Ellos se encuentran, por lo general, tristes porque perdieron el entusiasmo y la alegría de vivir. De esta resignación al cinismo hay apenas un paso.

De esto podemos extraer una segunda lección: *el hecho de cargar siempre una sombra de descuido, no invalida la búsqueda permanente del cuidado esencial*. El descuido inherente a nuestra condición humana, más que un obstáculo, constituye un desafío para la vivencia del cuidado esencial y de sus formas alternativas y más perfeccionadas. El cuidado no es una meta a alcanzar sólo al final del camino sino un principio que acompaña al hombre en cada paso, en cada momento, a lo largo de toda su vida terrenal, como bien lo sentenció Saturno en la fábula-mito de Higinio. Por lo tanto, siempre es posible incrementar la práctica del cuidado en toda circunstancia, en las buenas y en las malas. Una actitud de estas características genera una discreta alegría y le resta gravedad a la vida.

1. La negación del cuidado esencial

Así como la peor enfermedad es negar su existencia, la peor aberración del cuidado es su negación. En consecuencia, el hombre se entrega totalmente a la lógica del *modo-de-ser-trabajo-depredador*, a la

voluntad desenfrenada de poder, a la autoafirmación con exclusión de los otros y al maltrato de las personas, de la casa, de la cosa pública y de sí mismo. Aquí nos encontramos con el retraimiento del hombre sobre su propio horizonte que, al negar la esencia de su ser-cuidado, se torna cruel consigo mismo. El resultado es un proceso de deshumanización y de embrutecimiento de las relaciones equivalente a la categoría teológica del infierno, donde se rechaza la relación y se ahoga la capacidad de ternura y de amor, lo que bíblicamente se llama también “tribulación de la desolación”. A partir de este punto, efectivamente, todo es posible... ¡hasta lo imposible!

2. El exceso de cuidado: la obsesión

Existen quienes tienen exceso de cuidado, lo que da lugar a su exacerbación. La persona se vuelve, en consecuencia, obsesiva por preocuparse demasiado por cuidar todo y de todos. “El exceso de verdad —bien decía Pascal— es peor que el error”. Tampoco se puede llegar al extremo de ser sólo cuidado. El cuidado es la esencia del hombre pero el hombre no es sólo su esencia sino también su historia zigzagueante, las resonancias del cuidado y las limitaciones que cabe asumir y perdonar.

Es en el lenguaje donde el obsesivo se pone continuamente de manifiesto. En todo momento repite: “¡Cuidado... cuidado... cuidado...!”. Tanto cuidado termina por quitar espontaneidad a las personas, quienes se sienten continuamente incómodas y sin la energía necesaria para experimentar el cuidado esencial, entre aciertos y errores.

El exceso de cuidado para con uno mismo da lugar al narcisismo, la vanidad y la afectación. Hay personas que pasan horas delante de un espejo, que cuidan de su acné con tanto empeño como si estuvieran custodiando del curso de las estrellas. Otras son tan cuidadosas en todo lo que hacen que siempre están retrasadas, llegan tarde a todas partes e irritan a los demás porque les hacen perder el tiempo.

El exceso de cuidado causa un perfeccionismo inmovilizador. Están los que ponen tanto cuidado en todo que nunca llegan a terminar lo que empezaron, perdiendo así oportunidades únicas, negocios ventajosos y chances de crecimiento. No sin razón se sienten siempre insatisfechos, acumulando cosas sobre cosas y agregando detalles sobre detalles. En el límite, quedan inmovilizados.

3. La carencia de cuidado: el descuido

Existen, por otra parte, quienes cuidan de menos: son los descuidados y displicentes. Estas personas por lo general no consiguen ser virtuosas en lo que hacen porque perdieron su centro por haber acaparado demasiadas tareas o por no haber puesto todo su empeño en lo que hacen. Las cosas quedaron entonces mal hechas, dispersas, desordenadas, confusas, caóticas, es decir: "descuidadas". Y la persona se impacienta, pierde la calma y la serenidad.

Afirmábamos que el cuidado surge cuando se encuentra la justa medida, a mitad de camino entre el *modo-de-ser-trabajo* como exploración y el *modo-de-ser-cuidado* como plasmación. Por eso, el cuidado no convive ni con el exceso ni con la carencia, sino que es el punto ideal de equilibrio entre uno y otra.

La tarea humana consiste en construir ese equilibrio mediante el autocontrol y la moderación, pero sobretodo con la ayuda del Espíritu de vida que nunca falta, porque Él es —según un himno medieval cantado hasta hoy en la liturgia de Pentecostés— “la quietud en el trabajo, la frescura en el calor y el consuelo en las lágrimas”. Se trata, en suma, de un equilibrio dinámico.

Bibliografía en español

Restrepo, Luis Carlos ***El derecho a la ternura***, Barcelona, Península, 2004.

FIGURAS EJEMPLARES DEL CUIDADO

El *modo-de-ser-cuidado* sólo convence de verdad cuando se transforma en saga dentro de la historia de las personas y modela las situaciones existenciales.

1. El cuidado de nuestras madres y abuelas

Existen figuras que concentran e irradian cuidado de manera privilegiada: nuestras madres y las madres de nuestras madres, nuestras abuelas. No precisamos detallar esta experiencia, ya que es originaria en cada persona porque el primer "continente" que los niños conocen es su madre. Ser madre es más que una función: es un *modo-de-ser* que engloba todas las dimensiones de la mujer-madre, su cuerpo, su psique y su espíritu. Con su cuidado y cariño la madre sigue criando a sus hijos e hijas durante toda la vida, y aun cuando hayan muerto, ellos permanecerán siempre en su corazón materno. En los momentos de peligro, las madres son invocadas como referencia de confianza y salvación. Es a través de las madres que cada uno aprende a ser madre de sí mismo, en la medida en que aprende a aceptarse, a perdonar las propias debilidades y a alimentar el sueño de un Gran Útero acogedor de todos. Representan también el modo de ser madre las educadoras y educadores que se entregan al cultivo del crecimiento humano, mental y espiritual de los educandos, las enfermeras que cuidan de sus enfermos y tantas otras personas que, de manera anónima, se desvelan por el cuidado de otro.

2. Jesús, un ser dedicado al cuidado

Jesús de Nazaret es, con Buda, una de las figuras religiosas que mejor encarna el *modo-de-ser-cuidado*. Reveló a la humanidad el Dios-cuidado probando a Dios como Padre y Madre divinos que cuidan hasta de cada uno de nuestros cabellos, de la comida de los pájaros, del sol y la lluvia para todos (cf. Mt 5, 45; Lc 21, 18). Jesús mostró un cuidado especial hacia los pobres, los hambrientos, los marginados y los enfermos. Su corazón se colmaba de compasión y curaba a muchos. En un hecho inusitado para la época, tomó a varias mujeres como discípulas (Lc 8, 2-3), cultivó un amor tierno hacia las amigas Marta y María (Jo 11, 20-28; Lc 10, 38-42), y no escapó a las señales eróticas de una pecadora pública que besaba sus pies y los ungía con perfume (Lc 7, 37-39).

Hizo de la misericordia la llave de su ética. Es por la misericordia que los seres humanos llegan al Reino de la Vida, ya que sin misericordia no hay salvación para nadie (Mt 25, 36-41). Las parábolas del buen samaritano, que muestra compasión por el caído en el camino (Lc 10, 30-37), así como la del hijo pródigo, acogido y perdonado por el padre (Lc 15, 11-32), son expresiones ejemplares del cuidado y de plena humanidad.

Mientras moría en la cruz, cuidó de los ladrones crucificados a su lado y de su madre, entregándola a los cuidados de su discípulo predilecto, Juan (Jo 19, 26-27). Jesús fue un ser dedicado al cuidado. El evangelista Marcos dice con extrema agudeza: "Él hizo bien todas las cosas, hizo oír a los sordos y hablar a los mudos" (Mc 7, 37). Practicó un cuidado integral hacia la vida.

3. Francisco de Asís: la fraternidad del hermano universal

En la tradición occidental, Francisco de Asís (1182-1226) es visto como una figura ejemplar de gran irradiación. Todo en su vida está determinado por un extremo cuidado hacia la naturaleza, los animales, las aves y plantas, los pobres y especialmente con su amiga Clara de Asís.

Gracias a su fina percepción, sentía un lazo de fraternidad y de solidaridad que une a todos los seres. Con ternura, llamaba a todos hermanos y hermanas, al Sol, a la Luna, a las hormigas y al lobo de Gubbio. Las cosas tienen corazón y él sentía sus pulsaciones colmándose de veneración y respeto por cada ser, por pequeño que fuera. En los huertos, las hierbas dañinas tenían también su lugar porque, a su manera, ellas también loaban al Creador.

Los biógrafos de aquel tiempo, como los hermanos Tomás de Celano y San Buenaventura, testimonian el impacto de tanta delicadeza. Afirman que Francisco “rescató la inocencia original”, que era “el hombre nuevo, dado al mundo por el cielo” y que representaba “el evangelista de los nuevos tiempos”. Efectivamente, de cara a las demandas de nuestra cultura ecológica mundial, reconocemos su gran actualidad. Somos viejos, porque todavía estamos aferrados al *modo-de-ser del trabajo-dominación-agresión* de la naturaleza. San Francisco, en cambio, resulta verdaderamente alternativo a causa de su radical *modo-de-ser-cuidado* con respeto, veneración y fraternidad hacia todas las cosas.

En un pergamino del convento de Monte della Alverna, allí donde recibió en su cuerpo los sagrados estigmas, se conservó su último adiós

a las criaturas. Estando muy enfermo y pronto a morir, se despidió del Fray Masseo, de la hermana roca y del hermano halcón. Por último, dijo: *“Io mi parto da voi con la persona, ma vi lascio il mio cuore”*, lo que significa: “Mi persona se aparta de ustedes, pero les dejo mi corazón”. En efecto, el corazón de Francisco representa un estilo de vida, la expresión genial del cuidado, una práctica de cofraternización y un renovado encantamiento por el mundo. Recrear ese corazón en las personas y rescatar la cordialidad en las relaciones podrá suscitar en el mundo actual la misma fascinación por la sinfonía del universo y el mismo cuidado con la hermana y Madre Tierra como fueron vividos de manera paradigmática por San Francisco.

4. La Madre Teresa de Calcuta: el principio de misericordia

Sin duda que uno de los arquetipos contemporáneos del cuidado esencial es la religiosa católica Madre Teresa de Calcuta (1910-1997). Nacida en Albania, desde 1928, trabajó como misionera y profesora en un internado de la India. Todo seguía el ritmo normal de una escuela cuando en 1946, mientras viajaba en tren, dijo haber escuchado una voz clara que le ordenaba dejar el convento para ayudar a los pobres viviendo entre ellos. Ella entendió que se trataba de un llamado divino y así, a los 38 años de edad, abandonó el monasterio y cambió su pesado hábito negro por un práctico y barato sahari de algodón. Se estableció en la miserable periferia de Calcuta, en una suerte de establo, viviendo de arroz y sal junto a los pobres, sirviendo a los pobres. A medida que fueron llegando seguidoras, fundó la Orden de las Misioneras de la Caridad. Además de los tres votos —pobreza, obediencia y castidad—, ella impuso a las integrantes un cuarto: “dedicarse, de todo corazón y libremente, al servicio de los más pobres de los pobres”.

En Calcuta, hay miles y miles de pobres que nacen, viven y mueren en la calle. Por eso, la Madre Teresa se ocupó de fundar más tarde la Casa de los Moribundos, a quienes recogía de las calles y los llevaba a aquél sitio para que pudieran morir con dignidad. Comenzó de ese modo una obra de compasión y misericordia que se extendió por muchas ciudades de la India, Pakistán y otros países, siempre con el fin de conferir dignidad y humanidad a quienes estaban muriendo.

La Orden de las Misioneras de la Caridad cultivó un carisma ligado directamente a la ternura vital, el carisma de tocar a las personas en su piel, en sus cuerpos y en sus llagas. “Tocadlos, lavadlos, alimentadlos”, insistía la Madre Teresa a sus hermanas y a los muchos voluntarios que desde todo el mundo acudían para ayudarla en sus obras. Otras veces decía: “Entrega a Cristo al mundo, no lo mantengas para ti mismo, y al hacerlo, usa tus manos”. Su biógrafa, Anne Sebba, comenta: “La capacidad de tocar, con sus implicaciones más amplias, resulta especialmente importante en la India, donde el concepto de “intocabilidad” es tan real; este es el verdadero espíritu misionero en acción; es más importante tocar que curar”. La mano que toca, cura porque lleva caricia, devuelve confianza, recibe al otro y le dispensa cuidado. La mano hace nacer la esencia humana en aquellos que son tocados.

En 1979, la Madre Teresa ganó el Premio Nobel de la Paz y le dio su verdadero sentido: “Acepto el premio en nombre de los pobres... El premio es un reconocimiento a los pobres del mundo”.

Muchos cuestionan la eficacia de la obra de la Madre Teresa. “En vez de combatir las causas que conducen a alguien a morir en la calle —

dicen—, ella apenas se ocupa de las víctimas, perpetuando su situación miserable”. Sus críticos se preguntan, entonces, si se debe cuidar o liberar. Nosotros les respondemos que debemos hacer una cosa y la otra, porque ambas tienen sentido. La Madre Teresa descubrió su camino hacia el cuidado esencial y ante las críticas que suscitaba, ella respondía con una leve sonrisa: “Mientras ustedes discuten las causas y las explicaciones, yo me arrodillo al lado de los pobres más pobres y cuido de sus necesidades”.

Una estrategia no invalida la otra. Existe una mínima humanidad que debe ser siempre salvaguardada: la de salvar vidas ante la inminencia de la muerte. Eso no es asistencialismo sino humanismo básico, ese humanismo sin el cual nos tornamos cínicos y despiadados. Por eso, corresponde siempre dar pan a quien tiene hambre, pues el hambre no puede esperar. Bien decía la Madre Teresa: “Las personas que llegan hasta mí son enfermos y moribundos; están tan débiles que no pueden siquiera aprestar un anzuelo; deben dárseles —primero— los peces y quizás lo del anzuelo venga después”. No obstante, siempre corresponde atacar también las causas estructurales y ayudar a transformar la sociedad para que nadie tenga que morir abandonado en la calle. Ambas estrategias nacen de la *com-pasión* y del cuidado esencial: una con la mano, alcanzando a las personas; la otra, con el brazo extendido, alcanzando las estructuras.

Algunos criticaban la ingenuidad de la Madre Teresa al aceptar la ayuda de personas manifiestamente opresoras, como el dictador Duvalier de Haití o el multimillonario estadounidense Charles Keating, quien realizó una estafa de millones de dólares provenientes de ahorros y préstamos. En cuanto a esto, podemos afirmar que el mundo de Madre Teresa era el de la bondad sin mancha, lejos de cualquier malicia

y oportunismo. Lo que ella veía no era la mano de quien daba sino la de sus enfermos y moribundos, que precisaban de ayuda. Todo lo que ayudase a rescatar su dignidad de personas, para ella, tenía sentido y se justificaba, sin por eso pretender legitimar la conducta de sus donantes.

Muchas veces, la Madre Teresa fue usada por el aparato eclesiástico para difundir en los foros mundiales las tesis oficiales acerca de la limitación de la natalidad, la condena del aborto o la negación del sacerdocio a las mujeres. Tales ortodoxias estaban lejos de su práctica cotidiana, pero ella, de manera obediente, se prestaba a hacer su defensa.

A pesar de todas sus limitaciones, la Madre Teresa irradió compasión ejemplar y cuidado caluroso hacia los más pobres de los pobres. Su figura es una convocatoria a la actitud del buen samaritano, que se inclina hacia los caídos en el camino: esa actitud de cuidado esencial que cura y rescata la humanidad herida.

5. El Hermano Antonio: cazador de sonrisas en rostros tristes

Tan importante como dignificar la muerte de quienes viven en las calles es dignificar la vida de los que están allí, borrachos, enfermos y abandonados. Esto es lo que intenta hacer el Hermano Antonio Mendes Ferreira en la ciudad de Petrópolis, próxima a Río de Janeiro, al igual que tantos otros que trabajan con chicos y chicas de la calle, ancianos solitarios y enfermos terminales.

La figura del Hermano Antonio, más allá de sus limitaciones personales, irradia un aura impresionante de bondad y reverencia. Nacido en Portugal, durante muchos años fue marinero. Las rutas de los océanos y el silencio del mar exacerbaban su búsqueda insaciable de felicidad, pero no la encontraba en ninguno de los puertos en los que anclaba su navío. Después de mucho reflexionar y de pedir a Dios que lo iluminara, comprendió que “la felicidad es fruto de mi entrega al otro; y mi entrega sólo es verdadera cuando consigo hacer sonreír a un rostro triste”.

En un puerto cualquiera, encontró a un hombre tan pobre que le causó repugnancia. No obstante, se detuvo y comenzó a charlar con él y así, de pronto, gracias a la conversación con el Hermano Antonio, el mendigo mostró una luminosa sonrisa. Esto fue suficiente para provocar en Antonio una inexplicable felicidad, porque descubrió la clave para una vida feliz: cuidar de los privados de su dignidad que viven en las calles y —en sus propias palabras— “convertirme en un cazador de sonrisas en rostros tristes”. Para poder llevar adelante esta misión, ingresó como religioso de la Orden de San Juan de Dios, un santo portugués que vivió hacia fines del siglo XV, que en la ciudad española de Granada servía a los más pobres de la calle, en especial, a los musulmanes discriminados por los cristianos.

Tiempo después, el Hermano Antonio llegó a Brasil para servir a los pobres de nuestro país. Aquí se asoció con la recién creada Pastoral del Hombre de la Calle, en Petrópolis. Recogía a los miserables de las calles, les servía una sopa caliente y les daba un lugar para dormir, pero pronto entró en conflicto con las instituciones religiosas. Una vez, uno de los vagabundos le pidió tomar un baño. Lo condujo hasta su comunidad pero sus superiores le prohibieron que lo hiciera ingresar. Entonces, fue

a otro convento, y a otro, y a otro más, pero todos les cerraron las puertas.

Dado que el Hermano Antonio continuaba insistiendo en que los mendigos pudieran tomar un baño, por lo menos de vez en cuando, el tema cobró una importancia mayor de la que deseaban otorgarle las instituciones religiosas comprometidas con los votos de pobreza. Así, terminaron por aconsejarle que dejara la Orden de los Hermanos de San Juan de Dios.

El Hermano Antonio cambió de trinchera pero no abandonó la lucha. Solo, trabajaba en las calles el día entero, recogiendo a los mendigos, reuniendo a los borrachos y llevándolos al galpón de la calle 24 de Mayo, donde podían tomar su baño, afeitarse, cambiarse de ropas, recibir una sopa caliente y dormir. Su objetivo era y es "recuperar la dignidad de quien está caído en la calle".

Más tarde, aquel lugar se convirtió en el Acogimiento San Juan de Dios, muy precario, pero abierto a todos. Nadie necesita inscribirse o completar un formulario, sino que basta con llegar para poder tomar un baño y dormir, ya que es el hogar de los parias de las calles.

Con la articulación de los propios pobres de la calle, muchos de los cuales lentamente fueron abandonando el alcohol, el Hermano Antonio organizó un movimiento para que los mendigos pudiesen encontrar el camino hacia un trabajo normal. Para aquellos que lo consiguen, creó el Hospedaje Bento Meni, donde pueden vivir y gozar de una infraestructura mínima. Para aquellos que quieren reorganizar su vida y trabajar la tierra, consiguió un predio en Brejal, en la periferia del

municipio de Petrópolis. Allí viven niños, adultos y ancianos que cultivan hortalizas y cuidan animales.

En rigor, su trabajo es apoyado por la buena voluntad de la población y por nadie más. Con esos recursos, construyó un respetable galpón en la periferia de Petrópolis, donde organizó el Grupo de Reciclaje de Emaús. Todo lo que es llevado hasta allí —papel, plástico, botellas, desechos caseros— se aprovecha y se recicla para su reutilización en las industrias locales. En este emprendimiento trabajan, yendo y viniendo, muchos mendigos y hombres y mujeres de la calle, quienes ganan lo suficiente para su sustento. El sueño es levantar la Aldea Hospitalaria, una pequeña villa de 50 casitas destinada a congregarse a aquellos que quieren comenzar una vida nueva. Con este fin, la familia imperial de Petrópolis donó un hermoso terreno donde ya se construyeron tres casas.

La dignidad, dice el Hermano Antonio, sólo se alcanza si valoramos a quienes viven en la calle. Valorarlos significa acogerlos con bondad, escuchar sus penas, tocarlos y abrazarlos para que recuperen su autoestima. La piel que toca otra piel hace renacer la humanidad perdida. Cuando el Hermano Antonio reúne a su gente, siempre deja en claro que “estamos aquí no tanto para producir sino para estar juntos, para restablecer los lazos perdidos de nuestra humanidad, para buscar nuestras cosas en común, nuestras ideas y nuestros sueños”. Y al escuchar a esos humillados y maltratados, nos sentimos conmovidos, ya que expresan sus deseos y celebran sus sueños al tiempo que lamentan sus fracasos y lloran la exclusión que padecen a causa de una sociedad sin misericordia.

El trabajo no sólo apunta a una producción que garantice la subsistencia. Ante todo, busca crear una disciplina y rescatar el valor de la autonomía personal. El Hermano Antonio siempre intenta reunir a los ancianos con los niños abandonados porque ha constatado que, mientras los niños precisan amor, los ancianos tiene mucho para dar y también necesitan recibir. Esta complementación produce un efecto humanizador de proporciones incalculables, tanto para los niños que estaban desamparados como para los ancianos que ahora se sienten útiles y amados.

El cuidado que dedica a los pobres y a su dignificación se alimenta de una mística de solidaridad. Su lema fue tomado de San Pablo: "Me hice uno con todos, para ganar algunos". El Hermano Antonio no torna religioso el espacio de los pobres; sólo pretende humanizarlo. El bagaje religioso traído por cada uno resulta siempre un capital humanizador e integrador eficaz, que Antonio sabe articular con respeto y habilidad en la forma de la oración, de la acción de gracias y de animadas celebraciones. Otra vez encontramos que es el cuidado esencial lo que anima una obra liberadora con los más pobres de los pobres, ya no para que puedan morir humanamente sino para que puedan vivir con un mínimo de dignidad.

6. El Mahatma Gandhi: la política como cuidado hacia el pueblo

Una figura que conmovió a todos en el siglo XX fue, sin duda alguna, la de Gandhi (1869-1948). Nacido en la India, estudió Derecho en Londres y trabajó por más de veinte años en Sudáfrica (1893-1915) defendiendo a los inmigrantes indios, víctimas de la segregación racial.

Allí tomó contacto con los ideales anunciados por el gran escritor ruso León Tolstoi (1883-1945), autor de las famosas novelas ***Anna Karenina*** y ***La guerra y la paz***. Este autor veía la esencia del mensaje de Jesús en el sermón de la montaña, en el amor, en el rechazo a toda violencia, en la veneración a los pobres y en el compromiso con una vida simple. Estas ideas impactaron profundamente en Gandhi y lo ayudaron a formular su propia visión de la no violencia y de la actuación política como cuidado hacia el pueblo. Incluso llegó a fundar una comunidad rural llamada "Tolstoi", donde intentó vivir de acuerdo con esos ideales junto a otros amigos.

De regreso a la India, se entregó a la tarea de organizar al pueblo contra el dominio inglés. Comenzó predicando el boicot a los productos ingleses —en especial, a los tejidos—, incentivando el rescate de la tradición familiar de tejer las ropas en casa. Convocó a la desobediencia civil y fue encarcelado innumerables veces. En ocasión de la famosa la Marcha hacia el Mar, realizada en 1930 y motivada por un decreto de los colonizadores que obligaba a los indios a comprar sólo la sal que comercializaban de manera monopólica los ingleses, Gandhi movilizó a miles y miles de personas que caminaron hacia el mar para extraer de allí el producto que necesitaban. Si bien el líder fue detenido, consiguió la liberación completa de la sal.

Gandhi definía la política como "un gesto amoroso hacia el pueblo", en otras palabras: como cuidado del bienestar de todos y ternura esencial para con los pobres. Él mismo confiesa: "Entré en la política por amor a la vida de los débiles; viví con los pobres, recibí a los parias como huéspedes, luché para que tuvieran derechos políticos iguales a los nuestros, desafié a los reyes y olvidé las veces que estuve preso".

Dos principios básicos orientaban su práctica: la fuerza de la verdad (*satiagra*) y la no violencia activa (*ahimsa*). Gandhi creía profundamente que la verdad posee en sí misma una fuerza invencible contra la cual resultan inútiles las manipulaciones, la violencia, las armas y las prisiones. Tenía la férrea convicción de que, detrás de los conflictos, existe una verdad latente que debe ser identificada, siendo la función del político creer en esa verdad, develarla para todos y actuar de manera coherente con ella, mostrándose dispuesto a soportar los sacrificios que esta postura comporta. Gandhi creía firmemente que la verdad, tarde o temprano, siempre vencerá.

La creencia en la fuerza de la verdad lo condujo a la no violencia activa (*ahimsa*), que no significa cruzarse de brazos sino emplear todos los medios pacíficos para alcanzar los objetivos anhelados, y que los medios y los fines tengan la misma naturaleza, porque los fines buenos demandan medios buenos. La no violencia activa se practica, por ejemplo, ocupando las calles, organizando manifestaciones multitudinarias, haciendo ayuno, rezando y ofreciendo el propio cuerpo para detener la violencia. Gandhi criticó la actitud de Dinamarca (que, ante la invasión nazi, simplemente capituló) ya que, según él, el deber de los soldados era ofrecer resistencia con sus cuerpos desarmados. El sentido de la no violencia activa no es garantizar la victoria de uno de los dos bandos en pugna sino hacer valer la verdad que ayuda a construir un poder social basado en la participación equitativa, en la colaboración y en la solidaridad entre todos.

Gandhi elaboró un pequeño credo en forma de oración diaria: "No tendré miedo de nadie sobre la tierra. Sólo temeré a Dios. No tendré mala voluntad para con nadie. No aceptaré injusticias de nadie. Venceré

la mentira con la verdad. Y en mi resistencia a la mentira, aceptaré cualquier forma de sufrimiento”.

Profundamente religioso, Gandhi poseía un importante conocimiento del cristianismo y sentía una gran veneración por Jesús. Sin embargo, conservó su religión hindú, ya que creía que todas las religiones, en su corazón, captan y expresan la misma verdad divina. Estaba convencido de que la oración y el ayuno podían modificar situaciones políticas y, por eso, siempre que se producía un *impasse* político importante, se ponía en ayuno y oración durante semanas, convocando a las multitudes a imitar su práctica. Con sus tácticas, Gandhi hizo temblar al imperio británico movilizándolo a las fuerzas de oposición.

Gandhi cultivó un profundo cuidado hacia todos los seres. A manera de mandamiento, predicaba: “Amarás a la más insignificante de las criaturas como a ti mismo. Quien no lo haga, jamás verá a Dios cara a cara”. Trataba de vivir en armonía con todos los seres vivos y por eso renunció a la carne y a la leche de vaca extraída con violencia, tomando sólo la de la cabra que él mismo ordeñaba. Por medio de su frugal alimentación y ayunos deseaba reverenciar a la vida, como si quisiera decir a todas las cosas “pueden quedarse tranquilas; no las haré sufrir de modo innecesario porque sólo tomaré lo mínimo indispensable para que mi cuerpo viva bien”.

Gracias a los esfuerzos de Gandhi, la India conquistó su independencia del dominio inglés el 15 de agosto de 1947. Pero a causa de los conflictos religiosos entre hindúes y musulmanes, el país fue dividido en dos territorios —la India (de religión hinduista) y Pakistán (de religión musulmana)—, división que persiste hasta nuestros días. Gandhi, el mesías de la no violencia, fue víctima de la violencia el 30 de

enero de 1948, cuando un fanático lo asesinó. Recibió entonces de su pueblo el título de Mahatma, que significa "Alma Grande".

Efectivamente, el Mahatma Gandhi dejó a la humanidad este legado perenne: *es posible unir la santidad personal al empeño político liberador*. Esa santidad personal, fundada en la pasión por la verdad y en la opción por los medios pacíficos, hace que la política sea más que un simple ejercicio de poder público porque la transforma en un cuidado amoroso hacia la vida y en un compromiso ético con el destino de todo el pueblo.

7. El cuidado de Olenka y Tania: la hospitalidad que salva

La hospitalidad es por excelencia la virtud de los nómades, los exiliados y los peregrinos. En cierta forma, todos somos peregrinos, ya que somos viajeros en los caminos de la vida y a menudo nos encontramos con extranjeros, merecedores de hospitalidad. Sin hospitalidad, las personas, las comunidades y los pueblos no alimentan la reciprocidad que se deben entre sí ni refuerzan los lazos de paz y amistad entre ellos.

La hospitalidad puede ser entendida como una de las expresiones del cuidado, porque existen momentos en que ese cuidado transformado en hospitalidad salva a las personas amenazadas. Eso fue precisamente lo que ocurrió con el judío rumano —hoy naturalizado brasileño— Michael Stivelman, radicado desde 1948 en Río de Janeiro, donde trabaja como empresario.

En su libro ***La marcha***, Stivelman narra la forma perversa en que los nazis eliminaban a los judíos en Rumania: “Nos hacían andar sin rumbo, día y noche, insultados y apedreados, hasta caer muertos de cansancio y hambre”. Con trece años de edad, Stivelman fue forzado a incorporarse a esa marcha siniestra. En su libro, narra hechos de gran barbarie, de traición y, también, de conmovedora hospitalidad. Después de andar durante tres meses sin parar, casi muerto, consiguió evadirse junto con su madre también moribunda. Ambos fueron acogidos por una aldeana de nombre Olenka y por su hija, Tania, quienes arriesgaron sus propias vidas para salvar las vidas amenazadas de dos desconocidos. Ellas dieron a Stivelman y su madre el primer baño que recibieran después de meses, curaron sus heridas, compartieron con ellos sus pocos alimentos y les cedieron sus camas.

Olenka y Tania revelaron la esencia humana, hecha de cuidado y de compasión. A causa de su profunda humanidad, ellas serán eternamente recordadas porque, más que la vida física, devolvieron a Stivelman y a su madre la confianza fundamental en la bondad de la vida. A pesar de las aberraciones posibles, la vida posee una orientación sagrada; vale la pena ser vivida como cuidado y enterneamiento.

8. El Profeta Gentileza

Cada época tiene sus profetas que denuncian, anuncian, consuelan y mantienen viva la llama de la esperanza. En el primer capítulo caracterizábamos nuestra época por el estigma de la falta de cuidado y por la pérdida de la gentileza en las relaciones interpersonales y sociales. Este estigma afecta principalmente a los grandes conglomerados urbanos, como la ciudad de Río de Janeiro, donde la

gentileza del paisaje se muestra con generosidad en la composición ecológica del mar, la montaña y la selva, así como en el buen humor de sus habitantes. Sin embargo, esta ciudad ha visto cómo lentamente fueron brutalizadas las relaciones sociales a través de la violencia contra los niños y las niñas de la calle, de los asaltos frecuentes y del nerviosismo del tráfico. En este contexto surgió un hombre, José da Trino (1917-1996), quien comenzó a predicar la gentileza como alternativa para la ciudad y para la humanidad. Su impacto en los sectores populares fue grande, al punto de ser llamado el “Profeta Gentileza”.

Como todo verdadero profeta, también José da Trino sintió el llamado divino en un determinado contexto histórico. Tenía una pequeña empresa de transporte de carga en Guadalupe, en la zona norte de Río. Vivía normalmente, como cualquier trabajador de las clases populares, hasta que el 17 de diciembre de 1961 se produjo un gran incendio en un circo norteamericano, al otro lado de la bahía de Guanabara, en Niteroi. Esta tragedia, en la que murieron casi 400 personas, conmovió a José da Trino. Seis días después, irrumpió la vocación profética, entre el mediodía y las primeras horas de la tarde, mientras repartía mercadería con su camión. Él mismo testimonió que recibió un llamado divino, confirmado tres veces, de que debería dejar todo y entregarse al consuelo de las víctimas del circo de Niteroi. En vísperas de Navidad, tomó su camión, compró dos vasijas de vino de 100 litros cada una, fue a Niteroi y allí, junto a las barcas, comenzó a distribuir vino para todos en vasos de papel mientras anunciaba: “Quien quiera tomar vino no necesita pagar nada, sólo debe pedirlo por favor... y dar las gracias”.

Después se instaló por cuatro años en el lugar del incendio, el que cercó y transformó en un jardín lleno de flores. Colocó dos portones,

uno de entrada y otro de salida, con las inscripciones: "Bienvenido al Paraíso de la Gentileza. Entre, no fume ni diga palabras obscenas porque este lugar se ha transformado en un campo santo". José da Trino consolaba a todos los que llegaban desesperados diciéndoles que "su padre, su madre, su hija, su hijo no murieron; murió el cuerpo, pero no el espíritu. Dios los llamó y hasta el peor pecador se salvó, porque Él no es vengativo... Yo fui enviado por Dios para consolarlos a ustedes". Y, efectivamente, quienes iban y escuchaban su mensaje, regresaban consolados.

Curiosamente, como los profetas bíblicos, el Profeta Gentileza veía en los acontecimientos la manifestación de un sentido profundo. El circo le sugiere el mundo como un circo, como teatro y representación. Su destrucción es una metáfora de la destrucción de una clase de mundo construida en la falta de gentileza y gratitud. José da Trino dice claramente que "la derrota de un circo quemado en Niteroi es un mundo representado (...). Eso es lo que sucedió; y el mundo es redondo y el circo redondeado; por ese motivo, entonces, el mundo fue acabado". La alternativa a ese mundo acabado reside en la vivencia de la gentileza y de la actitud de agradecimiento.

El Profeta tomó en serio su vocación. Confeccionó una bata blanca, tomó un bordón y colgó de éste un estandarte lleno de apliques con mensajes relacionados a la gentileza. Peregrinó por Brasil —en especial, en el Norte y el Nordeste— hasta instalarse, definitivamente, en Río de Janeiro. Circulaba por la ciudad, hablaba en las plazas, se subía a las barcas que unen Río con Niteroi, y así vivía siempre en contacto directo con el pueblo.

A partir de 1980, José da Trino inauguró una nueva fase en su actividad profética. Inscribió sus enseñanzas en los 55 pilares del viaducto del Caju, en la entrada de la ciudad de Río de Janeiro. Si bien denunciaba las amenazas que pesan sobre la naturaleza —producidas, según decía, por el “capeta-capital”—, la fuerza de su mensaje se centraba en la gentileza y, para expresarla, se valía del código que conocía: la simbología de la Trinidad católica. Todo era pensado y anunciado en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Curiosamente, no sólo utilizaba la terminología de la trinidad, que nos resulta familiar, sino también una cuaternaria, más rara. El psicólogo C.G. Jung (1875-1961) estudió a fondo los arquetipos simbólicos y demostró que la Trinidad cristiana es más que una doctrina porque constituye un código para significar una totalidad integrada recurriendo tanto al número tres —Padre, Hijo y Espíritu Santo— o al cuatro —Padre, Hijo, Espíritu Santo y Naturaleza o María. En este último esquema, el cuarto elemento —según Jung— es siempre femenino.

Las cifras tres y cuatro no deben entenderse como números matemáticos sino como arquetipos o símbolos numéricos empleados para expresar una experiencia de totalidad. Así, el tres expresa la totalidad volcada hacia adentro; el cuatro, la totalidad volcada hacia fuera; y la suma de cuatro y tres, el número siete, el arquetipo de una globalización que incluye todo: Dios, el universo, el hombre y la mujer.

Esa simbología arquetípica aparece de forma clara en los mensajes del Profeta Gentileza. La palabra “universo” —por ejemplo— la escribe “Univvverrsso”. Mediante esta grafía, se busca señalar la actuación de las tres personas divinas (vvv), en particular, el Hijo (rr) y el Espíritu Santo (ss). El amor, a su vez, es siempre pensado de modo trino y se escribe “Amorrr”. José da Trino lo explica de esta manera: “El amor

material se escribe con una `r'; el amor universal se escribe con tres letras `r', una del Padre, una del Hijo y la última del Espíritu Santo-Amorrrr". Otras veces, coloca junto al Padre, Hijo y Espíritu Santo a la Naturaleza o a Nuestra Señora (P/H/E/N).

Pese a las consideraciones indicadas, el principio que orienta todo es la gentileza como *modo-de-ser*. José da Trino pregonaba sin descanso a los cuatro vientos: "La gentileza genera gentileza". "Dios Padre es gentileza que genera al Hijo por gentileza". El Profeta se resistía a decir "muchas gracias" porque —argumentaba— nadie está obligado a nada, pues todos debemos ser gentiles unos con otros y relacionarnos con amor. En vez de "muchas gracias", debemos decir "agradecido", y en vez de "por favor", debemos usar la expresión "por gentileza", porque de esta forma —decía— comunicamos la gentileza o la Gracia de Dios, Quien creó todo con gentileza y en plena gratitud.

Si Pascal, como vimos, hablaba de *esprit de finesse*, José da Trino inventó el *esprit de gentillesse* con el mismo sentido básico que señalaba Pascal. Las resonancias de este espíritu se dan en los siguientes valores inscriptos en su bata y en los pilares de los viaductos de Caju, en Río de Janeiro: "gentileza-amor-belleza-perfección-bondad-riqueza-en la naturaleza". Él vivió esa gentileza esencial de manera personal, no sólo la trasmitió, ya que trataba a todos con extrema bondad. Cuando lo llamaban "loco", él respondía: "Loco para amarte, loco para salvarte", o incitaba a sus oyentes diciendo: "Sea loco como yo, pero sea loco lindo, de la naturaleza y de las cosas divinas".

El Profeta se daba cuenta de la importancia mundial del principio de Gentileza. Durante la ECO 92, en Río de Janeiro, exhortaba a los

representantes de los pueblos y a los jefes de estado a que vivenciaran la gentileza y se aplicaran a ponerla en práctica.

Estando ya muy enfermo, quiso regresar a la ciudad donde nació, Cafelandia, en el Estado de San Pablo, pero murió en Mirandópolis, en el mismo Estado, el 28 de mayo de 1996 a los 79 años de edad.

Leonardo Guelman, joven filósofo brasileño, dedicó a José da Trino un minucioso trabajo de reconstrucción y análisis filosófico-cultural titulado ***Univvverrso Gentileza, la génesis de un mito contemporáneo***, y un bellissimo CD-ROM. Guelman concluye con esta acertada reflexión: "Gentileza se vuelve hacia un sentido humanizador de la vida en la ciudad contemporánea. Las ciudades, marcadas por la violencia y el desapego de sus habitantes, se ofrecen al profeta como un mundo a restaurar. Así ocurrió con el predio del circo en Niteroi y con los viaductos del Caju en Río de Janeiro. Sobre las cenizas y el humo de los viaductos de megalópolis, en sus lugares más inhóspitos y desolados, el hombre proveniente de Cafelandia viene a exaltar su "anuncio" puesto en letras azules con rayas verdes y amarillas. Es la perspectiva de un hombre simple, en su vivencia de la realidad y de la cultura brasileña, que se posiciona como un contrapunto fundamental en relación con la forma de vida que envuelve a todos. 'Gentileza genera Gentileza', proclama el Profeta en más de la mitad de sus escritos en Río de Janeiro".

En plena selva de piedra, ésa en la que se transformaron las ciudades modernas, el Profeta anuncia un *ethos** capaz de inspirar un nuevo paradigma de civilización: la gentileza como irradiación del cuidado y de la ternura esenciales. Ese paradigma tiene más chances de

integración y de humanización que aquél que se fundó junto con el circo en Niteroi, el viejo paradigma del *modo-de-ser-trabajo-dominación*.

9. *Feng-shui: la filosofía china del cuidado**

Como resumen de todo lo que reflexionamos hasta ahora, queremos presentar un tópico importante de la visión china del mundo, que se presenta bajo el nombre de *Feng-shui**. En sus múltiples facetas, el *Feng-shui** representa una síntesis acabada del cuidado, concretado en la forma en cómo se organizan el jardín y la casa humana, y postulando un nivel de justa medida y de integración de los elementos presentes como raramente se conoce en las culturas históricas. Hasta podemos decir que los chinos son para Oriente aquello que los griegos fueron para Occidente: los incansables buscadores del equilibrio dinámico en todas las cosas. De allí deriva la creciente relevancia que el *Feng-shui** está conquistando en el mundo entero.

El supremo ideal de la tradición china halla su mejor expresión en el taoísmo*, representado por Lao-tse (del VI-V siglo aC) y por Chiang-tsu (siglo V-IV aC). Ese ideal consiste en buscar la unidad mediante un proceso de integración de las diferencias, en especial, de las conocidas polaridades de *yin/yang*, masculino/femenino, espacio/tiempo y celestial/terrenal, entre otras. El Tao* representa esa integración, una realidad inefable con la cual la persona busca unirse.

Tao significa "camino" y "método", pero también la energía misteriosa y secreta que produce todos los caminos y proyecta todos los métodos. No puede expresarse en palabras y ante él cabe el noble silencio. Se hace presente en todas las cosas como principio inmanente

de sentido. Subyace en el yin y en el yang, y a través de ellos se manifiesta. El ideal humano consiste en llegar a una unión tan profunda con el Tao que produzca el *satori*, la iluminación, ya que esta unión nos confiere la inmortalidad y la eternidad. Para los taoístas, el bien supremo no se da después de la muerte —como para los cristianos— sino que en el tiempo y en la historia mediante una experiencia de no dualidad y de integración del Tao. Al morir, la persona se unifica con el Tao. Para alcanzar esta unión, se hace imprescindible la sintonía con la energía vital que atraviesa el cielo y la tierra, el *Chi*. La palabra “*Chi*” es intraducible, pero equivale al *ruah* de los judíos, al *pneuma* de los griegos, al *spiritus* de los latinos y al *axé* de los yoruba/nagó. Todas esas expresiones designan el soplo universal, la energía suprema y cósmica.

A causa de la fuerza del *Chi*, todas las cosas se transforman (como lo muestra, por ejemplo, el libro ***I Ching***, el libro de las mutaciones) y se mantienen en permanente proceso. Fluye en el ser humano a través de los meridianos de la *acupuntura*; circula en la tierra a través de las venas telúricas subterráneas, compuestas por los campos electromagnéticos distribuidos a lo largo de los meridianos de la *ecopuntura* que entrecruzan la superficie terrestre. Cuando el *Chi* se expande, significa “vida”, y cuando se retrae, “muerte”. Cuando gana peso, se presenta como materia, y cuando se vuelve sutil, como espíritu. La naturaleza es la combinación sabia de varios estados del *Chi*, desde los más pesados hasta los más leves.

El *Chi* asume la forma del tigre y el dragón, dos animales arquetípicos de la cultura china. El tigre simboliza la racionalidad y lo masculino, mientras que el dragón se identifica con la emoción y lo femenino. Cuando estos animales se encuentran en un lugar, surge un

paisaje apacible, con brisas suaves y aguas cristalinas, montañas sinuosas y valles verdes. Es una invitación al hombre para que instale allí su morada.

La visión china del mundo privilegia el espacio, a diferencia de Occidente que privilegia el tiempo. El espacio para el taoísmo* es el lugar del encuentro, de la convivencia, de las interacciones de todos con todos, pues todos somos portadores de la energía *Chi* que lo impregna. La expresión suprema del espacio se realiza en la casa y en el jardín ya que, como en una miniatura, ellos constituyen un resumen del universo, la armonización de los elementos, el encuentro sinfónico de las polaridades.

Si el ser humano quiere ser feliz, debe desarrollar la *topofilia*, el amor hacia el lugar donde vive y donde construye su jardín. El *Feng-shui** es el arte y la técnica de construir bien la casa y el jardín.

Beatriz Bartoly, una de las mejores conocedoras de esta filosofía en Brasil, escribe que "el *Feng-shui** nos remite hacia una forma de celo cariñoso —nosotros diríamos cariñoso y tierno— con lo banal de nuestra existencia, que en Occidente ha sido desprestigiado y menospreciado por largo tiempo: cuidar de las plantas, los animales, arreglar la casa, cuidar de la limpieza, el mantenimiento de los ambientes, preparar los alimentos, adornar lo cotidiano con la prosaica y —al mismo tiempo— majestuosa belleza de la naturaleza. Porque, más que las construcciones y las obras humanas, son la conducta y la acción del hombre los objetivos superiores de esta filosofía de vida. Más que a los resultados, el *Feng-shui** se orienta hacia el proceso porque lo que importa es el *ejercicio* de embeleso más que el bello escenario que se alcanza a través

de él. El valor está en la acción y no en la construcción, en la conducta y no en la obra”.

En consecuencia, la filosofía del *Feng-shui** se orienta más hacia el sujeto que al objeto, hacia la persona antes que al ambiente en sí. La persona debe involucrarse en el proceso, desarrollar la percepción del ambiente, captar los flujos energéticos y los ritmos de la naturaleza. Debe asumir una conducta en armonía con los otros, con el cosmos y con los procesos rítmicos de la naturaleza. Cuando haya creado esa ecología interior, estará capacitada para organizar con éxito su ecología exterior.

Más que una ciencia y un arte, el *Feng-shui** es fundamentalmente una ética ecológico-cósmica acerca de cómo cuidar de la correcta distribución del *Chi* en todo nuestro ambiente.

Ante al desmantelamiento del cuidado y la grave crisis ecológica actual, la milenaria sabiduría del *Feng-shui** nos ayuda a reestablecer la alianza de simpatía y de amor con la naturaleza. Esa conducta reconstruye la morada humana asentada sobre el cuidado y sus múltiples resonancias.

Bibliografía en español

Attenborough, Richard ***Gandhi: sus propuestas sobre la vida, el amor y la paz***, Barcelona, Amat, 2005.

Debray, Régis ***Vida y muerte de la imagen***, Barcelona, Paidós Ibérica, 1994.

Eitel, Ernest ***Feng Shui***, Barcelona, Obelisco, 1997.

Fischer, Louis ***Gandhi: su vida y su mensaje a la humanidad***, Buenos Aires, Vergara, 1983.

Conclusión

El cuidado y el futuro de los despojados y de la tierra

La categoría cuidado demostró ser la clave que descifra la esencia humana.

El hombre posee trascendencia y por eso viola todos los tabúes, traspasa todas las barreras y sólo se contenta con lo infinito. Posee algo de Júpiter, ya que no sin razón recibió de él su espíritu.

El hombre posee inmanencia y por eso se encuentra situado en un planeta, arraigado en un lugar y plasmado dentro de las posibilidades del espacio-tiempo. Tiene dentro de sí algo de Tellus/Tierra ya que está hecho de humus, de donde deriva la palabra "hombre".

Si bien se encuentra regido por el tiempo, éste no es un puro correr vacío de contenidos. El tiempo es histórico, es consecuencia de la saga del universo, de la práctica humana, en especial, la de la lucha de los oprimidos que buscan su vida y su libertad. El tiempo se construye paso a paso y por eso siempre es concreto, concretísimo, aun cuando supone, al mismo tiempo, un horizonte utópico, promesa de una realización plena para el hombre, para los excluidos y para el cosmos. Sólo buscando lo imposible se consigue lo posible. En razón de esa dinámica, el hombre posee algo de Saturno, señor del tiempo y de la utopía.

Pero no basta con señalar estas determinaciones porque, en verdad, mortifican al hombre, en la medida en que lo ubican "a caballo" y crucificado entre el Cielo y la Tierra, entre el presente y el futuro, entre la injusticia y la lucha por la libertad.

¿Qué alquimia forjará el enlace entre Júpiter, Tellus/Tierra y Saturno? ¿Qué energía articulará la trascendencia y la inmanencia, la historia y la utopía, la lucha por la justicia y la paz para que todas ellas construyan plenamente lo humano?

La fábula-mito de Higino nos trasmite la sabiduría ancestral según la cual el cuidado es lo que enlaza todas las cosas, lo que atrae al Cielo hacia el interior de la Tierra y coloca a la Tierra dentro del Cielo. El cuidado provee el eslabón para el pasaje de la trascendencia a la inmanencia, de la inmanencia a la trascendencia y de la historia a la utopía. El cuidado confiere la fuerza para buscar la paz en medio de cualquier conflicto. Por eso, sin el cuidado que rescata la dignidad de la humanidad condenada a la exclusión, no se inaugurará un nuevo paradigma de convivencia.

El cuidado es anterior al espíritu (Júpiter) y al cuerpo (Tellus). El espíritu se humaniza y el cuerpo cobra vida cuando son modelados por el cuidado. De otro modo, el espíritu se pierde en las abstracciones y el cuerpo se confunde con la materia informe. El cuidado hace que el espíritu dé forma a un cuerpo concreto dentro del tiempo, abierto a la historia y dimensionado para la utopía (Saturno). El cuidado permite la revolución de la ternura al priorizar lo social sobre lo individual y al orientar el desarrollo hacia el mejoramiento de la calidad de vida de los humanos y de otros organismos vivos. El cuidado hace surgir al hombre complejo, sensible, solidario, cordial y conectado con todo y con todos en el universo.

El cuidado imprimió su marca registrada en cada porción, en cada dimensión y en cada pliegue oculto del hombre. Sin el cuidado, el hombre sería inhumano.

Todo lo que vive necesita ser alimentado y, de la misma manera, el cuidado, la esencia de la vida humana, también debe ser continuamente alimentado. Las resonancias del cuidado son su manifestación concreta en los distintos órdenes de la existencia y, al mismo tiempo, su alimento indispensable. El cuidado vive del amor originario, de la ternura, de la caricia, de la compasión, de la convivencia, de la medida justa en todas las cosas. Sin cuidado, el ser humano —como un *tamagochi*— se consume y muere.

Hoy, en la crisis del proyecto humano, percibimos en todas partes la extraordinaria falta de cuidado. Sus resonancias negativas se muestran en la mala calidad de vida, en la penalización de la mayoría empobrecida de la humanidad, en la degradación ecológica y en la exaltación exacerbada de la violencia.

No busquemos el camino de la cura fuera del hombre. El *ethos** está en el propio ser humano comprendido en su plenitud, que incluye el infinito. El hombre debe volverse sobre sí mismo y redescubrir su esencia, que se encuentra en el cuidado.

¡Qué el cuidado aflore en todos los ámbitos! ¡Qué penetre en la atmósfera humana! ¡Qué prevalezca en todas las relaciones!

El cuidado salvará la vida, dará justicia a los pobres y rescatará a la Tierra como patria y “matria” de todos los hombres.

Glosario

Animus/anima: expresión difundida por el psicoanalista C.G. Jung (1875-1961) para designar las dimensiones masculina (*animus*) y femenina (*anima*) presentes en cada persona y que se refleja en los patrones culturales de comportamiento.

Androcentrismo: palabra de origen griego que designa la centralización del poder en la figura del hombre (*anér*), quien ejerce la dominación de la mujer.

Antrópico, principio: conjunto de ideas basadas en la siguiente constatación: el hecho de estar aquí y de decirnos todo lo que decimos sólo es posible porque el universo se constituyó de acuerdo con tal simetría y caminó con tal propósito que culminó en el hombre; si no fuese así, no estaríamos aquí.

Antropoide: grupo de primates superiores que incluye a los orangutanes, los gorilas y los chimpancés.

Arquetipo: patrones de comportamiento existentes en el inconsciente colectivo de la humanidad, que representan las experiencias básicas llevadas a cabo en el afán de orientar su vida. Los arquetipos emergen en la consciencia bajo la forma de grandes símbolos, sueños, utopías y figuras ejemplares.

Auto-organización: organización espontánea de la materia y de las energías primordiales que dan origen a los seres vivos. Recibe también el nombre de *autopoiesis**.

Autopoiesis: autocreación y autoorganización de los seres vivos.

Biosfera: todo lo que vive en el aire, el suelo, el subsuelo y el mar forma parte de la biosfera.

Caos: comportamiento imprevisible de ciertos sistemas —en especial, los vivos— que posibilita órdenes nuevos o diferentes. Por esta razón, se dice que el caos no es “caótico” sino generativo.

Cibionte: macroorganismo resultante de la simbiosis* y de la articulación de lo biológico con lo mecánico y lo electrónico. Las sociedades actuales constituyen el *cibionte*, pues *co-existen* y *co-evolucionan* junto con los seres humanos, las sociedades, las máquinas y las redes de información formando un todo que prolonga el proceso evolutivo, ahora *co-piloteado* por el ser humano.

Complementariedad, principio: fue enunciado por el físico cuántico danés Niels Bohr. Según este principio, la materia y la radiación pueden ser, simultáneamente, onda y partícula. Por lo tanto, las dos descripciones se complementan. Este principio se aplica también en otros campos donde se verifican oposiciones, entendidas como complementarias dentro del sistema global.

Corporeidad: concepto que alude a la totalidad del ser humano en tanto ser vivo, parte de la creación y de la naturaleza. No debe confundirse con **corporalidad**, término de la antropología dualista que interpreta al ser humano como una unión de dos partes distintas: cuerpo y alma.

Cosmológico, principio: hipótesis según la cual el universo se rige por las cuatro fuerzas* originarias de la naturaleza (gravitacional, electromagnética, nuclear débil y nuclear fuerte) mostrando semejanzas en todas partes (universo homogéneo) y en todas direcciones (universo isotrópico). Esto fue espectacularmente comprobado por la radiación de fusión, último eco del *big-bang* que llega por igual desde todas las regiones del universo.

Co-evolución: evolución conjunta de los ecosistemas con sus respectivos integrantes, incluyendo los sistemas sociales y técnicos.

Cosmología: ciencia que estudia el cosmos, su origen, su evolución y su propósito. Imagen del mundo que una sociedad produce para orientarse en los conocimientos y para situar el lugar del ser humano dentro del conjunto de los seres.

Disipativa, estructura: mecanismos presentes en los procesos de auto-organización* de los seres vivos a través los cuales se disipa la tendencia natural hacia el desorden (entropía*) y se mantiene la organización en el transcurso del tiempo. Estos mecanismos operan gracias al flujo de energía y de información que atraviesa los sistemas.

Ecosistema: conjunto de todos los sistemas, ya sean naturales o técnicos (proyectados por el hombre).

Elementos primordiales: elementos químicos que fueron producidos por el *big-bang* durante los tres primeros minutos del universo. Se trata, principalmente, del hidrógeno (que compone las tres cuartas partes de toda la masa del universo), del helio (que constituye la cuarta parte restante), y de algunos indicios de deuterio y litio.

Entropía: desgaste natural e irreversible de la energía de un sistema cerrado que tiende a cero, magnitud que equivale a la muerte térmica.

Ethos: en griego, significa la madriguera del animal o la casa del hombre. Alude al conjunto de los principios que, en todas las culturas, rigen el comportamiento del hombre en tanto realmente humano: es decir, como comportamiento consciente, libre y responsable. El *ethos* construye el hábitat del hombre en su dimensión personal y en la social. Véase moral*.

Feng-shui: filosofía ecológica china que procura construir —de la manera más adecuada posible— un ambiente humano para el hogar o para el trabajo preservando el equilibrio entre todas las energías que actúan en ese espacio.

Fluctuación: oscilación que ocurre en determinado orden dada la naturaleza de su equilibrio, siempre frágil y siempre por rehacer o recrear. Los sistemas vivos y sociales se encuentran siempre en fluctuación.

Fuerza gravitacional: fuerza de atracción que actúa sobre las masas. Es la fuerza más universal, aunque también la más débil.

Fuerza electromagnética: fuerza que actúa solamente sobre las partículas que poseen carga. Si las cargas son opuestas, se atraen; si son semejantes, se repelen.

Fuerza nuclear débil: es la responsable de la desintegración de los átomos y de la radioactividad. Sólo actúa a nivel atómico (10 - 15 cm).

Fuerza nuclear fuerte: fuerza que liga los *quarks* (las partículas más elementales) para formar los protones y los neutrones. Asimismo, liga a los protones con los electrones para formar el núcleo atómico. No actúa sobre los fotones y los electrones. Es la más poderosa de las fuerzas de la naturaleza.

Gaia: uno de los nombres de la Tierra en la mitología griega. El científico James Lovelock llamó "Gaia" a la Tierra porque muestra reacciones y formas de equilibrio propia de los seres vivos. En tal sentido, Gaia es un superorganismo vivo.

Higinio: esclavo egipcio de César Augusto, más tarde director de la Biblioteca Palatina en Roma, y autor de la fábula-mito del Cuidado esencial, que se analiza en nuestro libro. Falleció en el año 10 dC.

Hinduismo: religión, con múltiples ramificaciones, de la mayoría de los pueblos indios. Es el resultado de una evolución secular del vedismo y del brahmanismo, los que se transformaron debido a la especulación filosófica y a la integración de cultos locales.

Holismo: el término proviene de la palabra *holos*, que en griego significa "totalidad". Es la comprensión de la realidad que articula el todo con las partes y las partes en el todo, pues lo entiende como un proceso dinámico, diverso y uno.

Homínidos: grupo de la especie de los primates que incluye al ser humano actual (*homo sapiens sapiens*) y a sus ancestros directos (*homo sapiens*).

Logos: espíritu, razón, estructura de sentido (lógica), ciencia.

Masa invisible: materia de naturaleza desconocida que no emite ninguna luz. La existencia de esa masa invisible se deriva de los estudios realizados sobre los movimientos de las estrellas y del gas en las galaxias. Se calcula que entre el 90% y el 98% de la masa total del universo es masa invisible.

Matriarcado: Véase matrifocal*.

Matrifocal: dícese de una cultura que tiene en las mujeres (madres) el eje y el foco de la organización social. Se la llama también "matriarcal" por oposición a "patriarcal".

Mecánica cuántica: teoría física desarrollada en los comienzos del siglo XX que describe las propiedades de la materia y de las energías a escala subatómica. Según esta teoría, la materia y la luz pueden considerarse simultáneamente como partícula y como onda, y sólo pueden describirse en términos de probabilidades. La partícula de luz es llamada "quantum de energía", expresión de la que deriva el nombre de la teoría.

Moral: formas concretas por las cuales el *ethos* se historiza. Las morales difieren con las culturas y los tiempos históricos. Sin embargo, todas las morales remiten al *ethos* humano fundamental y único.

Morfogenético: en la autopoiesis* de la vida, no sólo son importantes los factores físico-químicos sino también las formas singulares que los seres asumen y por las que se distinguen unos de otros dentro de una misma y común tradición biológica.

Noosfera: término acuñado por Teilhard de Chardin para designar la nueva fase de la humanidad, posterior a la antroposfera y la biosfera. Esta fase se caracteriza por la conciencia planetaria y la responsabilidad respecto del destino común de los seres humanos y del planeta Tierra.

Nucleosíntesis: formación de los núcleos atómicos a través de reacciones nucleares, ya sea en ocasión del *big-bang* (nucleosíntesis primordial, responsable de los elementos livianos como el hidrógeno y el helio), en el corazón de las grandes estrellas rojas (donde se producen los elementos más pesados que el helio y menos pesados que el hierro), o en las supernovas (nombre con que se designa la muerte explosiva de una estrella que consumió su combustible en la que se formaron todos los demás elementos más pesados que el hierro).

Ontológico: que se relaciona con la esencia, con la identidad profunda, con la naturaleza de un ser como, por ejemplo, el cuidado esencial respecto del ser humano.

Panenteísmo: significa literalmente “todo en Dios y Dios en todo”. Se trata de una doctrina que afirma la mutua presencia de las criaturas en Dios y de Dios en las criaturas. El panenteísmo supone la diferencia entre criatura y Creador, en forma diversa al **panteísmo**, pues éste afirma que todo es Dios.

Paradigma: conjunto de principios, ideas y valores compartidos por una comunidad que funciona como marco de referencia y orientación. El cambio de paradigma ocurre cuando surgen nuevas visiones de la realidad, tal como se está verificando en la actualidad.

Pathos: capacidad de sentir, sentimiento profundo. De esta palabra se derivan términos como, por ejemplo, “simpatía”, “patético” y “paciente”.

Poder, construcción de: traducción del término *empowerment*, empleado en idioma inglés. Alude a la creación de poder en las personas sin poder, o la socialización del poder entre todos los ciudadanos y el refuerzo de la ciudadanía activa a través de los movimientos sociales.

Simbiosis: asociación entre especies vivas que genera beneficios mutuos. Por extensión, se denomina también de ese modo a la asociación entre seres vivos, sistemas sociales y máquinas. Este proceso es el que se verifica, concretamente, en el funcionamiento de nuestras sociedades actuales.

Sinergia: interacción de todas las energías presentes, orientada a la manutención de cada ecosistema y de los individuos que a éste pertenecen.

Sintropía: coordinación de energías que tiene por efecto disminuir la entropía, reduciendo el desgaste de energía y maximizando su utilización.

Sistema complejo: el conjunto de elementos interconectados entre sí forma un sistema. Un sistema es complejo cuando los elementos son numerosos y los tipos de relación entre ellos resultan diversos.

Sustentabilidad: dicese que una sociedad o un proceso de desarrollo posee sustentabilidad cuando logra la satisfacción de sus necesidades sin comprometer el capital natural y sin lesionar el derecho de las generaciones futuras a atender sus propias necesidades y a heredar un planeta sano con sus ecosistemas resguardados.

Tao: concepto central del taoísmo, de difícil aprehensión. Alude tanto al camino del universo, de las cosas y de las personas, como a la energía primordial que permite recorrer ese camino, que todo impregna y orienta. Cuando se encuentra enfocado en la persona, significa "transfiguración" y "unión con el Todo y con todo".

Taoísmo: religión y filosofía originarias de China (VI-V aC) basadas en el Tao (véase Tao*). Sus principales representantes fueron Lao-tse y Chuang-tsu.

Termodinámica: rama de la física y de la química que estudia el calor y sus transformaciones, y que postula dos leyes básicas. La primera afirma que el calor es energía, siempre constante en el universo. La segunda, que el calor (energía) siempre tiene un desgaste irre recuperable llamado entropía*. Un sistema cerrado tiende a gastar toda su energía y a estabilizarse en la muerte térmica. Un sistema abierto conoce la *shintropía*, esto es, la capacidad de reducir la entropía y de crear órdenes menos energívoros.

Upanishad: palabra que en sánscrito designa a los textos sagrados hindúes, considerados revelación divina, que datan de fines del periodo védico (700 – 300 aC). Interpretando a los Veda, los Upanishad insisten en la necesidad de liberarse del ciclo de los nacimientos por medio del conocimiento de la ilusión de la realidad.

Vacío cuántico: espacio repleto de partículas y antipartículas virtuales que aparecen y desaparecen en fracciones de millonésimas de segundo. Todo sale y todo vuelve al vacío cuántico, pues es la fuente originaria de todo lo que existe y puede existir en el orden del ser que conocemos.

Zen, budismo: forma de budismo que se difundió en Japón a partir del siglo XIII. Acentúa el valor de la meditación (*zen*) sin imágenes, el amor a la naturaleza y a la práctica de los trabajos manuales que contribuyen al autodomínio y al autoconocimiento.